



XIII CONCURSO NACIONAL[®]
DE NOVELA Y CUENTO



Las **GRIETAS**

ALEJANDRA
JARAMILLO
MORALES

G A N A D O R A C U E N T O



CAMARA DE COMERCIO[®]
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA

Tu mejor socio.

Las **GRIETAS**

Alejandra Jaramillo Morales / GANADORA CUENTO

© Alejandra Jaramillo Morales, 2017
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
ISBN: 978-958-58723-6-3

Jaramillo Morales, Alejandra
Las grietas / Alejandra Jaramillo Morales
1ª ed. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2017.
174 p.; 21 cm

Primer puesto categoría Cuento
XIII Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

Primera edición: noviembre de 2017

Coordinación editorial: Vicepresidencia de Comunicaciones Corporativas
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
Edición y diseño: Tragaluz editores
Impresión y terminación: Marquillas S.A.

1. CUENTO COLOMBIANO. Título.

Impreso y hecho en Colombia / *Printed and made in* Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o por cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

*A Gernot Kamecke, por la
alegría de su presencia.*

*A Matías y Libertad, por
acompañarme en todos
mis proyectos.*

*A mi mamá con toda
mi gratitud.*

Contenido

- 9** La tarea
- 23** Fugitiva
- 43** Aterrizaje forzado
- 59** Los poderes
- 79** *Sweet dreams*
- 101** Una cana al aire
- 111** Los abrazos
- 139** El ángel
- 151** Las cinco bahías

La tarea

*Porque estoy tan solo que no me
encuentro ni en mi soledad.*

Canción de ausencia

FRANCIA CAMINA DE UN LADO A OTRO DE LA VENTANA, siempre asomándose, mirando hacia afuera. Le queda una noche más en Santa Marta y aún no logra cumplir con la tarea que le puso el Mamo para curarse. Se asoma. Lo ve. El indigente está sentado al otro lado de la calle, en el solar de una casa abandonada. La casa, ya ha tenido tiempo de observarla, tiene todas las ventanas y las puertas tapiadas con maderas y latas. Afuera cartones y una hoguera que prenden y apagan en las noches. Hoy no están los otros dos compañeros de cambuche. Ha escogido a este por ser el más bajito, el más repugnante. Va a la cocina del apartamento, un espacio pequeño que le ha servido de guarida por una semana. En esos días ha hecho todos los baños, la dieta y las meditaciones que le mandó el Mamo. Aunque se lo prohibieron, pone a preparar un café. Hoy lo necesita.

Aunque Francia está convencida de que no está enferma, se siente tan cansada de los efectos de su sexualidad, de los giros que

ha tenido en los últimos años. Por eso ha decidido hacer todo el tratamiento que el Mamo le propuso para curarse de su hipersexualidad. Baños de mandrágora, malva y perejil, cambiar la dieta, no usar estimulantes de ningún tipo, ni café ni alcohol, ni bebidas negras. Hacer mentalizaciones, varias horas diarias mirando una vela. Los días en que estuvo en el resguardo, el Mamo la encerró en una maloka. Francia se sentía absurda, encerrada en ese espacio, durmiendo en la tierra pelada con unas cobijas y nada más. Pero el esfuerzo valía la pena, pensaba en esos días, quería acabar con su sufrimiento. Varias veces vinieron mujeres a limpiarle el cuerpo, a hacerle cantos. El Mamo entraba una vez por día y la bañaba en humo de tabaco. Además le dejó ambile para que cada vez que se sintiera muy necesitada comiera un poco y se sentara a hacer la meditación frente a la vela, “vela blanca siempre, para que no mueva nada” repetía el Mamo. Por una rendija de la maloka Francia alcanzaba a ver pasar a los jóvenes indígenas, sus cuerpos de piel oscura, esa firmeza. No le parecían bellos, pero sí atractivos. Una sola vez intentó escapar de la maloka, pero cuando asomó la cabeza, un indígena le preguntó, con un acento casi inentendible, qué necesitaba. Ahí entendió que el Mamo le tenía guardia permanente y que no tenía cómo salir de allí. Una de las veces que el Mamo la visitó le dijo que debía llegar hasta lo más hondo de su vergüenza, llevar su sexualidad al lugar más oscuro posible.

Francia le había contado al Mamo toda su historia, toda su vida. Detalle por detalle de una vida vivida para el sexo. Todas las decepciones, y las tristezas. Todo ese caudal de recuerdos que ella no podía unir con la idea de una enfermedad.

Se sirve el café y regresa a la ventana. El calor de la mañana aumenta. Francia no puede salir del apartamento hasta no terminar su tarea. Ha decidido que su vergüenza llegará al máximo si se acuesta con un indigente. Se imagina bañándose en el mar. Le gustó La Bahía, que queda a pocas cuadras del apartamento

este que le ayudó a conseguir una compañera de trabajo. Recuerda la mañana en que una señora se acercó a entregarle un volante. “Estética vaginal láser”. Ya para qué, pensó en ese momento, para qué reconstruir lo que no debe ser usado. Mañana debe regresar a Bogotá y allá nunca haría algo semejante. Se imagina en su apartamento en Bogotá, un indigente entrando y luego montándole guardia todos los días hasta enloquecerla. Alcanza a imaginar, en ese tumulto de ideas que es su mente, que se enamora del indigente, que lo necesita. Cómo haría con los porteros, cómo con sus hijas. Ahí sí que todos la verían como una loca.

En la calle el sol hace brillar todas las cosas. Le parece que el sol cerca del mar es tan fuerte que las casas, los techos, las personas, los carros se inundan de luz y terminan irradiando todo como estrellas. Le tiemblan las piernas. Francia se pregunta desde cuándo le da miedo abordar a un desconocido. Ella que es experta en eso, ella que sabe que con pocas palabras ha logrado llevarse a la cama muchos hombres en su vida. Suda. Es el calor, piensa. Abre la ventana. Tiene miedo de que el hombre la mire. Deja por fin que la brisa la refresque. ¿Un grito? ¿Un silbido? ¿O simplemente lo llama con la mano? ¿Cómo hacer? Cierra la ventana, mejor aguantar calor que sentir que está unida al mismo aire de ese hombre. Prefiere sentirse parte de un mundo diferente. De hecho el día que decidió acostarse con un indigente aún estaba en la Sierra y no recordó haber visto ninguno en Santa Marta. Cómo haría, en Bogotá no podría hacer esa tarea. Al regresar al apartamento, después del viaje a la Sierra, se dio cuenta de que Santa Marta estaba llena de personas por las calles y que ella no las había visto al llegar. Ahora quisiera eso, no ser parte del mismo aire, no compartir nada con ese hombre. Lo invitará a subir. Ya le había comprado ropa. Hacía cuatro días tenía en una silla de la sala el atuendo que le entregaría a ese hombre para que la poseyera, una vez bañado y alimentado. ¿Y si el hombre entra y no acepta bañarse, si la coge de inmediato,

si la burla en medio de ese olor que Francia puede imaginar, de ese basurero andante que son esos seres humanos? Va al cuarto. Sobre la mesa de noche tiene toda su ropa tirada, una prenda sobre la otra. Se ha cambiado varias veces durante esa mañana. ¿Provocativa? ¿Recatada? ¿Disimulada? ¿Cómo debe estar para recibir a ese hombre? ¿Cómo no dar mensajes equívocos? Se cambia de ropa. Una falda blanca y una camiseta roja. No tiene nada de ropa que no sea ceñida al cuerpo. Francia es una mujer mayor, ya ha pasado los cincuenta. Su cuerpo, desde hace rato, ha empezado a fallarle. La piel suelta, los senos caídos, la barriga estriada (desde que nacieron las hijas). Pero ella sigue pensando que solo puede seducir con esa ropa que evidencia sus tetas grandes y sus caderas prominentes, aunque se vea como una morcilla, como le dicen sus hijas. Se mira al espejo. Busca aretes rojos, se pasa un cepillo por el pelo, ahora que lo lleva corto todo se facilita, se pinta los labios con el colorete más rojo que tiene. Le da rabia ver que le suda la nariz, que unas gotitas de sudor burbujean en su cara. Las seca con la brocha del polvo para la cara. ¿Cómo serán las manos de ese hombre? ¿Qué brutalidad va a encontrar en el encuentro con el indigente? ¿Desde cuándo tanto miedo? Se pregunta una vez más. Se moja la cara con agua, se borra el colorete. Lloro. Vienen a su mente las innumerables veces que se encontró con maltratadores, las innumerables veces que sintió placer con ellos. Vuelve a la habitación. Un *jean* y una camisa rosada. Cambia de aretes y se pone un colorete oscuro. Se recuesta en la cama, respira, quiere controlar el corazón. Se toma el café, ya frío, de un sorbo larguísimo. Minutos después se queda dormida. El cuerpo no le aguantaba más. Pasó toda la noche despierta, caminando frente a la ventana tratando de decidirse a invitar al indigente a seguir.

La despierta un griterío. Oye muchas voces y solo alcanza a diferenciar la voz de un hombre que grita “no se vaya, cabrón, no se vuele”. Se levantó y se asomó a la ventana. Tiene la respiración

muy agitada. Sus miedos unidos a los gritos le causaron una agitación inconsciente que aumentó cuando al asomarse vio en la calle una mujer tirada en el piso, una moto sobre el cuerpo de la mujer y al indigente como principal acompañante de lo que desde donde Francia estaba observando era una muerta. Sería él quien gritó, será su voz la que Francia escuchó, se pregunta. Se decide a bajar. Debe invitarlo. El sol está empezando a caer y esta es la última oportunidad que le queda. Si ese hombre se va a caminar por la ciudad, cómo va a hacer para encontrarlo. Coge las llaves del apartamento y baja. Al llegar al primer piso le alegra que en ese edificio no haya portero. Se ríe al recordar que cuando llegó ese pequeño detalle le pareció muy molesto. Odia el miedo que le producen los edificios sin portero, y que este fuera uno de esos la angustió mucho. Pero hoy le parece lo mejor. Nadie va a ser testigo de que ella sube a un pordiosero a su apartamento. Es un edificio de tan pocos apartamentos que casi nunca se encuentra a los vecinos en las escaleras. Que así sea, se dijo y salió a la calle. El hombre aún seguía ahí. En ese momento se oyó la sirena de una ambulancia. Alguien se encargaría de la joven que yacía en el piso.

Francia se casó virgen a los diez y nueve años. Creció en una familia muy conservadora. Un padre trabajador público y una madre ama de casa que dedicaba su tiempo a cuidar a las niñas. No conoció el sexo hasta que se acostó con su marido. Desde entonces la voracidad sexual de Francia fue en aumento hasta llevar a su joven esposo a la desesperación. José, su marido, empezó la relación muy enamorado de Francia, de esa muchacha casera y de buena familia. Le gustaba ese ambiente sano que se respiraba en la casa familiar de ella. Por eso esperaba de su mujer una sexualidad sosegada. Sin tachas. Pero el aumento del deseo sexual en Francia se fue revelando como un gran problema para él. No podía creer que esa misma niña tranquila y discreta que había conocido en su noviazgo pudiera desplegar tanta vitalidad sexual y como hombre

empezó a sentirse en duda. Empezó por pensar que lo había engañado y que no era virgen, luego pensó que ella lo estaba traicionando. De cualquier manera su virilidad se veía en juego con su mujer. “Francia, ¿qué te pasa?”, le decía cuando ella en la noche se acercaba a tocarle el pecho o bajaba directamente a su sexo, “¿no puedes descansar?”.

Francia por su parte tenía poca información sobre la sexualidad. En su casa de ese tema no se hablaba, más allá del comentario constante de su padre de que un hombre que no quiere casarse con una mujer solo quiere hacerle daño. Por demás ella no había tenido ninguna curiosidad con el sexo. Sin embargo, una vez conoció el sexo con su marido se despertó en ella ese animal silencioso que la habitaba y la fue llevando a una experimentación no apta para un hombre como José. Después de nueve meses de matrimonio José estaba agotado y desenamorado de Francia. “Te voy a devolver a tu casa, estás enferma, Francia, esto no lo soporta nadie”.

Pero preciso en ese momento Francia apareció embarazada y él sintió que esa nueva condición de su mujer les traería calma. Hasta cierto punto fue así. Francia le cogió un fastidio tremendo a José y durante esos meses no quiso tener relaciones sexuales con él. José lo interpretó como un buen desenlace de ese fervoroso inicio sexual de su mujer, le pareció que todo encajaba perfectamente y se relajó. Pero no era así, Francia estaba estudiando Enfermería en esos días del primer embarazo y su estado la dotó de una extraña libertad. Durante esos meses se hizo amante de un médico, profesor de Salud Familiar, que no dudó un instante en aprovechar las insinuaciones de la alumna. Después de nacida la primera hija, en pocos meses Francia volvió a quedar embarazada, y este nuevo embarazo lo aderezó con un par de amantes más. Era una madre de familia que estudiaba y en esos tiempos libres encontraba las maneras de desatar la fuerza de su sexualidad, que más que arrolladora era el centro de su vida. José vivía tranquilo,

por varios años no fue notorio para él lo que estaba sucediendo en la intimidad de la vida de su mujer.

Francia se sienta en el sillón de la sala. La brisa del mar entra por la ventana. El hombre está en la ducha. Le entregó la ropa y una toalla. Cuando el hombre fue a cerrar la puerta ella la empujó y él de inmediato desistió de cerrarla. Había una regla tácita en este encuentro: ella ponía las reglas. Se ha servido un poco del café frío que encontró en la olla. Siente un temblor en todo el cuerpo, como si todos sus órganos se hubiesen vuelto de gelatina. Oye el sonido del agua. Percibe cada movimiento del cuerpo de ese hombre en la ducha. Se decide. Entra en el baño. El olor de la ropa que el hombre se ha quitado la asquea. Un olor putrefacto que en pocos minutos habrá inundado todo el apartamento. Va a la cocina, recoge una bolsa negra de basura (ese detalle también lo había planeado), regresa al baño y mete toda la ropa en la bolsa. El hombre está parado de espaldas, con la cabeza pegada a la pared, dejando que el agua corra por su cuerpo. Ella no necesita que se relaje, no necesita que ese hombre se reconcilie con el agua, ni ninguna mejoría en ese hombre, solo necesita limpieza. Coge el jabón y mete las manos. El hombre se voltea asustado y la mira. Francia ha perdido el miedo. Lo empieza a enjabonar. Lo baña con odio, como si fuera un hijo necio que nunca quisiera bañarse. El hombre tiene una erección. Francia respira agitada, siente el olor a orines recalcitrantes que emana ese miembro. Coge la esponja de baño que ha traído de Bogotá y lo estrega. Quisiera tirarlo al piso y limpiarlo como si fuera una cartera o unos zapatos embarrados. Deja caer la esponja y sale del baño. Aturdida. Escupe el sabor a café que le queda en la boca en el lavaplatos. Trasboca. El hombre sigue en la ducha. Francia se lava las manos con rabia. Se frota la cara con las manos mojadas. Piensa en el Mamo, en sus palabras. En esa paz con que le dijo que solo así se curaría. El sonido del agua continúa. Basta, piensa, que no gaste más agua. Le pega un

grito que le sale más amigable de lo que pensó que iba a salir y le pide que termine ya.

Francia tiene un plato con la cena guardado en la nevera desde hace cuatro días. Lo tiene cubierto con una bolsa para que no se dañe. Carne, arroz, papa, plátano. Todo en abundancia. Mientras el hombre se viste, o eso imagina ella, calienta la comida en el microondas. Acomoda el plato en la mesa, le sirve un vaso de jugo. Sigue sintiendo ese temblor en las piernas. Ahora sabe que ese hombre podría robarla, hacerle cualquier daño que quiera. Abre el cajón y mira el cuchillo de cocina. Quiere tenerlo cerca, por si acaso, pero entonces calcula que si el hombre se da cuenta, aumenta el peligro. Coge todo lo que le parece un arma y lo esconde debajo de la nevera. Se imagina haciendo este gesto es su apartamento. Imposible, tantos implementos de cocina que necesitaría esconder. Agradece, con una mirada rápida hacia el cielo, que no esté en Bogotá.

En las conversaciones con el Mamo hubo algunas historias de su vida que resonaron más de la cuenta. Quizá que la alcanzaron a avergonzar un poco más de lo que ella misma se imagina. Su matrimonio se acabó cuando José descubrió que Francia tenía un amante, solo descubrió uno. Era la época en que ella aún no se desbordaba por completo en su necesidad de sexo y podía espaciar en sus días los diversos encuentros que mantenía. José la vio salir de unas residencias en Chapinero. No había caso. Estaba parado en una esquina en la carrera trece y ella salía con un hombre de un lugar evidente. Lo vio. Él la miró. Ella se detuvo, se despidió del hombre con un beso ligero en la mejilla y salió a caminar hacia donde estaba José, pero ya no lo encontró. Caminó por horas en esas calles y a la hora en que las niñas debían llegar del colegio fue a casa. Encontró dos maletas en la portería y un portero impertinente que le decía que ella no podía subir al apartamento, era la orden del señor. Aunque esta era la primera vez que José la encontraba,

ya habían ocurrido otras situaciones dudosas que lo tenían cansado de Francia.

En unas vacaciones, meses antes de la separación, fueron a Melgar a un hotel con piscina. Esos días de vacaciones eran terribles para Francia porque quedaba sometida a largos días sin sexo. El contacto con José se había cortado, él por alguna razón prefería estar lejos de ella. Su mujer despedía un aire aterrador para él, un aliento a sexo que no podía dominar y por ello le pareció mejor mantenerse al margen de ese cuerpo. Una mañana José le avisó que iría a Girardot a buscar avena y mantecadas para las onces. Las niñas querían quedarse en la piscina. Francia las acompañó, se metió al agua y jugó con ellas mientras iba tratando de imaginarse cuál hombre de los que iban apareciendo podría ser. Las niñas, que a esa altura tenían tres y dos años, se quedaron jugando en la piscina para niños. Ella se sentó en una silla de asolearse junto al hombre solitario que desde hacía días observaba. Las niñas chapoteando en el agua. Ninguna sabía nadar. Los baños quedaban bajando una escalera, como si estuvieran casi debajo de la piscina. El hombre bajó al baño, Francia lo siguió. Se metió con él en un baño minúsculo, mojado por todos lados, y logró por fin descansar de tantos días de ansiedad. Cuando regresó a la piscina había un revuelo que recayó en ella. ¿Cómo las deja solas?, le gritaron, las niñas estaban sentadas en dos sillas, y varias personas las acompañaban. Francia no quiso preguntar. Se imaginó la escena una y mil veces, alguna persona viendo a una de sus hijas ahogándose, la niña defendiéndose del agua o dejándose llevar y ella mientras tanto logrando el placer que le justificaba la vida.

–Esta mañana mi hermanita se ahogó –dijo la niña mayor cuando el papá se bajó del carro. José corrió al cuarto a buscar a Francia.–¿Qué le pasó a la niña? –preguntó al llegar, iba imaginando lo peor.

–Nada, está durmiendo la siesta.

–Pero la niña dice que se ahogó.

–No, solo se hundió en el agua –dijo Francia tratando de salir del paso, cuando llegó la niña mayor.

–Pero tú no estabas, mamá.

–No, mi amor, estaba en el baño, me fui solo un minuto.

José sabía que algo sucedía con su mujer. Aunque evitaba buscar, no tomaba la decisión de separarse porque no quería dejar a sus hijas solas. Además, pese a todas sus sospechas, le parecía una buena mamá. Las mantenía bien arregladas y las alimentaba juiciosamente cuando estaba en casa. El resto del tiempo la muchacha estaba bien instruida para cuidarlas, y todo gracias a Francia. Pero sus dudas crecieron y por eso terminó siguiéndola hasta que la encontró saliendo de las residencias. Después de que se separaron, meses después de no dejar que Francia viera a sus hijas, fue tal la desolación que José sintió en las niñas que aceptó que se quedarán con Francia en el apartamento que había conseguido un par de noches en la semana. Al comienzo Francia lograba controlar su deseo y esas noches no salía a cazar, se quedaba en casa cuidando a las niñas. Aprovechando todo el tiempo que no habían tenido para estar juntas. Pero la fuerza de su pulsión era tan grande que varias noches las dejó durmiendo y se fue a la calle. Las niñas parecían no notarlo, y cuando una noche la niña mayor se despertó y no la encontró, guardó silencio. El padre no supo nada de eso. Pero lo grave fue cuando los trasnochos hicieron que perdiera el empleo y se quedó sin dinero, hasta el punto que no tenía plata ni para pagar una residencia barata en sus cacerías y terminó trayendo hombres desconocidos a su apartamento, aun con las niñas ahí. Ella se metía en el baño o en la cocina, pero no siempre fue posible contener la fuerza de esos hombres que conseguía, y una noche una de las niñas se despertó y la vio ahí, al lado de ellas, con un hombre que más que amarla la estaba matando. Desde ese día volvió a perder a sus hijas y solo de adultas han vuelto a acercarse a ella.

Francia, en la última conversación con el Mamo, le dijo que quería disculparse. “¿Con tus hijas?“, le preguntó el Mamo, sorprendido de que estuviera por fin aceptando su situación. “No, con la vida, porque nunca debí tenerlas. Yo no era una mujer para hijos ni para marido ni para nada de lo que la sociedad cree que uno debe hacer, esa no era mi vida”.

La lista de situaciones espeluznantes que su sexualidad había desatado era inmensa, pero Francia las veía simplemente como los efectos secundarios de haberse visto obligada a vivir la vida que no le correspondía. Ella no podía ver sus actos como irresponsabilidades, eran la consecuencia lógica del destino verdadero de su vida, el sexo. El Mamo, por su parte, los veía como lo que son, los hechos, nada es malo ni bueno, le había dicho, pero sabía también que ella necesitaba salir de esa vida, curarse.

El hombre se sienta en la mesa. Le escurre agua del pelo, si es que a esos mechones mugrientos se les puede llamar así, piensa Francia. La ropa limpia no ha cambiado su fisionomía. No era la mugre lo que marcaba a ese hombre, pensó Francia, es la vida y eso no se borra con nada. Pensó en ella misma. ¿Qué estaría pensando ese hombre? ¿Cómo la vería? ¿Tendré yo marcas tan fuertes como las tuyas? Verlo comer la horroriza. El hombre no come como un cerdo, como ella habría pensado. Sabe comer decentemente. Pero algo en sus movimientos muestra un apetito voraz, como si ese ser fuera capaz de comerse el mundo entero en pocos segundos. Francia sigue sintiendo miedo. Asco. Los dientes del hombre, que aparecen cada vez que se lleva un bocado, le dan escalofrío. Francia quisiera sacarlo de su casa, decirle que se vaya, que él no pertenece al mismo mundo de ella. Piensa en los cuchillos. Imagina la sangre brotando del cuello del hombre. Sería capaz, sería capaz de solucionar este momento de esa manera. ¿Y la tarea?

Los últimos años le habían traído a Francia el impedimento más verdadero para su sexualidad. Se había ido convirtiendo en

una mujer mayor, jamona, con una gordura que no lograba bajar con nada. Dietas, ejercicios. Era como si su cuerpo hubiera decidido traicionarla a mitad de camino. Porque su apetito sexual le hacía sentir que podría estar activa por años, pero el cuerpo empezaba a flaquear. En especial, lo más difícil, no lograba conquistar a los hombres. Esa era su tragedia. Ahora no podía saciarse porque el alimento se le escurría entre las manos. Por eso decidió buscar ayuda. Necesitaba calmar el deseo, salir de esa cárcel de abandono y necesidad en que la estaba sumiendo la imposibilidad de consumir lo único que la salvaba de la vida misma. No había caso, en esta época la juventud se había impuesto como el único territorio del gozo y ella estaba quedando por fuera de esos parajes que antes le daban sentido a su vida. Francia pasaba días, semanas, en estados tremendos de depresión después de salir a la calle y regresar manivacia. Las hijas acompañando tanta tristeza. Las hijas sabiendo que lo mismo que las alejó de su madre en la infancia podría alejarlas en la adultez si la tristeza la llevaba a cometer una locura. “Busca ayuda, mamá, busca ayuda”.

Francia siente un huracán en el pecho. Las piernas siguen temblando. Se siente anclada en la silla, no para de mirar a ese hombre comer. Una vez termina toda la comida y se toma el jugo, Francia se levanta. En otra oportunidad se habría ido hasta el espejo, habría querido mirar su cara y su cuerpo antes de entrar en la faena sexual. Esta vez no puede, ¿no le interesa? Debe vencer el miedo, el asco, la perturbación. Ve en el rostro de ese hombre los gestos del Mamo, la firmeza con que le habló cada vez que se vieron, la seguridad de que a partir de este momento empezaría a curarse. “Debes encontrar una actividad cuando regreses a Bogotá. Haz ejercicio, baila, pinta. Llena la vida de otra cosa”.

El hombre no la mira, tiene una mirada al vacío que Francia no sabe cómo franquear. Se decide. Lo toma de la mano y lo arrastra, con una dulzura inesperada, hasta la habitación. Ya se ha hecho

de noche. En el cuarto entra el resplandor de las lámparas de la calle. Puede verlo perfectamente. Lo lleva al lado de la cama. Él la sigue sin resistencias. Francia le suelta la mano, abre la ventana de la habitación y una vez más la brisa, ahora la de la noche, entra a refrescarla. Quiere que ese aire se lleve los olores, que la salve de los aromas pútridos que expele el cuerpo de ese hombre. Regresa al lado del indigente. Se para muy cerca, frente a él. El hombre parece una estatua, no hay ningún movimiento, Francia no percibe ninguna excitación en él. Le toma las manos nuevamente y las lleva a su cuerpo. Lo guía como si creyera que ese hombre nunca ha tocado una mujer. Él, como una marioneta. Le lleva las manos a sus senos. Piensa en sus dientes, en esa boca inmundada, en las uñas que aun después del baño están llenas de mugre viejo. Deja una mano en los senos. El hombre los palpa, empieza a moverse. Ella siente el asco revolverse con el deseo. Le pasan escalofríos por el cuerpo, una excitación conocida, pero esta vez colmada de fastidio. Siente rabia con su cuerpo, con su vida, con ese deseo de salvarse de lo más deseado. Le baja la otra mano y la mete entre su ropa, la hunde en su sexo. Las uñas sucias, y esos dedos penetrando su vulva, su vagina. El hombre respira más rápido. Se contonea. Ella siente crecer el calor en su sexo, en su cuerpo. Los dientes, la suciedad imborrable. Su sexo se crece, se derrama en fluidos, se extiende. Tantos días, tantas horas, tantos minutos. El silencio de su cuerpo termina, las corrientes eléctricas la recorren. No puede entregarse, debe entregarse. Quisiera un beso, una boca que la pueda lamer. ¿Qué hará este hombre ahora? Está excitado, mueve las manos y ella se sorprende de la agilidad con que la va seduciendo. Le acerca la cara al cuello. Francia siente náuseas unidas a las vibraciones del sexo, de su clítoris deseoso. Quiere quedarse en esa vibración, quiere apartarlo de un golpe, sacarlo de la habitación y se agarra de su mano, lo ayuda, quiere llegar, quiere sentir el remolino de dicha. El hombre le busca el rostro, quiere

besarla. Se pega a su cuerpo sin sacar la mano de sus calzones. La abraza con la otra mano, le coge la cabeza, el pelo corto. Ella se retuerce. Tanto tiempo sin nada. Quiere vomitar, quiere verse en el espejo. La explosión se acerca. El hombre jadeante y ella también. El indigente busca su boca, ella voltea la cara y jadea, gime, este hombre la volverá al orgasmo. No puede ser. No puede sentir placer en este estado de putrefacción, siente que puede llegar, ya lo sabe. El hombre saca la mano. La aparta de su cuerpo. La mira a los ojos, ella no le sostiene la mirada. Baja las manos, lo suelta. Espera a que él se quite la ropa que con tanto miedo ella compró para él. Esa ropa que le queda un poco holgada, que le luce después de tanta suciedad. El hombre la empuja suavemente. Da dos pasos atrás. La mira. Francia le estira las manos, se sienta en la cama, lo espera. Quiere quitarle la ropa, acabar con esta escena. Piensa en sus hijas, en la vida, en la cura. El hombre da un paso más hacia atrás. Se voltea y sale con movimientos rápidos. Francia oye las pisadas, la bolsa de la ropa sucia que el hombre recoge y el golpe seco de la puerta al cerrarse a su paso.



Fugitiva

NATASHA SE ACERCÓ A LA PUERTA QUE ESTABA ABIERTA de par en par, se asomó con un gesto de prudencia, como queriendo ser invisible, y al no ver a nadie alrededor, dio unos golpes en la puerta. Se acababa de bajar de una camioneta que le dio chance desde la Vía al Mar y la trajo hasta Punta Canoa. Llegó al caserío por una vía destapada rodeada de una vegetación árida, donde lo más prominente eran los totumos, que estaban en la época del año en que todavía se ven muy verdes, y de vez en cuando un árbol de matarratón florecido, que, pensó Natasha, parecía ser lo único que producía aire en medio de toda esa tierra amarilla y rugosa por donde pasaba el camino. Antes de llegar, en la última curva, vio el mar y esa presencia borró en Natasha la sensación agobiante que le estaba generando el paisaje. En ese punto el mar es imponente, tiene la fuerza del mar abierto, y aunque sus aguas son de color café, tienen un coraje que la hizo estremecer y le dio una sensación de plenitud.

–Adelante, ya bajo –contestó la voz de una mujer desde algún lugar de la casa que Natasha no pudo precisar.

El conductor de la camioneta sabía dónde vivía Adelaida Suárez y la dejó justo frente a la casa, que se encontraba entre las primeras, en la entrada al caserío. Las casas que alcanzó a ver Natasha eran todas bajas de techos metálicos y rodeados de cercas de alambre muy derruidas. La casa de Adelaida tenía una cerca de machimbre muy tupida en los lados y más esporádica en el frente. Cuando Natasha se bajó de la camioneta vio que la puerta de la cerca estaba abierta, igual que la de la casa. Adentro de la cerca se veía una pequeña casa antigua, hecha en tierra pisada, que había sido pintada de colores verdes, con sócalo verde oscuro y el resto verde limón. Colgadas de los aleros se veían muchas materas con flores de colores y los árboles que rodeaban la casa daban la sensación de no estar en medio de la aridez de la zona. La pulcritud de su pintura, en comparación con las otras casas vecinas, le confirmó a Natasha que esa debía ser la casa de la mujer que venía a buscar, pues por muchos años que llevara fuera de la ciudad no se la imaginaba viviendo en una casa tan descuidada como las otras.

Estaban en la época de los vientos. La brisa movía una de las ventanas y ese golpeteo fue la compañía de Natasha en la entrada a la casa. Por demás había un silencio absoluto de ruidos humanos. Cuando entró sintió de inmediato una mezcla de olores de sal marina e inciensos. Las paredes dentro de la casa eran azules, unas oscuras y otras más tendiendo al turquesa, y aunque era una casa vieja tenía muchas ventanas y al fondo una gran puerta de vidrio, abierta también, por donde pasaba la brisa y se oían las olas en su ir y venir. Natasha caminó hasta esa puerta y aunque ya oía las olas se le sobresaltó el corazón cuando, al llegar al quicio, vio el mar a tan pocos pasos. No sabía dónde sentarse. Había sillas dentro de la casa y afuera había una hamaca y dos sillas muy bajas, hechas en madera de terminados muy artesanales, una frente a la otra, como

si dos personas que gustaran mucho de conversar las mantuvieran ahí para el próximo encuentro. Natasha regresó la mirada hacia adentro. Detalló el espacio. Colgaban del techo muchos móviles, de conchas, semillas, piezas de cerámica. Las lámparas eran todas hechas con totumos calados con figuras delicadísimas: lagartijas, flores, escenas del cielo y del mar. También había telas pintadas, al estilo batik, que colgaban en algunas paredes, y un móvil inmenso de caracoles que separaba a la cocina de ese espacio de la sala. En otra pared una biblioteca, que con los días supo Natasha que tenía libros de temas muy diversos y casi nada relacionado con psicología, que había sido la especialidad de esa mujer antes de llegar a este lugar. Natasha tuvo la impresión de que esa casa y su decoración eran el resultado de las manos de un ser que vivía en un tiempo extendido, un tiempo lento en el que era posible ver hasta el movimiento de las sombras. Le pareció que no había nada falso en ese espacio, que cada cosa hablaba de una vida dedicada con minuciosidad a construir esa libertad y paz que Natasha tanto ansiaba. De pronto sintió que la casa entera era una gran hamaca que la mecía con cariño.

–Siéntese, por favor. Perdone la demora –volvió a decir la mujer desde lejos y ahí sí pudo saber Natasha que la voz venía de un segundo piso.

Dio una vuelta más dentro de la casa buscando la escalera, pero no la encontró. Salió por la puerta que daba al mar, pasó junto a las sillas y la hamaca y en la esquina de la casa vio la escalera. Eran unos escalones contruidos con madera, colgados con guayas y unas varas de guadua que servían de pasamanos, una construcción muy original, pensó. Con la suma de los detalles que veía en esa casa Natasha pensó que esa mujer había tenido tiempo para inventar el mundo otra vez. Arriba se alcanzaban a ver las puntas de la paja del techo, pero no pudo divisar el lugar donde estaba la mujer. Observó los árboles grandes que rodeaban el patio y formaban un tejido de sombra y pensó que tenían que haber sido

cuidados por unas manos sabias que fueran capaces de darles vida en medio de la aridez circundante. No sabía dónde sentarse, dudó varias veces si sentarse en una de las sillas, pero tuvo miedo de estar invadiendo algo, tal vez en la hamaca, igual podría ser el lugar privado de la mujer. Regresó dentro de la casa y se sentó cerca de la puerta principal en un butaco hecho con un tronco de madera que por su textura parecía traído por el mar. Allí adentro hacía calor, Natasha sintió que desde que se había bajado del bus en la carretera principal había sudado a mares, ahora la brisa que venía del mar alcanzaba a rozarla y le enfriaba el sudor hasta producir un leve escalofrío en la piel. Tuvo la visión de sí misma sentada en ese rincón de la casa y le pareció que daba una imagen de desprotección tan abrupta que sintió miedo de lo que esa mujer pudiera pensar de ella. Entonces se levantó, caminó hasta la puerta de vidrio y decidió esperar parada en el quicio mirando las formas que se dibujaban en la arena cada vez que las olas la abandonaban.



La mujer entró por la puerta principal. Quizás bajó la escalera y dio toda la vuelta buscando a la chica en la entrada. Cuando Natasha se volteó a mirarla sintió entera la dicha de haber llegado adonde quería llegar.

—Me han hablado mucho de usted —se atrevió a decir Natasha mientras se acercaba y extendía la mano a Adelaida.

La mujer caminó hacia ella y también le extendió la mano. Luego la invitó a sentarse en las sillas de afuera. Adelaida pareció evitar el tema, guardó silencio hasta que se acomodaron bien. Natasha no podía dejar de mirarla. Le miró cada movimiento. Observó la manera en que acomodó el vestido hindú largo antes de sentarse para poder subir las piernas y quedar acomodada en la silla en posición de loto. Le miró las manos, y detalló en ellas el traje,

las venas pronunciadas y la belleza. Pensó que alguien tuvo que haberle dicho alguna vez que parecían de pianista. Vio la curva de sus hombros y los brazos que mostraban los años, pero al mismo tiempo daba la impresión de ser una mujer que cuidaba el cuerpo y hacía ejercicio. El pelo crespo muy canoso que le llegaba casi hasta la cintura y que venía aún goteando de un baño reciente. Se fijó en las dos pinzas que le levantaban el pelo a los lados, sobre las orejas, y el viento que lo mecía con una dulzura de viejos conocidos. Natasha no sabía qué más decir, estaba anonadada. La mujer llevaba puestos unos anteojos de marco grande y muy negro que resaltaban contra su piel blanca, dorada tenuemente por el sol, y sus ojos entre verde y café.

–¿Qué la trae por acá? –preguntó Adelaida.

–Soy fugitiva –dijo Natasha, y se rio fuerte sin ningún eco de la mujer.

–...

–Era un chiste, perdone. Solo que hace mucho tiempo quería dejar esa ciudad y vivir así, como usted.

–¿Mucho tiempo?

–Sí, hace un año –dijo la chica.

–Veo... –dijo la mujer y Natasha se sintió estúpida, no sabía cómo seguir hablando con esa mujer que tenía doctorado en lo que para ella era simplemente un sueño.

Natasha era una estudiante de Artes en la Universidad Nacional, en Bogotá, que en cierto momento se empezó a interesar más por las artes del cuerpo, el circo, que por las artes plásticas, y fue abandonando los estudios para pasarse el tiempo aprendiendo malabares, acrobacias, telas y otras artes relacionadas. Sus últimos semestres en la universidad los pasó colgada de una tela de circo verde chillón, detrás del León de Greiff. Terminó andando con un grupo de *hippies* que querían abandonar la ciudad e irse a alguna ecoaldea a vivir en comunidad. Trabajó en todo lo que pudo, dio clases de dibujo, de

tela, de acroyoga, tejidos en el pelo y macramé, hasta cuidó bebés, todo para ahorrar plata y poder huir, así llamaba a su sueño. Dos cirqueros le propusieron arrancar camino. Tomaron un bus y pararon en cada ciudad a vender lo que hacían, sus acrobacias, sus artesanías, hasta llegar a Santa Marta, donde los esperaban otros ecoaldeanos para hacer comunidad en un terreno cerca de Quebrada Valencia. Cuando ya estaban organizándose en ese lugar ella sintió que su sueño incluía la soledad y decidió ir en busca de Adelaida. En la universidad la había oído nombrar muchas veces. Decían que era una profesora exitosísima que un día decidió dejar todo por irse al mar, que vivía de la manera más frugal imaginable y en la eterna libertad.

–Quiero vivir como usted –dijo Natasha aún temerosa de no encontrar empatía en la mujer.

–Cómo cree usted que vivo, dirá. –Y esta vez Adelaida le entregó una sonrisa que aminoró un poco el estado de temor que venía creciendo en Natasha.

–Sí, como me han dicho que vive.

–¿Quién? Casi nadie me visita.

–Casi nadie, usted lo ha dicho, pero en la universidad hablan mucho de usted. Yo me obsesioné y les he preguntado a muchas personas por usted, hasta que la encontré.

–No era tan difícil saber dónde estaba, hasta en un periódico lo publicaron, pero de ahí a que sepan cómo vivo...

–Tiene razón, amarillismo –dijo Natasha sin dejar de mirar a la mujer a los ojos, aun cuando Adelaida de vez en cuando volteaba la mirada hacia el mar-. ¿Le ha molestado que les interese su vida?

–No lo sé. Yo misma me presté para la entrevista. Me cogieron en casa de una de mis hijas en Bogotá. Qué le puedo decir, no me gusta ser el mito de nadie. Soy lo que soy para mí, no para que ellos, bueno no tiene importancia. Ya pensará usted que perdió el tiempo viniendo hasta donde esta vieja cascarrabias. ¿Cómo quiere vivir? Y, por favor, dígame su nombre otra vez.

–Natasha. Quiero vivir libre, lejos de la vida de la ciudad, encontrarme con lo más profundo de mí misma.

–Vaya tarea...

Adelaida se había convertido en un mito entre ciertos jóvenes, especialmente esos hombres y mujeres que pasada la adolescencia sentían que la vida urbana estaba tejida como una trampa para esclavizarlos y decidían perseguir el sueño del *hippismo* de los años sesenta en pleno siglo XXI viviendo en comunidades que fueran capaces de salvar el planeta de los embates de esta civilización salvaje. Natasha, desde que entró a la universidad, se movió en esos círculos de estudiantes (la mayoría desertores del estudio) y creció en ella la convicción de que la tarea fundamental en este planeta era conocerse a sí mismo y conectarse con la naturaleza para alcanzar el fin último: reconocerse como una entidad indivisible. En ese contexto el mito de Adelaida era retador. Se decían muchas cosas de esa mujer que Natasha tenía sentada al frente y le movía el corazón a pasos grandes e incontrolables. Decían que era una de las profesoras más inteligentes y hermosas de la Facultad de Ciencias Humanas, una burguesa, muy acomodada, pero de ideas progre, que había revolucionado el Departamento de Psicología. Se decía también que en todos los años que estuvo en la universidad se había dedicado en cuerpo y alma a sus estudiantes, que hablar con ella era como darse un baño de vitalidad. Muchos contaban que iban a su oficina con cualquier disculpa académica, solo para salir con ese ánimo renovado que ella producía. Se decía también que Adelaida y su marido eran la pareja más pareja, que tenían dos hijas y que sin embargo un día llegó el rumor de que la profe Adelaida había huido. Había dejado todo tirado, la universidad, el marido, toda esa vida que parecía tan estable, y había terminado viviendo frente al mar. Hasta los cuenteros de la Nacho contaban sus historias en las tardes soleadas en la Perola.

–No sabía que contarán historias sobre mí. Pero bueno, tienen razón, fue algo así. Mis hijas ya no vivían con nosotros y yo me levanté una mañana, empaqué una maleta y salí sin rumbo claro, pero con la determinación definida de no volver más, como la canción, “aquella brisa que no vuelve más”, ¿la ha oído?

–No la recuerdo, ¿qué ritmo es? –preguntó Natasha.

En ese momento Adelaida se levantó de la silla, entró a la casa, encendió un equipo de sonido y buscó entre un sinnúmero de casetes hasta que encontró el que buscaba. Lo puso y empezó a adelantar intermitentemente la cinta hasta que encontró la canción. A Natasha esa imagen le pareció casi prehistórica y le gustó la emoción que la mujer le imprimía a la búsqueda. Cuando puso la canción, le subió el volumen y regresó a la silla y volvió a acomodarse. Esta vez se acomodó de lado, mirando hacia el mar y abstraída de lo que la rodeaba empezó a cantar: “Donde yo quiero voy, sin una despedida. Soy el agua de los ríos que corriendo siempre está, todo lo que tengo es mío y de los demás... Me he comido la manzana del placer”. Natasha puso toda su atención en la canción y lo que más le sorprendió fue la flauta que vibraba en ese paisaje como un ruiseñor caribeño que volaba sobre las olas del mar. Natasha seguía imbuida en esa mujer. No podía respirar sin recordar en cada aliento que por fin estaba sentada allí, que estaba frente a frente con Adelaida Suárez. El casete siguió sonando, una canción de salsa tras otra, y ellas lograron por fin entrar en una conversación más relajada. Hablaron de la universidad y sus paros. De los cambios en la infraestructura, de las clases que Natasha había tomado recientemente. Sin muchos detalles Adelaida le contó a Natasha sobre sus ocupaciones en Punta Cana. Después de un largo rato Adelaida aterrizó en el inicio de la conversación de forma inesperada para Natasha.

–Hace mucho tiempo dejé de preguntarme por los motivos –dijo Adelaida. Natasha no quería volver a sentirse idiota frente a esa mujer, por eso prefirió quedarse callada-. ¿Sabe? Lo mejor que

me ha pasado en todo el tiempo que he vivido acá es darme cuenta de que la luz del día cambia casi cada minuto.

Natasha pudo imaginársela, ahí sentada, mirando el paisaje por horas hasta haber descubierto cada modulación del viento, cada ondulación de las olas, cada vibración de la luz. Se le notaba en el cuerpo. No podía decirse que fuera un ser en paz, algo de su mirada mostraba que en ella había una cierta ansiedad, en sus gestos, en la manera en que movía las manos, pero se veía a leguas que había alcanzado una suerte de unidad con ese lugar donde vivía y que ya no parecía haber en ella ningún deseo de volver a huir.

–Venga le muestro su cuarto, debe estar cansada. Me imagino que querrá darse un baño –dijo Adelaida de repente.

En la llamada telefónica que le hizo Natasha a Adelaida para avisarle que vendría a visitarla le preguntó si había algún lugar para alojarse durante los días que pasara en Punta Canoa. Adelaida le dijo que no se preocupara, que ella le buscaba un lugar. Pero Natasha no se imaginó que la alojaría en su propia casa. Adelaida se levantó de la silla y la llevó, tomada del brazo, hasta una habitación en el primer piso de la casa.

–Báñese, mientras yo preparo algo para que comamos –dijo y desapareció entre el móvil de caracoles que daba a la cocina.

Natasha fue por su maleta, que había dejado cerca de la puerta principal, y regresó a la habitación. Cerró la puerta y de inmediato se acostó en la cama. Tomó aire varias veces y entendió, ahora sí por completo, que había llegado y que la vida le estaba dando la oportunidad de estar junto a Adelaida. Sintió todas las emociones de las últimas horas agolpadas en su cuerpo, como un corazón gigante latiendo en todo el cuarto.

La cocina era aún más fascinante que los demás espacios de la casa. Adelaida había mantenido el mobiliario simple de esas casas, el pollo, el lavaplatos. La diferencia era que estaba toda cubierta de mosaicos. Natasha imaginó que Adelaida alguna vez había consumido

yagé porque todas las imágenes del mosaico que recorrían la cocina parecían pintas de un viaje de remedio. Del techo colgaban las ollas y unos muebles hechos también en madera y guadua donde ponía los cubiertos, el mercado, los platos y demás. Cuando Adelaida vio a Natasha mirando a su alrededor le contó que todo lo había hecho ella, y que los muebles eran colgantes porque los bichos la habían cansado. La mesa que servía de comedor estaba construida con paños disímiles que Adelaida contó eran pequeños regalos que le traía el mar. Porque todos los días, dijo Adelaida, recogía lo que dejaban las olas en la orilla: la basura, las maderas, las conchas y todo lo que llegaba, y ella los usaba para construir su espacio y los objetos que llevaba a vender a un almacén en Cartagena.

Cuando ya estaban sentadas en la mesa, Adelaida le dijo a Natasha que le gustaría entender lo de la libertad.

Natasha hizo su mejor esfuerzo para responderle. Trató de explicarle que la ciudad le parecía un devorador de vida, que ella creía en la necesidad perentoria de vivir cerca de la naturaleza para volver a darle un lugar privilegiado y salvarla, que solo en un tiempo más lento, como el que Adelaida vivía, era posible tener el espacio para conocerse, para hacer ese desprendimiento del consumo, de los afanes de la ciudad. Adelaida la observaba con atención y de manera extraña para Natasha: sin gestos de aprobación.

–No sé qué más decirle, una libertad como la suya.

–Perdóneme si la desilusiono, pero no sé nada de esas palabras grandes que usted usa.

Esa noche Natasha no pudo conciliar el sueño hasta muy entrada la madrugada. Entre el sonido del mar, que daba justo en su ventana con unos ruidos fuertes, como si estuviera alistándose para pasar por encima de la casa, y la sensación descorazonadora que le crecía y la llevaba a preguntarse cómo aprender de alguien que no creía tener algo para enseñar le impidieron dormirse. No sabía bien cómo comportarse con Adelaida.



Natasha se demoró varios días en adaptarse a las jornadas de Adelaida. La primera mañana, cuando se despertó, el silencio en la casa no le permitió saber si Adelaida estaba durmiendo, meditando o si simplemente no estaba. Salió del cuarto, se tomó un vaso de agua y cogió la tela. Desde la tarde anterior había visto el árbol que le podría servir para subir su tela de circo y pensó que Adelaida probablemente no se molestaría porque ella hiciera su rutina de ejercicio ahí, en su patio. Colgó la tela y se subió. Montada en lo más alto de la tela, casi en la rama donde la había logrado colgar, divisó un buen tramo de la playa. El sol hacía rato había salido y el cielo tenía un color azul tenue que sin embargo guardaba aún unos cuantos trazos rosados y amarillos en el horizonte que recordaban el amanecer. Vio una canoa de pescadores regresando a la orilla. Gaviotas volando a ras del agua y un grupo de aves negras que volaban juntas haciendo complicadísimos recorridos, en una sincronía de esas que Natasha soñaba ver entre los humanos. Cuando miró al otro lado de la playa vio a Adelaida sentada muy cerca observándola. Aunque le dio un poco de susto verla, la saludó con naturalidad. Adelaida movió su mano con un gesto que Natasha leyó como alegría, como si esa mujer sintiera gusto de tener compañía. Natasha hizo su rutina, se lanzó en figuras acrobáticas y Adelaida no hizo más que observarla.

Con los días fueron acoplando rutinas. Adelaida se levantaba siempre antes del despunte del día y salía a caminar y hacer ejercicio. Entraba en la madrugada al mar, se bañaba en sal porque, decía ella, era la hora más generosa del océano. Luego comía un desayuno que le servía también de almuerzo, pero que era más bien como un pasabocas. Una fruta, una verdura, un trozo de queso, una taza de té y dos tajadas de pan. Durante el día, hasta las tres de la tarde, hacía actividades varias. Tejer, mirar el mar, hacer sus artesanías (tallar los totumos para las lámparas, hacer los móviles

y los objetos con los residuos del mar), recoger lo que traía el mar, cuidar las plantas y los cultivos hidropónicos, a veces recibía niños del caserío y hacía con ellos talleres de arte y, muy de vez en cuando, iba a Cartagena a traer tierra para sus plantas, alimentos y a llevar sus artesanías. Y ahora con Natasha incluyó en su jornada mirarla en su rutina en las telas y hacer uno que otro ejercicio de acroyoga juntas. Pues aunque Adelaida era una mujer de más de sesenta años, hacía ejercicios de yoga desde los treinta y tenía una fuerza en el cuerpo que le permitió aprender algunas acrobacias con Natasha. A las tres, sagradamente, Adelaida se iba a dormir. Gustaba de la madrugada y la noche y solo si dormía en la tarde podía soportar su ritmo. Dormía hasta las seis o siete de la noche y luego se levantaba a vivir una nueva jornada.



Natasha intentó hacer siestas para poder madrugar con Adelaida, pero le era muy difícil despertarse temprano. Por el contrario, quedarse a cenar con ella en la noche le parecía una fantasía. En ese momento preparaban más alimentos, siempre cenas suaves, pero comida más elaborada. Platos árabes, *omelettes*, tortillas y de vez en cuando alguna carne, porque Adelaida decía que si uno no come carne, no puede poner los pies sobre la tierra, la carne nos aterriza. Luego se sentaba largos ratos en las sillas a oír música. A Natasha le gustaba ese cierto aire adolescente de Adelaida, pues ponía la música muy fuerte, y cuando estaba con ánimo *rockero*, el estruendo era tremendo y bailaba por todo el patio con una vitalidad juvenil.

—¿Por qué en Punta Canoa y no en la Sierra? La gente como usted se va a la Sierra, ¿o me equivoco? —le preguntó Adelaida una noche mientras cenaban, oían estruendosamente Pink Floyd y mataban jevenes porque el viento no había querido aparecer. Natasha se sonrió de pensar que Adelaida la veía tan *hippie*.

–Yo vengo de la Sierra, allí están los amigos con los que viajé. Creo que hubo dos razones, de un lado que quería conocer la soledad, y además que nos llegó el rumor de que en una zona cercana habían visto carteles pegados en los árboles que decían que no querían ver peludos ni marihuaneros ni trasnochadores. Que si se quedaban, los iban a cazar.

–Veo.

Aunque Adelaida parecía no estar muy convencida de la decisión de Natasha de quedarse a vivir en el caserío, la ayudó a acomodarse. Insistió para que la dejaran trabajar en la escuela dando clases de circo a los niños y de ahí Natasha logró sus primeros recursos en la región. La llevó a Cartagena al almacén donde vendía sus artesanías para que dejara sus tejidos y tarjetas anunciando las clases de acroyoga, que en pocos días también le traerían algo de dinero. Le ayudó a encontrar una pequeña casita, dentro del jardín de la casa de los panaderos del pueblo, y allí la acompañó a acomodarse. Fueron juntas a comprar vasos, platos, cubiertos y demás. Adelaida mantuvo su actitud acogedora con Natasha y la invitaba a cenar a su casa un día a la semana, fuera de los viernes, que se sentaban en las sillas de madera hasta altas horas de la noche a oír música a todo volumen, acompañadas por el mar y los reflejos de la luna, y a escuchar a Adelaida quejarse de que pronto ese vivero se le iba a acabar, que los empresarios de Cartagena querían mandar el emisario submarino por Punta Canoa y ese “mierdero”, para ser bien literales, sí acabaría con el lugar. Natasha descubriría con los días que esas sillas no las usaba nadie más que ella. Pues fuera de los niños, la única persona que en ese tiempo entró a la casa fue ella. La gente del pueblo consideraba a Adelaida como una persona importante, le consultaban cualquier decisión, pero nunca entraban a su casa. Y para completar la amabilidad con Natasha, le permitió subir la tela en su jardín para seguir practicando las acrobacias, pues en la casa donde vivía Natasha, como en la mayor

parte del pueblo, no había árboles tan grandes ni tan fuertes como para colgar la tela. Natasha se fue adaptando a la nueva vida. Unas semanas después de salir de casa de Adelaida retomó sus ejercicios. Empezó a pintar al carboncillo, como hacía en sus mejores épocas de estudiante de Artes, y tejió todo lo que pudo en macramé para vender en la ciudad. Con Adelaida siguió aprendiendo el arte de cultivar en medio de la aridez de esa región y de la guerra sucia que les hacían las sales del mar a los cultivos. Empezó su propio cultivo de hidropónicos, pintó la casa por dentro de colores muy vivos y decoró con una lámpara de totumo que Adelaida hizo para ella y los paisajes que estaba pintando al carboncillo. Algunas veces, cuando veía a Adelaida pasar por el caserío, se imaginaba cómo las verían. Que tanto de locas podían representar para las personas de ese pueblo, dedicadas a la pesca y al ocio. También visitaba la tienda y se tomaba con los pescadores y las mujeres que se atrevían a llegar hasta allí unas cuantas cervezas. Luego se iba a dormir, contenta de haber encontrado el lugar donde quería estar.

Natasha se adaptó al caserío tanto como el caserío a ella. En las tardes, frente a la tienda, organizaba con los niños del pueblo costales en el suelo para hacer práctica de acroyoga, con las mujeres hacía sesiones de yoga algunas mañanas, mientras los hombres se iban a pescar, y en algunas tardes también organizó clases de macramé con las mujeres para realizar joyas que luego Natasha iba a vender a Cartagena. Adelaida pasaba por el caserío y siempre se acercaba a saludar a Natasha con un beso y un abrazo. Natasha se sentía orgullosa de sí misma por la legitimidad que le daba su cercanía con Adelaida. Era innegable que la gente del caserío reconocía a Adelaida como una sabia, como su cachaca ilustre, le decían, y definitivamente el afecto que la antigua profesora le tenía a Natasha la bañaba de esa misma luz.

Después de varios meses, una noche Natasha se despertó sobresaltada. Dio vueltas en la cama por un tiempo tan extenso que

no logró conciliar el sueño y decidió levantarse. Se sentó y con papel y carboncillo en mano empezó a dibujar sus sensaciones. Quería regresarse a Bogotá. Eso era lo que estaba sintiendo. Todo lo que la rodeaba era fantástico, era lo que había soñado, pero una fuerza que ella no sabría cómo domesticar le decía que debía volver. Su único problema era cómo contárselo a Adelaida. De todas maneras se hizo la loca con sus sensaciones y trató de seguir en el proceso de adaptación. Las semanas siguientes fue cayendo en un silencio insoportable y la vergüenza con Adelaida creció. ¿Cómo contarle que no iba a quedarse? Así que no volvió a practicar telas ni a cenar los martes ni a tomar cervezas con música los viernes. La atormentaba no tener la fuerza suficiente para sostener esa vida. Pero no podía. Debía regresar.

Natasha decidió mantenerse en Punta Canoa hasta terminar el contrato que Adelaida le había conseguido en la escuela, después regresaría a Bogotá. Mientras llegaba la fecha del regreso Natasha organizó sus días en horarios contrarios a los de Adelaida para no encontrársela por ahí. Tenía miedo de las preguntas y los juicios que Adelaida le hiciera. Seguro le diría que era incapaz, un ser inhabilitado para la libertad, o quizás guardaría un silencio espeluznante para Natasha, que iría en contravía de su deseo de congraciarse con esa mujer. Entonces, Natasha viajaba a Cartagena en las horas en que imaginaba a Adelaida descansando en casa y salía a la tienda cuando suponía que ella no estaría por ahí. Por unos días la estrategia de esconderse funcionó. No hubo encuentros con Adelaida y mantuvo los temores a raya, además le había mandado razón de que estaba enferma y por eso no había vuelto a sus citas. Sin embargo, como Natasha no se lo había imaginado, Adelaida cambió sus rutinas y empezó a aparecer por ahí en los momentos menos pensados. Se cruzaron yendo a Cartagena en horarios inusitados y en la tienda cuando Natasha habría jurado que Adelaida estaría en casa descansando. La incomodidad era

creciente para Natasha porque una y otra vez le mentía a Adelaida ante la pregunta recurrente por su ausencia. Con el paso de los días Natasha tuvo una revelación que la llenó de tristeza. Adelaida estaba buscándola, quería su cercanía y por eso cambiaba sus rutinas para encontrarla. Sintió dolor por no poder entender del todo a esa mujer, sintió vergüenza por minimizar la valentía de Adelaida al imaginar que quería la compañía de esa joven *hippie* que no era capaz de sostener sus sueños. Por esos días la directora de la escuela le ofreció a Natasha un trabajo permanente que ella rechazó. El rumor de que Natasha no había aceptado el trabajo fue creciendo hasta llegar a oídos de Adelaida.

Una tarde en que Natasha estaba pintando en su casa oyó la voz de Adelaida saludando a los panaderos y preguntando por ella. Era el final de una tarde muy calurosa y de un atardecer muy colorido. Adelaida llegó, la saludó desde fuera y entró en la casa, puso una botella de vino ya destapada sobre la mesa.

–Si Mahoma no va a la montaña....

–Gracias, he seguido un poco enferma –mintió una vez más Natasha.

Adelaida soltó también su bolso y trajo un butaco para sentarse. Natasha trajo los dos vasos y sirvió el vino, luego se sentó en el piso frente a Adelaida.

–Ya sabe, no estoy acostumbrada a la compañía, pero la suya ha sido renovadora. Debo aceptar que la he extrañado.

–Gracias, Adelaida, Gracias –dijo Natasha y sintió que el calor se le subía de manera abrupta, como si la cabeza se le fuera a estallar de un momento a otro-. Es que no sé –dudó otra vez, no encontraba las palabras para empezar-, tengo miedo de defraudarla.

–No se preocupe –agregó Adelaida y se tomó un par de buenos sorbos de vino-, más miedo tengo yo.

–¿De qué?, ¿de tener las fuerza que yo no tengo para quedarme?

–No, de la historia que le voy a contar. Creo que la voy a defraudar, pero tal vez le permita irse tranquila.

Natasha pensó que era una tristeza que ese encuentro sucediera precisamente en su casa, donde ni había sillas ni mar ni música, ni una pizca de viento para refrescarse de tanto calor.

–Todo lo que usted sabe de mí es verdad –continuó Adelaida–, pero hay más. Mi marido y yo teníamos una excelente relación. Éramos de esas pocas parejas que logran superar el fin del enamoramiento y la pasión y logran hacer nuevos pactos de vida.

–¿La pasión? –preguntó Natasha, un poco perdida en la conversación.

–Sí, a su edad suena raro, pero eso se acaba. Nosotros queríamos más nuestra convivencia que el sexo y decidimos tener una relación abierta. Nunca nos afectó.

Adelaida se acomodó el pelo, lo envolvió en un gran rrollo. Sirvió vino para las dos, y como si le costara la vida entera volver a hablar, carraspeó.

–Hasta que en uno de mis devaneos me enamoré. Sí, yo me enamoré. No quiero extenderme en esa historia. Al departamento llegó un profesor nuevo que se ganó un concurso y como mi compañero de oficina se acababa de pensionar, lo ubicaron conmigo. El recién llegado estaba casado con una egresada nuestra y se convirtieron en la pareja mascota de todos. No sé explicarle qué pasó. Al principio hablábamos como si yo fuera su mamá, con esa distancia, casi insalvable, que ponen los años. Después el tono fue de amigos o, mejor, de colegas, hasta que coincidimos en un congreso en Medellín y todo cambió.

Natasha la observó con devoción, mientras Adelaida hizo una pausa, tomó un poco más de vino y continuó.

–En menos de seis meses la relación con ese joven me había llevado a pensar que toda la historia con mi marido había sido un equívoco. Que había sacado adelante a mis hijas con el hombre equivocado, que no tenía nada de qué hablar con él. Las afinidades con mi compañero de oficina eran todo lo que yo había

esperado en mi vida. Me sentí engañada por mí misma, conformista, absurda.

Adelaida se mantuvo en silencio por unos segundos y Natasha, mientras tanto, la observó hasta ver crecer en los ojos de la mujer una angustia antigua que ya desde el inicio le había percibido, pero que nunca había sobresalido de tal manera.

—Cuando estábamos en lo máximo del amor entendí que no me era posible continuar. Él no dejaría a su mujer (me lo había dicho) y el riesgo que estábamos corriendo era impensable. El escándalo iba a ser imparable y brutal, usted sabe cómo le gustan los chismes a la gente en la universidad. Yo estaba convencida de que conmigo iban a ser implacables, pues muchos de mis colegas sentían mucha envidia conmigo por lo mucho que me querían los estudiantes. En ese momento decidí terminar la relación. Los días que siguieron fueron una pesadilla. No dormía. Ese hombre había cambiado todo mi sistema amoroso y yo no iba a sobrevivir sin él. O mejor, cerca de él. Me estaba ahogando y cada encuentro en la oficina era un drama decimonónico. Pasaron varios meses y yo seguía igual, muriéndome de amor. Intenté de todo, terapias, deportes, otros amantes, pero nada me sacaba de ese hueco de tristeza y desolación. Y para completar sentía que yo iba a arrastrar a ese joven e inteligente profesor a mi abismo. Ahí fue que tomé la decisión. No había otro camino. Mi dolor era imposible de traducir, nadie podría entender lo que me pasaba, algo se había roto en mi interior y esa amarra me soltaba de la mujer que había sido antes. Solo si ponía el mundo a mí alrededor en paréntesis podría sobrevivir.

Natasha la miraba asombrada. No entendía cómo semejante chisme no había rodado por la universidad. Empezó a sentir que no era merecedora de saber todo esto, no sabía qué hacer ni qué decir ante esta confesión. Adelaida seguía contándole historias relacionadas con ese hombre, con sus afinidades y las felicidades

que todo eso le trajo. Era claro que Adelaida había amado a ese hombre más que a todo en el mundo y que ese amor la había dejado vacía, inundada de tristezas y de descreimientos. Natasha se sentía confundida, pero de todas maneras se atrevió a preguntar, después de tomarse un vaso de vino casi de un trago.

–No entiendo, ¿nunca pasó el enamoramiento?, ¿por eso usted nunca volvió?

–No lo sé, Natasha, sé que yo ya nunca fui la misma, aún no sé muy bien en quién me convertí.

–¿Y alguna vez lo volvió a ver?

–Sí, hace unos cuantos años golpearon en la puerta de mi casa. Vino solo, su mujer, mejor dicho, su segunda mujer, y su hijo lo esperaban en Cartagena, quién sabe qué disculpa les habrá dado para ausentarse. Como siempre las puertas de mi casa estaban abiertas, así que lo vi ya casi adentro. Viví un estruendo recorriendo todo mi cuerpo y el alma alcanzó a ir y venir al horizonte, más allá del mar. Se había vuelto un hombre grande y seguía siendo tan hermoso como antes. Tomamos café. Caminamos por la playa. Conversamos. Y cuando se fue nos dimos un abrazo muy largo. Nunca sabré qué pensó de mí. Tal vez él mismo se había creído el mito que a usted le vendieron, de eso no hablamos. Yo por mi parte entendí ese día que su fantasma había sido una ilusión. Que yo creía que mi casa la custodiaba un monstruo que sería capaz de devorarme si salía. Finalmente supe, después de muchos años de encierro, que podría haber salido hacía mucho tiempo. Pero lo que nunca pude resolver fue la desgarradora sensación de haber perdido toda mi vida creyendo en el amor a mi marido y a muchos otros hombres, si lo único que de verdad valió la pena fue el amor con ese joven profesor.

Las dos mujeres se quedaron en silencio, sorbiendo, con la botella llegando casi a su final. Natasha sintió un vacío en el estómago y pensó en las fragilidades que imprime el amor en nuestras

vidas. No supo si debía agradecerle a esa mujer la generosidad de contarle todo esto o si más bien era la confesión de un moribundo y no debía volverse a nombrar jamás. Adelaida se limpió la cara con un pañuelo que sacó de su bolso. Tal vez estaba limpiándose el sudor o el lagrimeo, se le veía agotada. Se despidió de Natasha con un beso y sin palabras, con la misma cotidianidad con que lo había hecho en los casi seis meses que llevaban cerca. Ya en la puerta, Natasha le preguntó:

–¿Aún piensa en él?

–No, creo que no –contestó la profesora.

Adelaida salió caminando entre la oscuridad. Su vestido blanco largo hasta los pies ondeaba con los pasos. Natasha la siguió con la mirada hasta que desapareció, tuvo rabia de su incapacidad para quedarse, de su situación, de las muchas veces que esquivó a Adelaida. Pensó en lo difícil que es conocer los motivos reales del alma de los otros. Le dolió imaginarse que los días cerca de esta mujer estaban contados y que el tiempo en la vida de las dos seguiría avanzando inexorable. Supo que las verdades de la una y la otra serían cada vez más implacables.



Aterrizaje forzado

A Pedro Felipe Morales

ROBERTO GUARDA EL MALETÍN EN EL COMPARTIMENTO. Tiene la silla 21-C. No le gusta quedar atrapado entre las piernas de otras personas, por eso siempre pide corredor. Se sienta. Ha tomado este vuelo para ir a una reunión de trabajo impostergable. Se ha acostumbrado a viajar, aunque siempre vuelve a sentir algo de miedo de volar. Se acomoda el saco y la corbata y piensa en su novia, en que esa corbata es la favorita de ella. Ojalá regrese temprano, piensa, para ir a visitarla y pasar la noche juntos. A los pocos segundos debe levantarse otra vez. Llega una pareja a sentarse a su lado. Una vez se han acomodado los vecinos, Roberto se pone el cinturón de seguridad y se arrellana en la silla. Quiere dormir unos minutos durante el vuelo. Trabaja en una firma de abogados y sueña con el día en que la firma le pague primera clase, como a los abogados sénior. Piensa en esa mirada desdeñosa con que miran las personas de primera clase a los de segunda mientras entran al avión. Viene a su mente su jefe y le alegra que empiece

a tener confianza con él. Ahora que se ha graduado del pregrado y está aceptado para empezar una maestría en Derecho Laboral, el director le da más responsabilidades. Lo manda a reuniones importantes, hasta le pidió su concepto en un caso reciente. Una sonrisa se delinea en su rostro.

En la primera fila de segunda clase, Ofelia saca de su cartera una bolsa con comida. Jorge tiene hambre, pobre, y ella siempre le lleva comida para esos viajes. El muchacho, con actitud de niño, se asusta en los aviones y Ofelia ha descubierto que lo único que lo calma es la comida. Jorge en el centro, Ofelia en el corredor. El joven tiene puesta una chaqueta de invierno, que ya no necesita en el avión y que le da un aire de astronauta alucinado. Tiene esos movimientos que a la distancia dejan ver que el muchacho no es como los demás pasajeros y producen en otros pasajeros una sensación de culpa o, mejor, temor o incomodidad de encontrarse frente a frente con lo abyecto. En las sillas del otro lado del corredor, en la misma fila siete, va sentada una niña de diez años que no deja de mirar a Jorge. Ofelia lo nota. Y a diferencia de otros lugares, la calle, los supermercados, los bancos, donde prefiere hacer escándalo y decirle a la persona qué mira, es mi hijo y ya, a usted qué le importante cómo se comporta, en el avión prefiere guardar silencio. Pero siente un golpeteo en la cabeza, como si toda la sangre se le subiera y le fuera a estallar el cráneo. Su rostro enrojecido hace juego con el vestido negro de flores de colores vivos que cubre su cuerpo regordete y grande. Es una mujer muy alta. Lleva manga sisa. Lista para el calor que los aguarda. Es que para Ofelia volver al pueblo, al calorcito, es un gran descanso y no puede hacerlo más de dos veces al año. Debe aprovecharlo. Por el corredor, entre muchos pasajeros más, entran tres chicas haciendo algarabía. Hablan atropelladamente y se ríen de cada palabra que dicen. Ofelia las mira y siente una envidia tremenda por haber dejado esa época. Deben tener menos de veinticinco años, las tres

delgadas, no tan bonitas, bueno, una sí, no las otras, piensa Ofelia, pero llenas de esa fuerza vital de la juventud. Todo lo que les falta por vivir, sentencia Ofelia y se voltea a atender a Jorge, que ahora le tira del saco con insistencia.

Laura, Diana y Francisca caminan por todo el corredor del avión ignorando por completo que hay otras personas, que algunos tratan de dormir, que otros leen y no quisieran tanto bullicio. Ellas van metidas por completo en un mundo donde solo existe su presente, su viaje, ese tiempo extendido de vida atropellada de novedades que son los viajes de la juventud. Roberto las oye, lo despiertan, abre los ojos, molesto por el ruido, pero cuando ve a las causantes de tanto alboroto opta por no dormir. Se sientan en la fila anterior. Justo delante de él. Aunque en realidad solo Francisca es una mujer bella, piensa Roberto sin saber su nombre, igual que pensó Ofelia. Una morena, delgada, de facciones finísimas y una boca gruesa deliciosa, las otras dos chicas, una mona y la otra pelinegra y muy blanca, tienen también ese aire festivo que para Roberto inmediatamente representa seducción. La azafata les indica que deben guardar sus morrales en el compartimento, arriba de los asientos. Son un poco más *hippies* de lo que Roberto podría aceptar, pero para un rato qué importa, piensa. Roberto se levanta y les ayuda a guardar el equipaje. Le molesta que lleven cosas colgando por fuera de los morrales. Cuando se va a sentar alcanza a oler el pelo de una de las chicas, no de la más bella, y siente ese aroma penetrante de la marihuana. Hasta allá sino, piensa Roberto y se vuelve a acomodarse en la silla. Ya no para dormir, la conversación de esas chicas no se lo va a permitir, pero sí para descansar y pensar en los gestos y las palabras que va a decir en la reunión. En las negociaciones uno no puede ser torpe, debe llegar preparado, saber las mejores frases para no dejar que le cojan ventaja. Las tres jóvenes tienen claro acento argentino, piensa Roberto y no se equivoca, aunque lo que no puede notar es que el acento es del interior. Antes de que inicie

el vuelo Roberto escucha que las chicas abren unas latas de cerveza. Brindan. Por el mar que nos aguarda, dicen. Y continúan con una conversación agitada sobre diversas escenas que han vivido en sus días anteriores en Colombia. Nadie nota que han pasado unos días difíciles, Diana se enfermó, por eso su piel se ve más blanca de lo normal, y tuvieron que hospitalizarla después de pasar un día entero en la seguridad aeroportuaria, y perdieron el vuelo que debían tomar varios días atrás. Una gripa tropical, adquirida en Leticia, que alcanzó a asustarlas. Ahora celebran porque el viaje pudo continuar, aunque alcanzaron a pensar que deberían regresarse sin llegar hasta el mar Caribe.

Cuando el avión empieza a carretear para alzar vuelo se oye el llanto de un niño. Roberto no puede creer que esos ruidos lo importunen tanto, si estuviera de paseo, quizá no se molestaría. Como las argentinas, que seguro ni lo notan, piensa Roberto. La madre del niño lo abraza y le habla para calmarlo mientras el padre lee con absoluta tranquilidad en la fila 24, en el corredor, como si perteneciera a un mundo diferente del de su mujer y su hijo. Nancy se siente molesta, no por el llanto de David ni por la falta de colaboración de Julio, esas conductas le parecen normales, forman parte de su cotidianidad. No, le molesta un recuerdo que no la abandona. Llegó al aeropuerto en un taxi diferente al de su marido y su hijo, pues tuvo que ir a entregar unos papeles del trabajo antes de salir de viaje. La idea de descansar, de pasar unos días en otro paisaje la tenía contenta, pero subió en el taxi equivocado. El taxista, minutos después de que ella se subiera, sin ningún motivo paró en seco el carro. Se volteó a mirarla y ella sintió cómo todos los órganos de su cuerpo se contrajeron del susto. Miró a todos lados esperando que se subiera alguien, seguro le iban a hacer el paseo millonario, que en su caso no llegaría a ser millonario, pero el susto fue tremendo. En medio de sus sensaciones vio que el taxista se dio varias bendiciones y volvió a mirarla. Luego volteó la cabeza y volvió a arrancar. Nancy no

sabía qué estaba sucediendo hasta que el hombre por fin empezó a hablar. “Yo sabía que algún día se me iba a aparecer la Virgen, usted es más bella que la Virgen del Carmen. No puede ser cómo tanta belleza me toca a mí” y Nancy entonces cambió de miedo. ¿Qué le iba a hacer ese hombre? El taxista la seguía mirando por el espejo retrovisor y seguía dándose bendiciones y hablándole. Usted es lo más bello que he visto, si mi mujer tuviera un poco de su belleza, yo ni trabajaría. Esa perorata de ese hombre, ahora que sabe que le habló y le habló todo el camino hasta llevarla a su destino, le molesta.

Le da una rabia cargada de siglos de esos maltratos que viven las mujeres por ese derecho estúpido que creen tener los hombres sobre ellas. Le dio rabia también haber llegado a sentirse halagada. No quiere contarle nada a Julio. Seguro con toda indiferencia le dirá de qué te molestan, por qué no te bajaste y ya. Como si fuera tan fácil, como si las mujeres no viviéramos esos momentos llenos de rabia y miedo, casi paralizadas, piensa ella y sigue calmando a David, que no deja de llorar. Debe ser que Julio no le dio buen desayuno y por eso está tan chinchoso, piensa Nancy. Después se da una bendición ella misma y se le juntan en la mente varias imágenes y sensaciones, el miedo de viajar en avión. O mejor el respeto al vuelo que la lleva a lo religioso, el taxista, el miedo de verse agredida por ese hombre y la imagen del muchacho y su madre en las primeras filas, mejor un niño cansón que uno retardado, piensa. David sigue llorando, nada, ni ver las nubes por debajo de él lo logra calmar. De dónde tanto miedo, se pregunta la madre. Cuando llegó al aeropuerto Julio y el niño la estaban esperando. El marido ansioso y molesto porque casi no llega. Nos va a dejar el vuelo, le dijo y la arrastró a la fila para pedir los pasabordos. Si supiéramos hacerlo por internet, pensó el marido y les dijo que la próxima vez lo hará por computador. Nada de estas esperas, nada de depender de esas mujeres groseras que no saben ni dónde están paradas. Nancy mira a Julio, quisiera arrancarle de las manos el

periódico que lee, gritarle, como tal vez nunca hará, que de dónde cree que es, que en qué mundo cree vivir. Ella necesita ayuda, no ve que el niño no se calma. Por el contrario, lo observa con una suerte de dulzura recalcitrante y regresa a cuidar al niño, que ahora va comiendo un bon bon bum que la mamá sacó de la cartera para calmarlo.



El comandante de la nave habla a sus pasajeros. Les comenta que hay muy buen tiempo y que el vuelo no tendrá inconvenientes. Quita la señal de mantener los cinturones ajustados. *Fasten your seatbelt*, lee Elvira y ve que se apaga la luz. Se abraza a Camilo. No piensa en miedos a los aviones ni en bendiciones, ese día ella lo tiene todo. Están iniciando su luna de miel. La ceremonia, la fiesta y la noche de bodas han sido un éxito para ellos. Ella, que nunca pensó que se casaría, y ahora ve en esa decisión el sentido total de sus días, menos porque le parezca necesario que por esa suerte de levedad que le ha traído ser el centro del mundo por unos meses. Los preparativos, el vestido, las despedidas, los *showers*. Ya habrá tiempo de volver a aterrizar en el mundo real, siente Elvira. Camilo, por su parte, se siente feliz de estar con Elvira. Es el mayor logro de su vida, la niña novia de los chachos del colegio que volvió a encontrar años después, cuando ya convertido en un profesional había resuelto sus problemas de timidez y logró acercársele. Ahora es una mujer casi treintañera, sofisticada y dulce, le había dicho Camilo a sus amigos del trabajo cuando la reencontró.

Las azafatas pasan junto a Nancy, que le pregunta a una si tiene algo de comer para el niño. La azafata contesta que nadie les avisó que ahí viajaba un niño y no tienen nada para darle fuera de lo que hay en cabina. Más adelante pasan junto a Roberto, que las mira con ganas de que pronto le den algo de tomar, salió de la casa

muy temprano y no ha tenido tiempo de desayunar. Las chicas argentinas sueñan con más cerveza, pero saben que no les darán su bebida favorita en un vuelo nacional. Camilo y Elvira han avisado que van en luna de miel y la azafata les anuncia que les van a dar champaña. Ofelia observa a las azafatas acomodarse al inicio del avión, luego de que una de ellas siguió con su carro hacia primera clase. Las otras dos empiezan a ofrecer a los pasajeros bebidas y un paquete diminuto de galletas.

La señal de *fasten your seatbelt* se enciende después de un ruido muy fuerte. Las azafatas abandonan su tarea de entregar comida a los pasajeros y regresan al final del avión. También la azafata de primera clase sale a gran velocidad hacia atrás. Roberto se incomoda porque no alcanzó a llegarle nada de comer y David vuelve a llorar. La luz del avión se va por unos segundos y esa oscuridad se siente como un vacío, como si de un momento a otro el aire que los sostenía hubiera desaparecido y fueran a caer estrepitosamente. Se oyen algunos gritos que en la oscuridad parecen no tener quien los produzca. El avión se tambalea y el ruido vuelve a repetirse. Francisca, la argentina preciosa, diría Roberto, con varias cervezas en la cabeza y quién sabe qué cosas más, pensaría Roberto, les dice a las amigas ¿escucharon?, este avión está sonando como una cafetera, no, agrega Diana, mejor como un tractor averiado. Sueltan una carcajada que resuena en el silencio de los otros pasajeros. Ofelia siente rabia al oír a esas chicas reírse y tiene que agarrar a Jorge, que empieza a darse golpes contra la silla. Julio suelta por fin el periódico y chista a las chicas. Mira a Nancy y al niño. David no llora, Nancy está verde, aterrorizada, piensa Julio.



El comandante vuelve a hablar. Señores pasajeros, tenemos una emergencia, un problema eléctrico, debemos aterrizar en el

aeropuerto más cercano. Julio no logra moverse, no sabe cómo consolar a su mujer ante el miedo, nunca lo ha sabido hacer y cuando lo intenta, lo único que consigue es que ella se ponga furiosa. Ahora no quiere producir en ella ninguna reacción. Suficiente con el sudor que le ve acumularse en el rostro y esa respiración agitada que muestra que esa mujer está al borde del colapso nervioso y solo puede contenerse para no asustar al niño. Las madres, piensa Julio. Francisca vuelve a reírse y ahora es Elvira la que quisiera callarla. Cómo pueden reírse ahora, le dice a Camilo, que no puede creer la mala suerte de estar en el avión que se va a accidentar ese día en que él felizmente viaja con su nueva esposa a disfrutar la luna de miel. Piensa en lo absurdo que suenan todas esas palabras en su mente, como si se le hubiera abierto un hueco que parece un diccionario que pasa páginas ante cada palabra que quiere pensar. Elvira le agarra la mano y le pregunta, acelerada, ¿qué sabes de aviones?, ¿qué puede estar pasando?, ¿cierto que ese señor no nos está diciendo la verdad?, ¿crees que nos vamos a matar? Camilo la abraza, tranquila, mi amor, tranquila, todo va estar bien, y las palabras otra vez retumbando en su mente, en ese hueco donde los pensamientos son hileras de palabras lanzándose al vacío. Los pasajeros empiezan a llamar a las azafatas, suenan innumerables timbres. Gente susurrando. Las azafatas no atienden ningún llamado. El cotorreo aumenta, hasta que un señor grita, que nos digan qué pasa de verdad.



El comandante vuelve a hablar. Señores pasajeros, esperamos que puedan mantener la calma, cualquier error en cabina puede ser fatal para el buen destino de nuestro vuelo. No tenemos tren de aterrizaje y por eso aterrizaremos de barriga. Para hacerlo debemos gastar todo el combustible que tenemos en el avión, así que

duraremos cerca de cuarenta minutos en sobrevuelo. Los problemas eléctricos están bajo control en este momento. Ofelia le tapa los oídos a Jorge, no quiere acelerarlo más. Un ataque de nervios del muchacho en esta situación sería catastrófico. Camilo lucha con sus pensamientos y con las preguntas de Elvira. Roberto reza. Nancy abraza a su hijo, lo clava contra su pecho y se imagina en segundos todas las posibles variables, si muere ella, si muere el niño, si muere Julio. Quién cuidaría del niño, quién de Julio, quién de ella. Todo le parece oscuro, imposible de pensar y evidentemente posible. Otra vez se siente el ruido del avión. Se hace un silencio hondo, impenetrable, y Camilo vuelve a sentir las palabras abriendo ese espacio interminable en su cabeza, le parece que él mismo se hunde en un vacío que lo aleja del mundo mientras Elvira se aferra a su cuerpo, ese que él deja de sentir en esa extraña disolución que sucede en su interior.

El ruido vuelve, varias veces más, y algunos pasajeros gritan, otros lloran. Una azafata se acerca a la fila donde están Julio, Nancy y David. Permiso, señora, debo llevarme el niño para adelante. Cómo se le ocurre, grita Nancy, y la azafata se pasa por encima de ellos con totaldecisión y trata de agarrar al niño. Julio se queda inmóvil y Nancy vocifera, cómo se le ocurre, cómo se va a llevar a mi niño. David se aferra al cuerpo de la madre y la azafata, con voz brutal, fuerte, le dice que es el protocolo de la Aeronáutica Civil y que ningún niño debe quedarse en las sillas de atrás en una emergencia. Entonces llévelo conmigo, grita Nancy, y Julio la mira con una rabia inusitada, como si de repente hubiera entrado en el mismo mundo de su hijo y su mujer y no quisiera que lo dejaran solo. Julio coge a Nancy, la hala de un brazo y le lanza una de esas miradas que ella conoce muy bien, con esa amenaza subrepticia, esa mirada que le dice que el que manda soy yo y tú te calmas y no gritas más. Nancy suelta al niño y se enrosca en su cuerpo a llorar. La azafata lleva al niño hacia adelante en medio de

una pataleta monumental que por el estado de la mayoría de los pasajeros es ya casi imperceptible. Llega hasta la silla donde está Ofelia, ve que hay un espacio en la ventana, pero el espectáculo de ese joven dándose golpes y la madre sosteniéndolo con una fuerza sobrehumana no le permite usar esa silla. Pasa a primera clase y desde el fondo del avión se oyen los gritos de Nancy, tan lejos no, por favor. Nancy pierde de vista al niño y vuelve a enroscarse en su cuerpo. Julio le toca la espalda y ella le lanza un manotazo que alcanza a darle en la quijada. Julio siente ira, quiere devolverle el golpe, pero se contiene. Los pasajeros del otro lado del corredor están atentos a todo lo que sucede con Nancy y Julio. La azafata clava al niño en una silla de primera clase con una fuerza que produce de inmediato un silencio contundente en David y se sienta a su lado.

Otra vez se oyen los timbres que llaman a las azafatas y ninguna se mueve. Diana, una de las argentinas, se levanta y empieza a vomitar. El líquido que le sale es verde y huele a una mezcla de comidas y tragos podridos, ácidos y recalcitrantes. Roberto, que va sumido en un miedo estoico, silencioso, se corre para no quedar salpicado y piensa eso les pasa a las borrachas. Pero cuando ve que la chica se desmaya en el corredor del avión, justo frente a él, Roberto se levanta y le ayuda. Azafata, un médico, grita. Nadie viene a ayudarlo. Entonces gritan varias personas más y una azafata se acerca y levantan a Diana, que tiene el cuerpo completamente tieso. Un señor canoso viene de las filas de adelante a ayudar. Soy médico, permiso, permiso. La llevan para adelante y la atiende junto a Ofelia, que trata de taponarle los ojos a Jorge. La niña del otro lado del corredor no deja de mirar a Jorge y Ofelia no se aguanta más y le grita qué mira, ¿es que no ha visto a nadie así en su vida?, ¿o es que cree que usted no se va a morir igual que mi hijo, espichada en este avión? La azafata se adelanta a los padres de la niña, que ya están a punto de responder, y les pide calma, por favor,

compostura, debemos mantener la calma. El capitán vuelve a hablar. Señores pasajeros, por favor, guarden la calma, estamos cerca de terminar el combustible y pronto aterrizaremos. Esas palabras producen más pánico, estar en el aire es más reconfortante que imaginarse aterrizando de barriga, pero por algún motivo en la cabina se produce un silencio y una suerte de calma inexplicables. Diana reacciona y la llevan a su silla, junto a las otras dos chicas, que ahora lucen aterrorizadas. Nadie limpia el vómito.

El silencio se impone en el avión. Las luces se mantienen encendidas y no vuelve a haber ruidos. El tiempo pasa y nadie habla. ¿Prefieren volar que aterrizar? Ofelia contiene a Jorge con más comida y no mira a los vecinos. Nancy no deja de llorar y se imagina, si se salvan, cómo será la pelea con Julio cuando aterricen. Piensa en el niño, en ese hueco inmenso que debe estar sintiendo en este momento en que el protocolo de unos imbéciles lo separa de su madre en el momento más aterrador de su vida. Duda. Se pregunta si el niño tendrá miedo o estará quizá viviendo una aventura. Las argentinas, recostadas en fila, una a una sobre el hombro de la otra, se agarran las manos y tratan de calmarse. Diana está muy pálida y las otras dos tratan de ayudarla calentándole las manos, abrazándola. Elvira acostada en las piernas de Camilo mientras él siente los movimientos del avión, aterrorizado, y espera que los ruidos no regresen.

Una azafata sale de la parte trasera del avión y limpia el vómito. De la parte delantera salen las otras azafatas, que caminan con naturalidad por el corredor. Los pasajeros las ven pasar hacia la parte trasera del avión. Nadie habla. Roberto intenta preguntarles por el aterrizaje, pero las palabras no le salen. Nancy le pregunta a una de las azafatas, una distinta a la que le arrebató a su niño, cómo está el niño. Muy bien, ya le van a dar el almuerzo. Nancy siente rabia, no dizque no había comida en este avión, se pregunta, pero prefiere callar. Minutos después las azafatas regresan con sus

carros de comida. Y reanudan la entrega de alimentos. Camilo las ve pasar y se pregunta cómo pueden, cómo en esta situación son capaces de volver a dar alimentos. Elvira le dice debe ser que ya se solucionó todo, de otra manera no vendrían. Camilo siente que muchas palabras se le atascan en la cabeza, mentira, engaño, accidente, luna de miel. No puede hablar.

Roberto recibe con alegría ese almuerzo inesperado, cómo habrán hecho, piensa, si en este vuelo no llevan comida en esas proporciones. La azafata de primera clase entra a la cabina de segunda y les lleva a Camilo y a Elvira la botella de champaña. Feliz luna de miel, les dice. Ellos se acomodan en la silla y reciben las copas. Los vecinos de la pareja aplauden. Las chicas argentinas se levantan de la silla y aplauden también. Feliz vida, les grita Ofelia, contenta de poder enterarse de algo feliz en ese vuelo de mierda. Elvira brinda contenta, olvida por unos segundos que no han aterrizado. Julio enciende el botón de atención de las azafatas. Señorita, le dice a la azafata cuando acude a ayudarle, ¿en cuánto tiempo vamos a aterrizar? El comandante no ha dicho aún, señor, ya nos avisará. Llevan más de dos horas de vuelo, el combustible debe haberse..., le dice Julio a la azafata, no se preocupe, señor, lo interrumpe, mire que todo está bajo control.

David viene corriendo por el corredor. Nancy no lo ve venir porque sigue enroscada en la silla, pero cuando oye su voz, salta y se tira por encima de Julio para recibirlo. Se abrazan justo al lado de Roberto y la emoción de esa madre copa el espacio, piensa Roberto. Los pasajeros empiezan a descansar, el almuerzo ha sido pesado, y la somnolencia crece. El silencio en el avión aumenta. No se mueve una mosca. Julio se mantiene despierto, cuenta los minutos. Van cuatro horas de vuelo. No es posible, piensa. Se quita el reloj, lo golpea. Algo le tuvo que pasar a su reloj. Lo acerca a su oreja y suena el tic tac, como siempre, está seguro de que le dio cuerda, y piensa en las muchas veces que Nancy le ha dicho

que para qué usa ese reloj pre moderno. Ahora debe estar dañado. Quiere llamar a una azafata para hablar del tiempo, de los segundos que ahora le parecen eternos, pero el silencio que reina en el avión le impide hundir el botón. Si lo despierta, si despierta a David, a Nancy, otra vez el miedo, y los gritos. No, mejor quedarse en silencio.

De un momento a otro suenan los timbres otra vez, como si todos se hubieran despertado a la vez, o hubieran salido de algún encantamiento, piensa Julio, que no ha logrado dormir. Por todo el avión están llamando a las azafatas. Afuera se ha hecho de noche, oye Julio que le dice una de las argentinas a la azafata. Y aún no aterrizamos, ¿qué pasa? El comandante habló mientras ustedes dormían, todo está bien, en pocos minutos aterrizaremos. Julio le pregunta pero, señorita, ¿y la gasolina?... , chito, señor, no incomode a los pasajeros, no ve que estamos bien. Las azafatas contestan preguntas a lo largo del corredor y luego anuncian que van a ofrecer un trago de cortesía de la aerolínea. Roberto piensa que la chica del vómito no debería tomar, pero se la imagina recibiendo todo lo que le den. Cuando finalmente le dan su trago, elige un brandy. Roberto se levanta y brinda con las chicas. Ellas se levantan también y salen al corredor. Empiezan a conversar con Roberto. Elvira se sale de la silla. Va al baño y regresa, un poco tocada por la champaña, y viene a compartir su trago con los conversadores del final del avión. Julio mira el reloj. Nancy le lee un cuento a David. Camilo trata de frenar las palabras, el cataclismo de su mente. Sorbe de a pocos el vino tinto que recibió y siente cómo se mezcla en su panza con la champaña. Se oyen conversaciones por todos lados, risas. Las azafatas se asoman desde el final del avión y en una de ellas se dibuja una sonrisa de tranquilidad. Julio la ve y le parece que esa mujer se guarda algo, que no están contando una parte importante de lo que está sucediendo.

La niña de al lado de Ofelia está ahora mostrándole a Jorge un video en el Ipad de su mamá. Ofelia respira profundo y la tranquilidad de Jorge le permite levantarse de la silla y estirar las piernas. El aire festivo del avión resulta realmente relajante, piensa Camilo, que ahora siente que va a ser capaz de levantarse de la silla e ir al encuentro de su mujer, que se ríe a carcajadas con las argentinas. Julio vuelve a mirar el reloj. Se siente cansado. Siete horas de vuelo. Imposible. Voltea a mirar a su mujer, que ahora juega a hacer un rompecabezas con David. Cómo es la vida, le dice, me querías dejar solo en lo peor. No, mi amor, responde Nancy aliviada por tener a David a su lado, solo que los niños y las mamás, agrega, las mamás, grita Julio, eso querías, dejarme solo. Y las palabras de Julio suenan tan duro, retumban al punto de romper la alegría construida hasta el momento. Los pasajeros empiezan a sentarse. La fiesta va terminando.

A lo largo de la cabina se oyen susurros *in crescendo*. Reclamos de los pasajeros a las azafatas, Elvira le reclama a Camilo que no supo calmarla y que ahora cómo la va a ayudar cuando llegue el momento del aterrizaje. Roberto se lanza contra Diana, que cómo se le ocurre tomar después del vómito. Ofelia le grita a los papás de la niña que hasta cuándo van a mirar a su hijo de esa manera. Nancy le dice a Julio ¿viste?, eso es lo que tú logras, es mejor que leas y no hables, solo peleas, aburrimiento, eso produces. El capitán habla. Señores pasajeros, por favor, mantengamos la calma. El servicio abordo les ofrecerá bebidas calientes y un pasaboca. Julio mantiene la calma, deciden no aumentar los reclamos. David mira por la ventana. Sigue de noche y le dice a Nancy mira, mamá, se fue la luz en el mundo, no hay ni una luz allá abajo. Nancy se asoma y piensa que tal vez sean las nubes. Tiene miedo de sus reacciones con Julio, no quiere hacer un escándalo mayor en el avión. Poco a poco los reclamos y las discusiones van cediendo y los pasajeros aceptan café o chocolate, con panecitos y queso. Vuelve la calma.

Julio despierta. Mira el reloj y se da cuenta de que llevan más de diez horas de vuelo. Se levanta de la silla. En la parte trasera, junto al baño, hay una fila de pasajeros extensa. Julio necesita entrar al baño, pero no quiere quedarse en esa fila, está muy preocupado, no entiende qué está sucediendo. Atraviesa la fila y se dirige al final del avión, donde encuentra a las azafatas conversando muy relajadas. Cómo es posible, se pregunta. Señoritas, dice Julio, no entiendo cómo podemos seguir volando. Las azafatas se voltean todas a mirarlo, Julio siente que lo miran con candidez y eso lo enfurece, díganme la verdad, ¿qué pasa? Señor, le dice una de las azafatas y se acerca y le pone la mano sobre el hombro izquierdo, le habla muy cerca, usted es muy inteligente, pero mejor vaya a su silla y disfrute el vuelo, mire que los demás pasajeros están tranquilos, no queremos más inconvenientes. Julio insiste, quiere una respuesta convincente, está seguro de que las azafatas saben lo que está sucediendo. Ustedes tienen que saber lo que pasa, les dice con un tono ansioso y concluye: ¿o es que nos salimos de órbita?



Los poderes

A Carolina Sborovsky

CLARA DESPIERTA. LA RECONFORTA DE INMEDIATO LA calma en el ambiente. Nada de televisores encendidos ni ruidos en la cocina ni voces que la incomodaran. Había pasado una buena noche de sueño y para completarla logró dormir hasta entrada la mañana. No sintió el momento en que se levantaron Sofía y León (su madre y su hijo). La vida con un niño pequeño es tan desmedidamente intensa que esos pocos días de vacaciones, en los que su madre se encarga de la madrugada, la alivian como si pasara un día entero recibiendo un masaje de manos dulces y expertas. Ni siquiera el ventilador estaba encendido haciendo ruido. Su mamá tuvo todos los cuidados para que lograra dormir. Le dejó abierta la puerta de la habitación que da al balcón para que le entrara la brisa de la mañana. Clara da una vuelta en la cama, reacomoda la sábana, que con el calor le servía como una suerte de compañera de cama al envolverse entre sus piernas. Cierra los ojos y se deja llevar por esa somnolencia deliciosa en la que no piensa

nada, solo gravita en el espacio, como desprendiéndose del mundo. De niña creía que en esos momentos del despertar volaba, y durante las mañanas, cuando le contaba a la mamá, sentía miedo, pues le decía que eso eran inventos graves, que no pusiera atención a esas cosas que no tienen cómo suceder. Ahora, de grande, puede gozarse esos momentos, y más cuando rara vez tiene espacio para quedarse en la cama a disfrutarlos. Piensa en Guillermo, su marido, y lo imagina ya llegando a la oficina, todo perfumado, con su vestido bien planchado, porque los dos han aprendido a hacer todas las tareas de la casa con la ayuda de la empleada, y así mantienen todo en orden, la casa impecable. Todo funcionaría bien para él en esos días en que ella descansaría con el niño y la abuela en Bello Horizonte. Su esposo se había metido en un plan de vacaciones en un edificio de apartamentos en esa playa cerca de Santa Marta y tenían derecho a dos semanas al año. El año anterior habían pasado una semana juntos allí y ahora que ella había conseguido trabajo en el colegio alemán aprovecharon las vacaciones de enero, cuando ya Guillermo había entrado a trabajar, para que ella, el niño y la abuela pasaran unos días de descanso.

Clara sabía que unas vacaciones con mamá era lo mejor que le podía pasar, pues aunque Guillermo hacía muchas tareas domésticas, no estaba dispuesto, de manera inconsciente, a que ella trabajara menos que él. Así que las vacaciones seguían siendo días y días de jornadas atareadas porque además la plata no les alcanzaba para estar de viaje y pagar una empleada, así que había que cocinar tres veces al día, lavar ropa, limpiar la casa. Por todo eso las vacaciones eran los días en los que lo menos que se hacía era descansar. Con mamá podía ser diferente. Su madre era una obsesiva del orden y aunque eso a Clara llegaba a desesperarla, en las vacaciones se volvía una bendición.

Arreglaba el apartamento, les hacía el desayuno, luego barría, tendía camas, luego hacía el almuerzo y entre las dos pagaban comidas

rápidas fuera de casa y para completar le gustaba madrugar con León y en las tardes llevarlo a la piscina por horas. La abuela se acostaba en una silla a asolearse y el niño en la piscina jugaba y jugaba. Sofía no se metía a la piscina más que para refrescarse, el cuerpo ya no le daba para tanto, no lograba moverse con comodidad y esa torpeza que crecía la atormentaba y no la dejaba estar plena en el agua. Al mar ya no se metía, solo se sentaba en la orilla y dejaba que las olas pasaran por encima de ella. El niño le insistía para que se metieran juntos al mar y como no había poder humano que la convenciera, ni siquiera ese amor desmedido que sentía por ese niño lograba que ella venciera el miedo que le crecía día a día, era Clara la que pasaba largas horas durante la mañana metida en el mar con León. Desde muy niña, Clara sabía esquivar olas y era muy buena nadadora, así que trataba de pasarle esa seguridad a su hijo. Sofía se quedaba en la orilla manoteando cada que los veía muy lejos o que se hundían mucho tiempo.

Se levanta de la cama, pasa por el baño, orina y se lava la cara, luego los dientes. Una costumbre adquirida desde niña: no salir de la habitación sin hacerse esas limpiezas. En el calor evita la parte final del ritual de limpieza, no se seca la cara, porque le gusta la sensación del agua escurriendo en su rostro. Camina hasta la cocina. La brisa entra con fuerza y mueve la ropa que su mamá había dejado colgada de las sillas de la sala. En el mesón de la cocina encuentra un plato con huevos revueltos con champiñones y queso, unas rodajas de pan ya tostadas, la mantequilla y la mermelada en platos pequeños, el termo de café y una taza. El termo lo había traído su mamá desde Bogotá. Sofía solía viajar con media casa a cuestas, pues detestaba estar en lugares donde no tuviera las comodidades más elementales. La almohada que le permite dormir bien, el termo que mantiene bien caliente el café durante toda la mañana, el colador de café que ella ya tiene curtido, un sartén con el teflón bueno para hacer la tortilla española que le enseñó a preparar una de sus amigas del costurero, y varias cosas más. Clara se

sonríe y con esa sensación deliciosa de tener esos cuidados maternos lleva todo a la mesa. Desayuna con parsimonia. Luego se pone un vestido de baño y, antes de bajar a buscarlos, se asoma al balcón.

Están ahí, justo en la playa de enfrente de los apartamentos. León corre, del mar hacia la playa, hasta donde la abuela y le da un beso y vuelve a entrar al agua y Sofía mientras tanto se asolea sobre un pareo que Clara le había prestado. Como siempre se la ve manotear y, sin oírla, Clara ve en sus movimientos corporales que le grita al niño algo, seguramente que no se vaya más allá, que el mar se lo puede llevar. Clara siente que debe llegar pronto, teme que los nervios de la abuela hagan que León se contenga demasiado o que el niño provoque tanto a la abuela que la situación se les salga de las manos. Sofía lleva además una pañoleta que tiene una cachucha incluida porque no puede dejar que el sol toque su pelo. Desde hacía muchos años cubría las canas con tinturas y el pelo se le había ido convirtiendo en una paja inmanejable, tanto que en Bogotá terminó por comprarse una peluca que lucía en las ocasiones especiales y cuando León estaba molesto con ella, terminaba dejándola en ridículo en cualquier parte al contar que la abuela tenía puesto pelo falso. Para Clara era extraño ver a su madre en ese nuevo cuerpo, esa mujer gorda, con dificultad para moverse, ahora que no solo había subido de peso, sino que para completar sufría de una artritis que le causaba tremendos dolores, especialmente en las piernas, y caminar se le había vuelto muy difícil. Y le extrañaba porque su madre había sido siempre una mujer muy delgada, de una belleza intensa, con un perfil griego, como decía su padre, ojos café claro muy grandes y una elegancia que la hacían distinguirse entre muchas mujeres. Ahora su contextura había cambiado radicalmente, y para completar, no había manera de conversar sobre el tema, porque Sofía entraba en una especie de delirio cada que alguien le hablaba de la gordura, y se paraba horas frente al espejo, dejaba de comer por días enteros y

no tenía otro tema de conversación que su cuerpo. “Sigo siendo atractiva, ¿no te parece?”, le preguntaba a Clara con una ansiedad angustiante. Solía comprar ropa para delgadas con la intención de usarla ella, y luego, quién sabe después de qué rituales horribles de aceptación de su gordura, se las llevaba a Clara con la disculpa de que esos trajes ya no le gustaban. Aunque Sofía seguía negándose quién era en ese presente, Clara sentía un fresquito en el alma cuando la mamá le regalaba esa ropa. Se había separado del padre de Clara después de quince años de relación y al poco tiempo se volvió a casar. Ahora era viuda de los dos hombres de su vida. El segundo marido, a quien Sofía recuerda con mucho amor, murió de un cáncer, y el papá de Clara murió un par de años después de una enfermedad de riñón que se lo llevó en pocos meses. Sofía sintió su muerte tanto como la del esposo de los últimos años, y desde ahí pudo llamarse viuda con total soltura, pues antes temía que Clara sintiera que ella negaba a su padre al tener un estado civil solo relacionado con su segundo esposo.

Recoge la toalla y después fija su mirada en León. Le gusta la alegría que se le ve al correr, en todos sus movimientos, en sus entradas al agua. Ahora está parado de frente a las olas, recibiendo una a una, lanzándose por debajo de las crestas, y saliendo airoso al otro lado. Esa playa no era la más indicada para los niños por ser casi mar abierto, pero el niño había entendido ya que no podía irse muy adentro y se mantenía en los límites que la mamá le ponía, lo grave era que esos límites estaban lejos de ser los que la abuela podía soportar. Se fija en la piel de su hijo, que ahora se ve dorada, y los visos del pelo claro fulguran desde la playa. Le pareció bello y recordó la incomodidad que le producía cuando en algunos lugares por esa belleza pensaban que era una niña. Viéndolo jugar en la playa se alegró de que su hijo fuera atrevido y muy juguetón, le pareció que esas características eran formas de la alegría y se sintió animada con la crianza de su hijo. Clara tomó

también su pareo y bajó a encontrarse con León y Sofía. Lista para una nueva tanda de olas y risas con su hijo.

–Mami, mami –gritó León cuando la vio venir y salió del mar corriendo hacia ella–, vamos al agua, quiero que veas cómo domino las olas.

Pasaron el resto de la mañana en el agua, hasta que la marea creció tanto que Clara tuvo que enseñarle al niño la lección que él menos quería aprender: a veces el mar gana la partida y hay que salirse a observarlo.



En la tarde caminaron hasta la carretera principal que va a Santa Marta para ir a la tienda. Sofía agarrada a Clara y el niño corriendo en círculos alrededor de ellas. Salir del edificio a esa hora les traía bienestar. El clima había cambiado, ya no hacía tanto calor y se sentía en el ambiente la brisa de la tarde trayendo una nueva frescura. En la tienda León pidió que le gastaran una gaseosa y la abuela se la compró antes de que la madre pudiera reaccionar. Por lo general, Clara y Guillermo no le compraban gaseosa ni nada dulce a esas horas de la tarde, León era suficientemente inquieto como para estimularlo justo antes de irse a dormir. Clara no desautorizó a la abuela, aunque mientras el niño fue a recibir la bebida alcanzó a decirle en voz baja “mamá, a esta hora no, por favor”. Pero era una pelea perdida, porque Sofía no sabía cómo decirle no a ese niño que en ese momento de su existencia, ante la soledad en que vivía, le traía el único motivo de peso para seguir. Compraron arepas de huevo y cerveza para ellas y a León, por petición de Clara, le compraron una empanada de carne. Se sentaron en la mesa a comer, ellas en silencio y León hablando sin parar de las hazañas en el mar, esa imaginación del niño que animaba a la madre y asustaba a la abuela. Sofía se levantó al baño y regresó

demudada. “Mira el periódico, de eso es que yo te hablo”, dijo, se sentó y dejó de comerse su arepa.

Clara fue hasta el mostrador a mirar el periódico. “Víctimas de su propio invento”, decía el titular de la noticia. “Cuatro niños hicieron una embarcación de icopor y se lanzaron al mar a navegar. Se ahogaron tres”. Realmente era espeluznante, pensó Clara, y sintió un escalofrío, un cosquilleo, como cuando se asomaba en las alturas por una ventana o un puente. León vino corriendo a preguntarle qué hacía y ella trató de salir del paso, pero no pudo evitar que el niño alcanzara a leer la noticia. Cuando volvieron a la mesa, él ya había entendido lo que pasaba y decidió abrir la conversación.

–Muchos brutos, mamá, hicieron mal la barca –dijo.

Sofía y Clara se miraron, aturdidas. Clara le explicó al niño lo peligroso que podría ser intentar navegar en el mar en barcas hechas por niños y varios peligros más que le mencionaba cada vez que hablaban de esos temas. Regresaron al apartamento en un silencio nada común. La muerte de esos niños en la bahía de Cartagena era una verdadera tragedia. El niño seguía corriendo a un lado y otro, lanzando con las manos llamas, flechas, rayos imaginarios que él creía verdaderos y tan potentes como para salvarlos de cualquier mal. Sofía de vez en cuando susurraba “pobres madres” y seguía caminando.

Ya en casa, Clara empezó el proceso de acostar a León. Aunque era un niño de ocho años y ya estaba grande como para acostarse solo, estaba acostumbrado a irse a la cama con la mamá y a que le leyeran un cuento. En las vacaciones solía quedarse dormido mientras veía televisión, pero esa noche Clara sentía que la noticia que habían leído le causaría preguntas y que leyendo el cuento podrían conversar. El niño aceptó ir a la cama, leyeron un cuento sobre unos pescadores y se quedó dormido. No hubo preguntas. Clara le dejó la luz prendida y salió. Clara se había puesto ya la pijama, un *babydoll* gris de algodón que pronunciaba sus formas.

Sofía la miró y pensó en que su hija, sin ser una mujer bella, tenía facciones más bien bruscas, había heredado de la madre el cuerpo armonioso. Tenía piernas largas y unas nalgas muy pronunciadas, y una armonía extrema entre todas las partes, hombros, brazos, caderas, busto. Sofía, desde la silla donde se había quedado viendo la telenovela, siguió observando los movimientos de su hija. Recordó cómo su vida había estado marcada siempre por los ritmos de la vida de su hija. Hacía muchos años sintió que había dejado de ser joven cuando vio en las caderas de Clara un ritmo que insinuaba el inicio de su sexualidad, y empezó la vejez cuando vio que por correo le llegaron a Clara las primeras cremas antiarrugas de su vida. Ahora la veía aplicarse esas cremas, seguro después de haber comprado varios frascos más, y la aturdió la imagen de sí misma, que en ciertos días evitaba ver en los espejos.

–¿Nos tomamos un roncito, mamá? –preguntó Clara cuando salió del baño.

Sofía aceptó y se sentaron, ya con el televisor apagado, a conversar. Les gustaba ese momento, en especial a Clara, porque podía descansar de tanto movimiento de León y de pronto le aparecía una nueva energía, después de dormirlo, que le duraba un par de horas más.

–¿Después me preguntas por qué me da miedo? –dijo Sofía cuando volvió a recordar a los niños de la bahía.

–¿De qué hablas? –preguntó Clara desde la cocina.

–De lo de siempre, ustedes no le ponen atención. No se preocupan de esa imaginación.

–Pero, mamá, yo era así y aquí sigo, vivita... –respondió Clara al regresar a la sala con los dos vasos servidos.

–Hoy me dijo que ya sabía volar y que cuando logra concentrarse, con sus manos puede abrir caminos en el mar. Así me invitó a meternos al agua, que él me abría el mar para que yo no me cayera.

–Mamá, es normal. Mira que ayer cuando nos revolcó la ola se quedó afuera y entendió el peligro, y esta mañana se salió del agua antes de que pasara algo.

–Sí, y esos niños de la barca... Así pasan esas cosas.

La conversación no era fácil para Clara, no sabía cómo ayudar a tranquilizar a la madre. Trató de cambiarle el tema, de hablar de chismes familiares, pero Sofía volvía una y otra vez. Empezaron a sentir mucho calor, Clara se levantó y abrió más las puertas del balcón, pero cuando se asomó vio las palmeras en la playa completamente quietas.

–La brisa se fue, mamá, nos vamos a cocinar, –e inmediatamente vio a Sofía espantándose un zancudo.

Era la primera noche que eso sucedía. Sofía le mostró la pared, que estaba llena de zancudos. Clara pensó en León y al llegar al cuarto lo encontró rodeado de una nube de mosquitos. Sofía se vino a ver qué pasaba y encontró a Clara matando zancudos a diestra y siniestra. Eran tantos y habían actuado tan rápido que las paredes quedaron manchadas con la sangre que le habían sacado al niño, pensaron ellas. Terminaron el trago limpiando las paredes del cuarto y de la sala donde dejaron aplastados todos los zancudos que alcanzaron a matar. Cerraron las ventanas y encendieron los ventiladores. Esa noche la brisa las había abandonado. Y no podían para de reírse, una risita nerviosa por la matazón que acababan de hacer. Cada una tomó un baño para refrescarse y se fueron a dormir.

Sofía mira por la ventana del bus. Le gusta esa carretera que va a Santa Marta, el contraste entre el mar y la aridez de las montañas. Le gustaría quedarse en esa sensación de plenitud que le traen los momentos en que puede estar en movimiento sin mover su cuerpo. Clara y León están en la silla de atrás, el niño va acostado en las piernas de la mamá, y van cantando canciones que Sofía no conoce. Eso también le trae bienestar, ver a su hija en ese contacto

minucioso que tiene con León. Le parece que algo de su antigua alegría ha quedado grabado en la vida de su hija y ahora en la de su nieto. Vuelve a su mente la subida al bus. Ese instante abrumador para ella en que las piernas no responden y Clara tiene que empujarla de las nalgas, como a una vaca con miedo de cruzar una quebrada. Tanta paciencia que tiene Clara con ella, piensa Sofía. Y León, que se pone de frente y la hala con las manos, “Abuela, sube, ven que mis manos tienen más fuerza de lo que crees, ven que yo te puedo salvar de todo”. Entonces su mente se vuelve una maraña de días y noches sufriendo de dolores y miedos tremendos. ¿Seguiré con menopausia? ¿Así tendré que vivir hasta que me muera?, se pregunta Sofía.

Esa mañana decidieron tomar el bus que atraviesa Santa Marta para ir al río Bonda. A Sofía esos paseos no le gustan mucho, moverse del edificio y la playa le causa incomodidades, pero Clara insiste en que para el niño es muy importante conocer esos lugares y que a Sofía le va a servir el agua del río para menguar un poco los dolores de las piernas.

Sofía recuerda que hace pocas semanas pasó uno de los momentos más difíciles desde la muerte de Isidoro, su segundo esposo. Se acostó a dormir desde temprano, porque ahora que vive sola, en los días que no tiene compromisos sociales le dan ganas de meterse en la cama desde el inicio de la tarde. Estaba viendo televisión y le empezó una de esas migrañas que la atacan desde hace años. Pero la migraña fue creciendo y le vino además vómito y diarrea, todos esos síntomas eran normales en sus migrañas, hasta que empezó a sentir que se iba a morir de ansiedad, caminaba de un lado a otro del apartamento, dándose golpes contra las paredes, hasta que quedó tirada en el suelo viendo cómo sus manos se iban torciendo y una fuerza suprema le tensionaba todos los músculos. Con una dificultad tremenda logró llamar a Clara y la llevaron de inmediato a urgencias. Desde ese día la tienen tomando un medicamento que

si por ella fuera no se tomaría nunca, pero que le está conteniendo la tristeza que la embarga. No sabe cómo explicarle al siquiatra o a Clara lo que le pasa. Pero en las noches siente que el mundo se desbarata. Entra en un delirio tremendo de terror, le parece que todas las actividades del día son actos absurdamente peligrosos, que al día siguiente no va a tener cómo salir al banco porque su cuerpo no va a tener la fuerza para asumir el riesgo de ir a la calle, le parece que cada calle de la ciudad es un matorral de donde van a salir seres a atacarla, que comer va a ser mortal, porque cada alimento puede envenenarla, que no va a poder ver más a su nieto del miedo que siente de moverse de la cama. Pero en las mañanas se levanta como si nada y vuelve a empezar el día temiendo lo que puede venir en las noches.

Van pasando por las calles del centro de Santa Marta y Sofía ve ese comercio atiborrado y siente ganas de bajarse a comprar cachivaches. Clara le ha jurado que antes de regresar a Bogotá van a pasar por ahí para que pueda comprar los regalos para las amigas del costurero. Cómo cambia la vida, piensa Sofía, hace unos años temía que con tanta rumbeadera Clara no sentara cabeza nunca, y ahora la ve con su hijo, dedicadísima, y ella misma, que siempre pensó que sería dicharachera, abierta y llena de amigas, ahora solo logra llegar hasta esos dos costureros semanales, donde mantiene algo de contacto con el mundo. Pero eso de meterse de almacén en almacén le sigue encantando y espera que pronto la traigan.

–Acá estuviste cuando eras bebé –le dice Sofía a Clara cuando pasan frente a la Quinta de San Pedro Alejandrino.

–No sabía, mamá, nunca me habías contado eso.

–Sí, vinimos con tu papá. Estabas empezando a caminar y ya te gustaba bailar. La gente te miraba fascinada, o por lo menos eso pensaba yo. Porque movías la colita con ese pañal abultado y parecías un pato bailando cumbia.

–¿Mi mamá era tan chiquita? –preguntó León entusiasmado.

–Claro, y gorda como fuiste tú –y mira de nuevo a Clara–. Tu papá era amante de Bolívar, eso sí lo sabes, y en esa época, que los jóvenes de este país creían en la revolución, Bolívar era un símbolo. A mí no me gustaba porque me daba miedo que tu papá se metiera en alguna cosa rara en la universidad, pero me convenció de venir a visitar este lugar.

–Podemos venir en estos días –dijo Clara.

–Hay unos árboles gigantes y están llenos de iguanas.

–Sí, abuela, yo quiero venir –gritó León, con ese tono emocionado que aunque por momentos le parecía grosero a Sofía, también le hacía sentir que era un niño feliz–. Las iguanas se camuflan y ese es uno de los poderes que yo tengo.

Llegaron al río después de una caminata que le hizo pensar a Clara que su mamá definitivamente no estaba para esos trotes, que seguro ella misma era incapaz de entender la nueva realidad de su madre. Se sintió triste por no haberle hecho caso y quedarse en Bello Horizonte, aunque cuando vio el río cambió de idea, pues era un lugar de extrema belleza. El agua era completamente cristalina. Y tenía una vegetación prominente, de árboles muy grandes y verdes, con follajes densos que cubrían partes del río y generaban una luminosidad muy refrescante. Sofía pensó que en verdad era un lugar bello, pero más que la caminata, la estaba incomodando la gente en el río. Aunque Clara había planeado venir un día entre semana para que no hubiera tanta gente, el río estaba lleno de personas en grupos, cada uno con su equipo de música propio, y más que oír el agua, o poder sentir el gusto de la naturaleza, Sofía se sentía invadida por ese caos que le producía oír cinco vallenatos a la vez. Además no le gustaba estar entre gentuza como esa. Clara, pensó Sofía, había aprendido del papá eso de andar entre el populacho, pero ella no podía soportarlo. Y claro, la hija lo iba a notar porque se le salían gestos de asco que a Clara le molestaban mucho. León era el único que no tenía ningún problema en el lugar. Guillermo

y Clara lo estaban educando sin pensar mucho en las diferencias de clase, y se sentía a gusto en cualquier lugar. Era extraño porque León quería sentirse un niño rico, peleaba por tener la camiseta de Colombia que fuera de marca, quería tener familia rica, lo cual no era su caso pero no le preocupaba estar con personas de cualquier tipo, no veía esas diferencias para jugar. Sofía veía esas personas y pensaba que uno no debía mezclarse nunca con gente así.

León se fue con Clara para lanzarse desde la cascada. Sofía, sentada en la piedra más alejada del mundanal ruido que encontró, se quedó a esperar que hicieran lo que tenían que hacer para poder irse. Sin embargo, esa espera no lograba ser indiferente. Sofía sufría cada vez que veía a León lanzándose desde las rocas. Cómo lo dejan hacer eso, cómo lo dejan arriesgarse tanto, pensaba y sentía unos escalofríos por todo el cuerpo. O le daban sensaciones de asco muy irritantes cuando lo veía jugando con esos niños de pantalonetas desleídas y descosidas. Pero León estaba feliz. Jugaba con todos los niños, se bajaba entre las piedras con unos pescadores, y Clara desde una roca lo miraba a lo lejos. Luego estuvo pescando camarones con una careta que le prestaron unos guaches, pensaba Sofía. Hacía tiempo Sofía había aprendido que para poder verse con su nieto debía guardar silencio ante las decisiones de su hija y su yerno. Ya habían pasado por peleas complicadas en torno al tema, así que se aguantó, se mordió los codos y no le dijo nada a Clara mientras estuvieron en ese río donde no se les había perdido nada, pensaba la abuela. En el regreso, León convenció a la abuela de que lo acompañara a pescar al otro día, en la madrugada, y Sofía una vez más no supo cómo decirle que no.

Cuando ya estaban en casa tomándose el ron después de que se durmió León, Sofía salió de su silencio.

–Otra noche sin dormir –dijo Sofía como soltando un comentario cualquiera.

–¿Por qué, mamá?, ¿qué pasa? –le contestó Clara con un cierto cansancio de lidiar con el genio de la madre.

–Porque me paso la noche viendo accidentes, me imagino que el niño se cae de las piedras, que el pescador me lo roba, que algo le pasa y no duermo de pensar en todo lo que nos puede pasar, pero tampoco duermo si pienso en decirle que no quiero ir con él, me duele que piense que yo no puedo hacer nada divertido.

–Pero usted no está obligada a hacerlo –le dijo Clara con ganas de soltarle alguna frase como “pero si ni conmigo lo hizo”, o algo por el estilo, pero alcanzó a contenerse.

–Bueno, pero lo voy a hacer. Lo que no entiendo es tanta imaginación –hizo una pausa, se arregló el pelo con una diadema que tenía en las manos–, no les preocupa, no temen... Esa enfermedad.

–Ay, mamá, yo no la sufro.

–Precisamente –la interrumpió ya subiendo la voz–, y esta enfermedad que se salta generaciones.

–Hablemos bajito, mamá, no quiero que el niño se despierte.

–Sí, pero no piensan en eso, en que tenga...

–No, mamá –interrumpió ahora Clara–. León es un niño normal, no siga con esos miedos. ¿Se tomó el medicamento?

Sofía se levantó, le dio las buenas noches a su hija y se fue a la cama muy incómoda. Le molestaba que últimamente, cada vez que hablaban, cualquier cosa que dijera debía estar atada a que no se tomaba el medicamento, como si esa pastilla de mierda fuera lo que ahora realmente importara para su hija, como si esa enfermedad que tanto teme Sofía no viniera de la familia paterna y ahora ella tuviera algo que ver en ese lastre. Eso era lo que le molestaba de sus angustias de la vejez, tener que tomar ella misma una droga siquiátrica era como perder la grandeza que su sangre le había traído a Clara.

Clara se fue a la cama preocupada por su mamá. La aturdía que estuviera cada vez más llena de miedos, que temiera a lo real y lo

irreal, que todo en la vida se le convirtiera en un peligro. Pero ella tenía mucho trabajo con su propia vida y terminó durmiéndose profundamente, víctima del cansancio de la maternidad.

León se despierta a las cuatro y media, cuando acaba de sonar el despertador en el celular de Clara. Aunque le prohibió dejar el celular bajo la almohada, él se dio las mañas para llevárselo al cuarto y cuando Clara se fue, pensando que ya estaba dormido, lo metió debajo de la almohada. Le parecía que solo así podría despertarse a buena hora. La verdad era que León estaba acostumbrado a salir a pescar con Guillermo, y era él, el papá, quien se encargaba de la madrugada. De los demás preparativos sí debía encargarse León, por eso desde la noche anterior había ido, con la abuela por supuesto, a comprar los camarones para la carnada, organizó la caña y dejó el morral con todo listo. La caja de los anzuelos y las plomadas, la navaja, que mamá solo le entregaba cuando iba a pescar, algo de comer, no iba a ser fácil mantener a la abuela tranquila desde tan temprano, pensó el niño y empacó galletas y frutas y una botella con *Ice Tea* para que la abuela estuviera bien. A él no le daba hambre mientras pescaba. La felicidad era tan grande que lo llenaba todo. Cuando Clara lo regañaba por no comer nada, el chico siempre le decía, con gesto de convicción, “mamá, tú no entiendes, es una pasión verdadera”. Clara se preguntaba de dónde sacaba esas frases y en especial esa pasión tan grande por la pesca, que a ella le parecía una suerte de continuación de las peores barbaridades de los hombres. Guillermo le decía a Clara que era normal que su hijo se interesara por esas actividades, él mismo, de niño, cazaba y pescaba.

El niño se levanta de la cama, va al baño, orina, se lava la cara, y regresa al cuarto donde estaba durmiendo con su abuela. Se sienta en la cama en que había dormido, cierra los ojos e invoca los cuatro elementos. Siente una maratón de guerreros corriendo por su cuerpo, el corazón le late con gran velocidad. La oscuridad, que en

otros momentos le daba miedo, en este instante significa el gran reto de enfrentarse al mar, de demostrarle que sus poderes son soberanos y que sería capaz de pescar como un viejo pescador. Desde que Guillermo le regaló la serie completa de *Avatar, el último maestro aire*, León creía que estaba desarrollando los poderes de ese maestro, que más que tener pinta de sabio, tenía pinta de ser un niño desprotegido y despistado, aunque siempre al final lograba mostrar sus capacidades para manejar el universo. Guillermo temía que el niño se quedara viendo películas de esas de Disney y encontró esa serie sin saber que se pondría rápidamente de moda, León la recibió con desgano y luego se le convirtió en el principal motor de su infancia. Cuando León creyó que ya el universo le había dado el permiso de salir a enfrentarse al mar, fue a despertar a la abuela. Sofía estaba acostada de lado, dándole la espalda al niño. León la agarró del hombro y la movió. Ella dio un brinco, como asustada. “Chito, abuela”, le dijo León cuando ella intentó hablar en voz alta, “ya es hora de irnos”. Sofía había conciliado el sueño muy tarde y sentía que el cuerpo no le iba a responder, pero como ya le había prometido al nieto que irían a pescar, se sobrepuso al cansancio. León la miró levantarse y pensó en lo raro que le parecía que la abuela se moviera con tanta dificultad. Los brazos levantando el peso de la espalda como una grúa que carga más de lo que puede, y luego las piernas tratando de levantar un edificio que está a punto de desmoronarse. La observaba con atención. La abuela puso las manos a un lado de la cama para ayudarles a las piernas en la tarea descomunal de levantar el cuerpo. Si los grandes tienen tanto poder, cómo pueden terminar así, se preguntó. De todas maneras rápidamente se olvidó de esa escena, y la abuela, no se sabía cómo, sacó fuerzas y pudo vestirse y estar lista para salir. Sofía estaba aterrada de salir aún de noche, pero cuando le insinuó al nieto que esperaran a que amaneciera, el niño levantó la voz y le dijo que así no salen los pescadores. La

abuela le pidió que bajara la voz, no querían despertar a la mamá, y le aceptó salir a oscuras.

Cuando estaban cerrando la puerta, el niño le dijo a la abuela que había olvidado algo y entró al apartamento. Como no había dormido en el mismo cuarto de mamá para no despertarla, sintió que necesitaba mirarla antes de irse. Abrió la puerta con mucha cautela y la vio, plácida en su cama. Qué raro, pensó, si mamá es tan fuerte en el mar por qué no sabe pescar. Y cerró la puerta. León y Clara tenían una relación muy cercana. El niño, para su edad, era demasiado apegado a la madre, pero tenía también sentimientos encontrados con ella. Mientras bajaba las escaleras del edificio, haciendo una carrera con la abuela, que iba en el ascensor, recordó dos momentos recientes en que había sentido mucha rabia con su mamá. Uno, el día que le dijo que los grandes no pueden hacer siempre lo que quieren y él se quedó mirándola con toda su rabia porque le parecía que su mamá no podía ser tan boba como para pensar algo tan absurdo. Y otra, cuando en el colegio estaban entrenando aire control y se lanzaban desde un muro muy alto y uno de sus compañeros cayó mal y se rompió un brazo. Esa noche Clara se acostó junto a León y le dijo, con esa voz que a León le parece fingida, que había tenido suerte de no accidentarse, que por favor no hiciera más esas cosas. León sintió arder su cara, y le contestó con el tono más grosero que pudo: “¿Qué te pasa, mamá?, yo no tuve suerte, yo supe cómo volar”, y se levantó de la cama, se encerró en el baño y no salió hasta que la madre aceptó que sí, que se había lanzado bien.

Ya en la calle, como siempre que iba con la abuela al mar, el chico le cortó un palo para que pudiera caminar en la playa y se lanzó a correr. Ahí si Sofía no tuvo problema de gritar: “Ven acá, León, vamos a caminar juntos”, le dijo y el niño regresó corriendo.



–Abuela, pero apúrate, es que si amanece se nos daña la pesca, tengo que llegar de noche y empezar a lanzar el anzuelo antes.

–Pero debes ir conmigo. –El niño la agarró de la mano fuerte y empezó a halarla y se preguntó quién arruncharía a la abuela para quitarle los miedos.

La jornada de pesca resultó infructuosa, no cogieron ningún pez, pero León la disfrutó mucho. Se hizo amigo de un pescador que estaba ahí, sobre las piedras, en el paso de Bello Horizonte a Playa Dormida, y también estuvo conversando con otro que pasó con una atarraya buscando lisas. El señor le mostró a León cuando venía el cardumen, y se metió al agua y lanzó la atarraya. León daba saltos de alegría y la abuela gritaba que cuidado, que no saltara en esas piedras, cuando vio el montón de peces que traía el señor en la atarraya. Sofía quería que el tiempo pasara pronto, que Clara bajara y se encargara del niño, ella ya había tenido emociones suficientes y merecía una tarde entera en la cama. El niño parado en esas rocas lisas, lanzando anzuelos, cortando pescados (el señor le regaló dos pescados para carnada), el otro pescador hablándole cosas que Sofía no podía oír, las olas fuertes de esa época de vientos. En fin, Sofía tendría suficiente con todos los miedos de ese rato. Lo único que le había gustado era ver a las personas que empezaban a salir a la playa, aún en la oscuridad, a hacer ejercicio. Parejas de ancianos caminando, hombres y mujeres jóvenes trotando, y ese colorido grisáceo de la playa que le daba al mar un aire de inmensidad mayor que el que le daba a pleno sol. La abuela pensó que debería hacer ejercicio, que tal vez al día siguiente se levantaría temprano a caminar, que ya no aceptaba más esto de salir a pescar con el niño.

Cuando el sol ya había salido por completo, León vino a abrazar a la abuela. “Gracias, abuelita, por traerme”, y ella lo vio tan feliz que le pareció que había valido la pena tanto sufrimiento. Siempre era así con Sofía, después del miedo venía la tranquilidad que le

hacía pensar que día a día podría superar sus temores. “Vamos a meternos, abuela, ven, vamos a Playa Dormida, que el mar allá es más rico”, y la arrastró hasta esa playa. Se sentaron y sacaron algo de comer. Sofía no quería que el niño siguiera en ayunas. Cuando decidieron ir al agua, la abuela se sentó en la orilla y el niño empezó a entrar, esquivando por debajo las olas, con clavados diestros. Ese día se sentía feliz y se fue metiendo más de la cuenta, la abuela sin poder pararse le gritaba que volviera, que no se metiera más allá. Él la veía llamarlo, pero ya no le oía nada. Estaba seguro de que si no había sacado peces, era porque el mar quería enfrentarlo cuerpo a cuerpo. Empezó a mover sus brazos, convencido de que ya el agua se abriría. Se sentía feliz de ser capaz de librar esta batalla con el mar, sabía que su cuerpo ya estaba listo, sus poderes del aire eran ya tan fuertes que dominaba la naturaleza. Siguió alejándose de la orilla decidido a vivir su batalla. Entonces sintió que el suelo se le iba, no alcanzaba a pisar. Era el momento, empezó a mover los brazos con la absoluta convicción de que el agua empezaba a abrirse. Pero como el efecto aún no se lograba percibir, mientras se hacía real nadó hacia la playa y vio a la abuela al fondo gritando, ya parada, y León alcanzó a pensar quién la habría ayudado a levantarse, el cuerpo de la abuela moviéndose como en una danza aterradora, y él tratando de nadar. Los brazos dando la orden de que el agua se abriera, el suelo sin aparecer, y él seguro de que ya iba a dominar al agua. León tomó aire, apurado, chapuceando, “tranquila, abuela, ya voy para allá, no te preocupes, ya voy a lograrlo, ya voy a abrimme paso”. Pensó que cuando su madre bajara, lo encontraría en la playa, rodeado de personas que lo aplaudirían por dominar al mar. Pero el agua lo hundía una y otra vez. León sacó la cabeza una vez más para mirar a la abuela, sintió el piso, se empujó, pero no lo volvió a sentir. Se hundió, las olas lo llevaron más y más lejos. El cuerpo ya no le daba para nadar, aunque él sabía que tenía la fuerza para llegar a la playa, tanto tiempo

entrenando, pero el cuerpo ya no respondía. No podía recibir aire. En ese momento vio un hombre nadar cerca y sintió rabia, él tenía que ser capaz de salvarse solo. Siguió moviendo las manos, esperando que sus poderes no lo abandonaran en un momento como este. Ya se abriría el agua y él caminaría triunfal hacia la playa. El aire más difícil, el cuerpo ya sin movimiento. Volvió a gritarle en silencio a la abuela que no se preocupara, que ya iba a salir. Entonces, antes de la inconsciencia, sintió unas manos que lo rozaron.



Sweet dreams

1

–PERO CÓMO NO VA A TENER NOVIO UNA MUJER TAN linda como usted.

–Pues no, hace años que no –le contesta, reacomoda la cabeza hacia el otro lado y siente las manos del hombre masajeándole con ímpetu y fuerza los hombros.

–Es que las mujeres como usted deben buscar un hombre que las haga vibrar, que no escatime esfuerzos en hacerlas felices. Además, la vida sin amores es como un mes sin carne, uno termina deshecho –dice él, bajo ese sol penetrante de la playa, cuando está llegando a su cenit. Las manos del hombre siguen masajeándola, ahora las baja por la espalda hacia la cintura.

–No sé qué decirle, hace años que no encuentro un hombre que me guste.

–Pero cómo puede ser, se le nota que es cachaca, pero las cachacas también gustan. Mire, mi amor, entre nosotros –agrega el hombre untándose más aceite en las manos y con un usteo que

se nota a leguas que ha aprendido para poder acercarse pausadamente a las mujeres del interior– las cosas son muy intensas, como dicen ustedes los jóvenes de hoy en día. Nosotros tenemos hijos por todos lados, y por qué, porque sabemos enamorar y enamorarnos. Eso tiene que hacer usted.

–¿Cuántos hijos tiene? –pregunta Silvia, mientras empieza a aceptar que las manos de ese hombre la toquen con esa contundencia que ella evidentemente no ha sentido nunca.

–Yo, que sepa –y suelta una carcajada que Silvia alcanza a ver con el rabillo del ojo y le ve también esos dientes blancos que brillan en su rostro negrísimo–, siete, pero que voy a tener más, no lo dudo. Mire, cómo será la cosa, mi hijo dejó el año pasado a dos niñas preñadas, una en noveno y otra en once, aunque él está en octavo.

–Cómo –dice Silvia, realmente preocupada por el destino de ese niño y de ese padre y de toda la comunidad que los rodea. Qué le habría pasado a ella si llegaba de jovencita con un embarazo a su casa. Su papá seguro la habría aceptado, pero seguro también se sumiría en el alcohol para superar esa pena. Recuerda que su padre repetía que una mujer que tenga un hijo sin haber salido de la pobreza no podría nunca salir de ella, y ese era claramente el caso de Silvia. Pertenecía a una familia muy humilde y solo si lograba armarse una vida digna antes de tener hijos, podría darles una vida sin miserias ni tristezas, como la que ella había vivido–. No puede ser, su hijo es demasiado joven.

–Sí, mi hijo es un pelaíto, yo sé que sostener todos esos hijos no es fácil, pero que es un macho es un macho, y siempre hay abuelos que se encargan de los muchachitos, no se preocupe. –Silvia siente un estremecimiento extraño. Le parece que ese hombre que ahora le toca la cintura y las piernas, que baja por sus nalgas, lo hace con la naturalidad que tendría un viejo amante, y ella, que no sabe de eso, se siente amedrentada y triste. Teme que esas manos puedan

ahí, a pleno sol, hacerle el hijo que nunca quisiera traer al mundo. Vuelve a pensar en el hijo de ese hombre, quiere gritarle que es un machista irresponsable, pero se controla y mantiene la conversación, y la calma, no quiere que nadie en la playa la vea nerviosa ante tan osada decisión de aceptar el masaje de un hombre.

Silvia había llegado al Rodadero la noche anterior, una amiga del banco le recomendó el hotel donde se está quedando. El médico del banco le recetó descanso. Sacó algo de plata de sus ahorros y aprovechó uno de esos tiquetes especiales que vendían por esos días. Le pareció que la mejor terapia para sanarse del estrés que la había llevado al extremo de no poder ni contar los billetes en el banco era conocer el mar. No era fácil para Silvia usar algo de sus ahorros para darse lo que su madre llamaría un gusto, y merecido, mijita, le había dicho cuando le contó, pero para Silvia no había posibilidad de gastar su dinero en eso. Sin embargo, curarse era una necesidad para mantenerse en el trabajo, así que este viaje no era un “gusto” caprichoso, era una buena inversión. Ella solo pensaba en el futuro de sus padres y en el día en que por fin se lograra graduar de administradora de empresas, y desde que empezó a trabajar ahorra para eso. Además, como hacía poco le habían pagado la prima de Navidad y la había ahorrado igual que todos los años anteriores, no se sintió tocando los ahorros de los años anteriores, ese dinero que ya ha reposado, que lleva meses guardado para ser usado en lo importante, en la enfermedad de sus padres, que ya se están poniendo viejos, o en las mejoras de su armario para cuando pueda buscar trabajo después de graduarse. Así que se decidió y compró los tiquetes.

Su madre, aunque le repitió varias veces que era muy merecido ese viaje, no dejaba de transmitirle miedo por el hecho de que se fuera sola. Silvia, según sus padres, era la perfecta hija de familia. Trabajaba y estudiaba, aportaba para los gastos de la casa y se preocupaba más por sus padres que por cualquier otro ser en el

mundo. Tenía pocas amigas y nada de amigos, no había hombres rondando su vida. Su tiempo libre lo ocupaba en acompañarlos a citas médicas, diligencias y, de vez en cuando, en algún pasatiempo con ellos, como viajar a la tierra de los padres en el Huila, o llevarlos a piscinas termales para que mantuvieran bien la salud. Por eso nunca había salido sola, no había viajado y menos se había ido en un avión. Silvia se siente también una buena hija, pero en especial sabe que tiene un destino, que ella va a lograr ser una mujer profesional, estudia administración de empresas y si algún día tiene familia, será porque esté en mejores condiciones. Todo lo hace pensando en ese futuro ansiado y en darles a sus padres la mayor tranquilidad posible. No es una mujer rencorosa, por el contrario, la pobreza que vivieron sus padres la ve como un motor que la ha llevado a querer superarse. Además, todo el esfuerzo que han hecho esos viejos por ella y por su hermana debe ser retribuido con todos los cuidados que ella les pueda dar.

En su casa fue tan intempestiva la decisión que nadie alcanzó a opinar. Silvia se iba y ya. De todas maneras, cuando ya estaba subida en el avión, aterrorizada de pensar cómo ese aparato tan grande la iba a llevar tan lejos, como si el avión lo hubieran inventado ese mismo día o ella nunca hubiera sabido que existía antes de ese momento, pensó en su padre, en lo preocupado que debía estar de que su niña se fuera tan lejos. Quiso bajarse del avión y correr a meterse en la cama de papá, quedarse abrazada a él como los domingos en la mañana y que no tuviera que pensar en nada malo sobre ella. La realidad, el presente hizo que Silvia tuviera que olvidarse pronto de su padre, los motores se encendieron y el avión empezó a moverse. Ella se agarró de los brazos de la silla con tanta fuerza, y quién sabe qué cara puso, que el vecino le preguntó si se sentía bien. Ella le dijo que siempre le daba miedo cuando volaba y cerró los ojos hasta que los sonidos cambiaron y al abrirlos vio que estaba volando sobre las nubes. Cuando ya estaban en el

aire quiso desmentirse con su vecino, le pareció increíble que ella le hubiera dicho esa mentira tan tonta, que la hubiera hecho sentir más tranquila frente a ese hombre no contarle que era la primera vez que volaba en un avión, pero él se pasó el vuelo pegado de un libro y nunca más intentó conversar con ella. Pensó en su madre, en lo molesta que estaría de saber que había mentido, pero el solo arrepentimiento la hizo sentir mejor.

–Y usted con esta cintura tan bella y no la aprovecha –oye Silvia que le dice el hombre cuando le pide que se siente y como en una llave inglesa le hace traquear todas las vértebras.

Esa mañana temprano, cuando se despertó, bajó a desayunar y salió para la playa. El médico le había dicho que la terapia debía ser sentarse todo el tiempo posible a mirar el mar y tratar de no pensar en nada. Pero Silvia había buscado en internet y encontró que la terapia de mar debe hacerse pensando en lo que uno quiere, que uno debe poner todos sus sueños en el mar y que de seguro lo que pida le saldrá bien. Entonces ella bajó al primer piso del hotel, compró una cajita de plástico para colgar en el cuello y poder guardar allí la plata. La sorprendió que hasta eso ya lo hubieran inventado. Alquiló una carpita para no pasarse el día entero al sol y se sentó a ver el mar. Cuando se sentó en la playa pensó que sus padres no conocían el mar. Decidió que iba a gastar algo de los ahorros para traerlos a ver esto tan imponente. El sol estaba saliendo y la arena, aunque más oscura de lo que ella se imaginaba, tenía una suavidad que la reconfortaba. Se quedó mirando las olas. Primero le pareció que eran como crestas de nevados, después caballos que se botaban a la playa galopando, luego las vio como niños haciendo rollos en la escuela. Vio saltar unos peces y sintió que sus propias vísceras se retorcían de emoción. Imaginaba tantas cosas. Casas, comodidades, triunfos. Orgullo de sus padres, bienestar para su hermana. Becas, trabajos, belleza. Pero su mundo de abstracción, de pensar solo en ella misma, lo rompían una y

otra vez los vendedores que pasaban ofreciendo cuanta cosa. Una vez más se encontró pensando en la inventiva de los vendedores de esa playa cuando pasó uno de gafas y se las ofreció: “Seguro de vida para sus ojos”, y luego “mango, mango, mango, frutas ricas para un día de vacaciones, las trencitas, las trencitas, o el masaje, mi amor, que te tengo el aceite especial, que te quito todo el cansancio que traes”. No, gracias, dijo ella una y otra vez. No tenía plata para esas cosas, solo necesitaba concentrarse en su terapia y ya.

Silvia siguió concentrándose en lo suyo. Veía en el agua del mar, en el horizonte, cómo su vida futura se tejía. Era como ver una película pasando entre las nubes y el cielo. El sol había subido bastante y hacía un calor arrollador. Silvia, tan sabanera, no había sentido nunca un sol tan caliente y por momentos se metía en la carpa, y seguía pensando en su futuro, concentrada en su terapia, pero con la sensación de estar escondida de un monstruo voraz, que era el calor mismo. Estaba allí, metida dentro de la carpa cuando llegó él. Un hombre negro, delgado y fibroso, con un cuerpo muy bien formado y un rostro del que sobresalían unos ojos negros grandes. No podía decirse, o no lo diría Silvia, que era un hombre guapo, pero sí que era atractivo y que tenía una labia que seducía a cualquiera. Le contó que él era el único hombre que hacía masajes en la playa del Rodadero y sus alrededores y que como ocurría con los buenos chefs, en esta tarea los hombres lograban lo más excelso, que él sí la mandaría para su trabajo como nueva. Y como muchas de esas situaciones inesperadas, esas decisiones que los seres humanos toman salidas de un repertorio que nunca habrían conocido entre sus opciones, Silvia negoció un precio y se dispuso al masaje. El hombre la convenció de que lo hicieran en el sol y que si ella quería le encimaba al final la aplicación del bloqueador. Así lo hizo. Cuando se acostó en la arena, sobre su toalla, y sintió la mano de ese hombre tocándole el hombro derecho recordó a sus padres y sonrió. Se sentía feliz de estar en el mar, no había nada de qué preocuparse.

–Salga esta noche un rato, vaya de fiesta. Qué tal si va a conocer el bar que queda justo enfrente de la hamburguesería que está en la avenida –le dice el hombre cuando ya está cerrando el frasco de bloqueador que le acaba de aplicar y se sienta a su lado a esperar el pago–. Mañana paso a darle vueltica a ver si fue capaz y para que me cuente cómo se siente con mi masaje. Silvia se quedó otro rato soseándose. Sentía su cuerpo flotando. Realmente necesitaba ese masaje, cómo no lo había pensado antes.

Cuando regresó al hotel, después de toda la mañana de terapia y relajamiento, incluyendo el masaje, tomó un baño largo y dejó que el agua fría recorriera su cuerpo. Ahora el calor no le molestaba, por el contrario, le añadía soltura a sus sensaciones. Afuera el viento movía las hojas de los árboles y ella alcanzaba a verlas desde la diminuta ventana que había en la ducha. Sintió por primera vez en su vida que cada acción sucedía en absoluta conciencia de sí, el agua cayendo por la piel, la crema humectante, su imagen en el espejo, la ropa acomodándose al cuerpo. Cada acto tenía una potencia, un existir pleno que Silvia no conocía. Le parecía que esa mañana había vuelto a nacer, tenía la sensación de que le había faltado el mar toda la vida anterior para lograr que sus poros le encontraran sentido a la existencia, que sus movimientos tuvieran esa precisión poética que en ese baño habían adquirido.

Al terminar de vestirse regresó al espejo. Se miró despacio. Vio en su rostro esa mirada con un dejo de tristeza que siempre ha tenido su madre. Los ojos cafés, realmente café claro, y esa caída de los párpados que los apagan de manera sutil. La nariz recta de su padre y esa piel blanca que heredó de la abuela materna, aunque a Silvia con los años se le ha ido manchando la piel y daría lo que fuera por volver a verse tersa y blanca. Sabe que los cuidados no han servido de nada, tantas cremas que le lleva la mamá para que cuide esa piel tan bonita. Ahora, cuando se observa en el espejo, cree haberse equivocado. Piensa que tal vez si su piel hubiese sido

tocada por manos masculinas no se habría afeado tanto. Ve su cuerpo grueso, como el del padre, de quien heredó ese metabolismo lento y desordenado que termina por hacer que se pase de kilos. Las pantorrillas de su madre, tan seductoras, que por desgracia en la blancura de Silvia se han venido llenando de venas azules, como un mapa de caminos sin orden. Se cogió el pelo con un caimán. No, hoy tenía otro aire, hoy podría darle a su rostro otra mirada. Soltó el pelo, lo dejó caer sobre los hombros. Un pelo liso, casi aindiado. Pasó los dedos por el rostro. Hubiera querido maquillarse, hacer algo diferente con su rostro, pero nunca compraba nada de maquillaje. No tuvo que pensarlo mucho. Fue a la peluquería más cercana. Se cortó el pelo en capas, dejó que lo secaran con esos aparatos que nunca usaba, y se hizo maquillar un poco. Luego fue a comprar un vestido, los suyos eran todos tan largos como batolas de loca, y consiguió uno corto, de color azul turquesa, que se amarraba como una salida de baño. No era ella, pensó, cuando volvió a mirarse al espejo en el hotel. Pero esa otra mujer le gustaba y así salió a comer y al bar.

Esa noche quería que la miraran, “usted tan bonita”, escuchaba la voz del negro del masaje, pero aún no lo lograba. Solo las peluqueras que la ayudaron a arreglarse le dijeron: “Eche, no joda, es que una mujer que se arregla es otra cosa”. Pero el resto del mundo aún no notaba su cambio. Y Silvia pensaba que era una cuestión de tiempo, se sentía un fantasma tomando posesión de un cuerpo que solo con las horas lograría hacerse visible. En el bar no sabía qué hacer, se quedó en la puerta parada varios minutos mirando a ningún lado, le pareció que oler ese lugar le daría las pistas que necesitaba para saber moverse por allí. Pero no, los olores no le aclararon nada, así que miró una a una las mesas ocupadas. Parejas, hombres solos y una mujer sola. Optó por la barra, tal vez le dio miedo la imagen que daría si se sentaba sola en una mesa, quizás la asustó ver a esa mujer solitaria, con media botella de

aguardiente enfrente. En la barra pidió un jugo y el barman le dijo que de eso no vendían ahí. Ella se sonrojó y le dijo que le trajera la especialidad de la casa. Se tomó un coctel rojo que le trajeron y quedó con la cabeza dando vueltas. Entraba y salía mucha gente de ese lugar. Ella no existía hasta que un señor muy alto, de facciones extranjeras, como un gringo viejo, se le sentó al lado en la barra y la miró. Por fin, pensó Silvia. El hombre saludó al barman y pidió un *gin-tonic*. Se volteó, dio la espalda al barman y saludó a Silvia con una sonrisa que a ella le alegró el alma. Cuando lo oyó hablar se sorprendió de su acento costeño, habría apostado lo que fuera a que era gringo, europeo, pero nunca costeño. Bueno, ella no sabía mucho de nada de eso, así que equivocarse no era raro. Y aunque le habría gustado más que la hubiera visto un extranjero, la mirada de este hombre le permitió irse a dormir en paz.

2

–Buenos días, muñeca, ¿se acuerda de mí? –oye Silvia que le pregunta el hombre del masaje.

La verdad es que no lo había olvidado, desde el día anterior su presencia le había traído bienestar. Tal vez Silvia no había pensado en él como se piensa en alguien a quien estamos invocando, tal vez no había vuelto hasta su conciencia el recuerdo de ese hombre, dicho de otro modo, no se había materializado en los recuerdos, pero sí había abierto una puerta en su interior que le daba una suerte de presencia permanente.

–Claro, ¿cómo amanece?

–¿Salió anoche?

–Salí un rato. Me gustó el calor en la noche.

–¿Pero a dónde fue, qué hizo, muchachita?

–Salí a comer y luego a tomarme un trago en el bar que usted me recomendó –le contó Silvia impostando una naturalidad que

no tenía. La segunda aparición del masajista le hizo sentir un poco de miedo, aunque en su mente ya estaba haciendo cálculos de la plata que le quedaba para el viaje para saber si podía pagarle otro masaje.

–Y hoy se le olvidó quitarse el maquillaje, todavía se le ve la rayita bajo los ojos. ¿La pasó bien?

–Sí –contestó ella y sintió un poco de molestia porque ese hombre la hiciera caer en cuenta de su inexperiencia.

–¡Sí ve!, usted pasándola bien y yo en barrio de pobres, no sabe la nochecita que me tocó. ¿Le hacemos al masajito?

Silvia se dispuso para el masaje. Barrio de pobres, pensó. Durante su infancia no se preguntaba mucho por esas cosas. En comparación con sus vecinos, eran de las que más dinero tenían y, además, ella la pasaba tan bien en sus juegos de infancia que la noción de su pobreza era inexistente. Luego, en el colegio público en el que hizo la secundaria, sí empezó a ver que había otros mundos, sus amigos hablaban de las desigualdades, de que ellos tenían más que justificada cualquier acción para cortar esas brechas, pero ella seguía creyendo que su vida era normal. Su percepción del mundo cambió cuando iba a terminar el bachillerato. Una noche llegó a casa a contarle a su papá que había decidido que sería administradora de empresas y esa misma noche vio cómo en el rostro de su padre aparecía dibujada la pobreza como una forma muy honda de la amargura. El viejo le explicó que en la vida de ellos era imposible mandarla a la universidad, que así pasara a una pública no tenían cómo pagarle los libros y el transporte, que no se hiciera ilusiones y fuera buscando un trabajo. El mundo se le vino abajo. Empezó trabajando en la tienda de doña Eulalia, después en la casa de una amiga de la jefa de su mamá cuidando unos niños y así fue ahorrando hasta que años después logró entrar a una universidad muy pequeña a estudiar administración. Años de trabajos duros para lograr una vida aún más dura, trabajar todo el

día y estudiar en la noche. Lo único que le había quedado de esa gran depresión que sintió en ese momento en que entendió cuál era su lugar en el mundo fue la sensación de un calor corporal que la atacó cuando se fue a dormir, y con él la decisión implacable de llegar a otro lugar en su vida. Todos los sacrificios valdrían la pena. De eso estaba segura.

–Pues imagínese que ayer mi hija se peleó con la hija de mi otra mujer. En la calle gritándose las verdades. Pero eso no es lo complicado, lo grave es que mi hijo se metió a defenderla y acuchilló a la otra muchacha, y ahí sí llegó policía y me tocó pasar mis horas de descanso convenciéndolos de que no se lo llevaran.

–¿De verdad? –le preguntó Silvia con asombro. No porque nunca hubiera visto eso, en su barrio también se mataban a palos entre los vecinos y entre las familias mismas, la sorprendía el desparramo con que este hombre hablaba.

–¿Qué? ¿Usted cree que esto solo sucede entre negros?

–No, no es eso, en mi barrio...

–Pues entre nosotros es lo más normal –la interrumpió el masajista–, pero lo aburridor es cuando le pasa a uno. Mi hija volvió con el muchacho sangrando, porque mi otra mujer no se quedó quieta y fue y le rompió una botella en la cabeza. Lo trajo en una carretilla, tirado ahí, pero eso a los policías no les importó y llegaron a llevárselo. Cuando a los policías les da por lucirse se pone la vaina jodida. Y yo que quería tomarme los roncos y pensar en usted, una mujer bella, pensar en que iba a salir y que seguro pronto tendría ese novio que le hace falta.

–Gracias –le dijo Silvia un poco preocupada por haber estado presente en los pensamientos de ese hombre.

Ahora le pide que se voltee, le va a masajear el estómago para que no le vaya a caer mal nada de la comida del mar. Ella siente cómo se le crispa el cuerpo. Tiene miedo de ese hombre. La agarró una sensación brusca, una agitación en la sangre por pensar que

ese hombre la persiguiera. Ya sabe en qué lugar de la playa está ella. ¿Y si lo encontrara en la noche? Se escondería, se iría al hotel. Pero preciso ahora que quiere aprovechar esa noche, la última que le queda. Silvia decide cambiarle el tema para ver si supera el miedo.

–¿Y... –empieza a hablar ella con dudas, como sin ganas de hablar– ¿hace cuánto trabaja en esto de los masajes?

–Poco, mi amor, hace poco. La verdad es que no me quedó salida. Yo trabajaba de chofer de una señora rica en esta ciudad, pero como los blancos creen que a los negros se nos mezcla el sexo en todo, el marido se fue poniendo celoso, hasta que me echó –dijo y soltó la carcajada más ruidosa de esos dos días.

Pasó un vendedor de cervezas y él le habló con una velocidad tal que Silvia casi no pudo entender lo que decían. Sacó del bolsillo dinero y le compró dos cervezas. Le dio una a Silvia ya destapada.

–Sé que está temprano, pero usted debe empezar la fiesta pronto para que le rinda el día.

–Gracias, no tomo cerveza.

–Ve, qué haría usted sin mí, cómo no tomarse una cerveza en el mar. Mire las olas, déjeme que la distensione de verdad, tómesela de a sorbitos pequeños, al final se va a sentir mejor.

Una mujer en la carpa del lado la mira. Silvia decide tomarse la cerveza, no quiere que él tenga que insistirle más. El hombre le pide que se siente. Ahora le masajea la espalda. Se dedica a los hombros. Ella se toma la cerveza, como le dijo él, en sorbos pequeños. Siente el gas de la cerveza creciendo en su panza. El sol no está tan fuerte como el del día anterior, pero hay menos viento y eso le trae una cierta incomodidad. Se acuerda de las cervezas de su padre en la tienda de doña Eulalia. La mesa llena de botellas y la rabia de la mamá. Por suerte no lo hace seguido, decía la vieja, preparándose para recibirlo con esas borracheras monumentales.

–Bueno, mi amor, quedó lista para esta noche –le dice el hombre después de hacerle traquear todos los huesos–. ¿Hasta cuándo se queda?

–Hasta mañana –contesta Silvia y después de oír sus palabras le dan ganas de haberle mentido, no se siente cómoda de que él sepa sus rutinas.

–Entonces hay que aprovechar.

Silvia le paga el masaje, él se sienta y termina la cerveza a su lado, contándole más historias del barrio, de sus andanzas, de sus hijos y sus nietos y casi los bisnietos que pronto tendrá ese hombre que parece un muchacho. Cuando se va Silvia siente crujir en su cuerpo el miedo de encontrárselo más tarde. Se queda mirando el mar y poco a poco la ilusión que tiene de salir a pasear le borra al masajista de la mente, hoy va a ir hasta Santa Marta, tan lejos, que quizá él no la encuentre.

En la tarde se arregló nuevamente, pero ya no en peluquería. Había comprado un delineador, un rímel (con esa palabra lo pidió al comprarlo), un labial y un rubor. El nuevo corte le daba más vida a su rostro, pensó, y se puso el vestido de la tarde anterior, imposible comprar otro. Por suerte las manchas que le vio en la mañana cayeron con una lavada y para las horas de la tarde ya estaba seco. Le daba un poco de vergüenza con la gente que la había visto el día anterior usar la misma ropa, pero la verdad es que rápidamente cayó en cuenta de que con tantas mujeres hermosas que hay en esas playas, poco se habrían fijado en ella. Tomó el bus en el Rodadero, había averiguado todas las instrucciones en el hotel. Durante el viaje la sorprendió la aridez de las montañas. Nunca se habría imaginado que al lado del mar la tierra pudiera ser seca. Recuerda que de niña, cuando pintaba el mar, siempre lo rodeaba de verde, como una gran selva poseedora de toda esa agua, y jamás lo habría pensado así, una tierra rastrojosa. En Santa Marta se bajó detrás de la catedral. Quería ir al Parque de los Novios, un

compañero de trabajo le había recomendado que fuera, sin saber que a ella no se le habría pasado por la mente salir a lugares así. Caminó varias cuadras hasta que encontró el parque. El atardecer estaba bellissimo. El cielo tenía muchos colores, del rojo al violeta, y en ese parque el cielo parecía comerse el espacio. Pensó en su mamá, en cómo le contaría todo lo que había visto. Se sentó en una banca y observó todo. Las casas, un edificio grande, como colonial, de donde estaban saliendo trabajadores. Las columnas del edificio que lo hacían tan imponente y en el centro de la plaza una retreta. Recordaba el nombre porque muchas veces había oído a la banda del pueblo de sus padres tocando en la plaza. Era una retreta hermosa, sin ornamentos, blanca. Caminó hasta allá y subió. Desde allí vio los restaurantes en un extremo de la plaza. En todos vio mujeres en grupos o solas y le pareció que ella también podía acercarse. Le gustó esa sensación de valentía, como si de repente algo del mundo se hubiera abierto para que ella lo habitara, pero de todas maneras la imagen de su padre viéndola sola en estas andanzas le robó la seguridad reciente varios minutos. Fue como pedirle permiso, como tener una conversación que ninguno de los dos habría imaginado nunca, una en la que ella le explicaba que nunca dejaría de ser quien era, aunque ahora era definitivamente otra. Le dio risa imaginarse a su padre allí sentado y ella en esa conversación. Entonces sintió una ráfaga de tristeza al imaginar que en Bogotá nunca volvería a ser la que era al lado del mar. ¿Volveré a hacer algo así en Bogotá?, y por unos segundos tuvo la intuición de que esa mujer que era ella en este momento sería la de los viajes, o la de los hombres. Porque si algún día lograba tener un novio esperaría ser capaz de salir con él. No quería ser la novia que se imaginaba su padre, sino esta otra, la que hoy podría ser novia de un hombre altivo, de mundo. En fin, caminó a uno de los restaurantes y se sentó en una mesa. Le trajeron la carta y cuando vio el precio de la cerveza, después de tomarse la de la mañana con

el masajista le pareció la mejor opción, casi se le para el corazón por lo cara. No había nada que hacer, se la tomaría, no había poder humano que la sacara de allí con la cola entre las piernas. Se tomó la cerveza despacio. A sorbitos. Y observó. Le dio miedo de que lo único que hubiera ganado con este viaje fuera una nueva mirada. Quería acción, quería sentir que era capaz de vivir más. Pero, sabía, no es fácil dejar de ser quien uno es. Vio cómo se reían las mujeres, cómo tomaban tragos largos, cómo conversaban unas en voz muy baja, otras casi a gritos. Oyó conversaciones, historias. Vio hombres que miraban mujeres, que hablaban y reían también. Supo que ella seguía siendo casi invisible. Pero por lo menos nadie la miraba como una intrusa.

Regresó al Rodadero, ya tendría algo para contar en el banco, que fue al lugar que le recomendó Samuel, que tomó cerveza, que estuvo sola, que nadie habló con ella. No, tal vez no contaría nada a nadie. Quizá nadie estaría en capacidad de entender esa felicidad suya, esa soledad tan acompañada que sentía en ese momento en que era capaz de hacer lo inimaginable. El bus paró en la bahía y Silvia vivió una gran emoción al llegar a ese lugar. El parque alrededor, lleno de luces y gente, y voces y ese calor más húmedo, pero a la vez teñido de esa liviandad que trae la brisa del mar. No podía dejar de sonreír. Sí, se sanaría, llegaría a Bogotá y mantendría su trabajo, acabaría los estudios y su futuro sería tal y como lo estaba soñando. Al bajarse del bus en el Rodadero le pareció ver al masajista. El corazón le saltó de miedo. Ese hombre en el día, en la playa, vaya y venga, pero en la noche, persiguiéndola. No. Ese hombre la aterrorizaba. Cómo encontrarse en la noche con un hombre que la había tocado por todas partes, que le conocía el cuerpo como nunca antes lo había conocido nadie. Se metió a una tienda para esconderse. Empezó a sudar por todo el cuerpo. Compró un paquete de papas, no pudo aguantar la vergüenza de que la vieran entrar y no comprar nada. Se asomó varias veces y no lo vio. Se había bajado

muy cerca del bar, así que decidió caminar hasta allí. Si el masajista estaba por ahí, la iba a encontrar, pero en ese caso seguiría rápido para el hotel. Ni fuera ni dentro del bar lo encontró. Fue tal la tranquilidad que le sobrevino que no pensó mucho en la llegada al bar y en nada ya estaba sentada en la barra y justo a su lado el hombre mayor de la noche anterior. Pidió una cerveza. Un rato después la gente estaba bailando, vallenatos y reguetón. El bar estaba muy diferente, había un aire más festivo, no había ninguna mujer sola, únicamente ella, pero de todas maneras se sintió en paz. El hombre la sacó a bailar. Le extendió la mano casi sin mirarla y ella aceptó de inmediato. Bailaron un vallenato. El señor estaba un poco borracho ya, pensó Silvia, porque la apretó más de lo aceptable. Ella al inicio trató de soltarse, pero cuando miró alrededor vio que todas las parejas bailaban igual y se dejó llevar. En un espejo que había detrás del mostrador alcanzó a verse y le alegró haber comprado ese vestido turquesa que la hacía ver tan diferente. Dos canciones más, ninguna pregunta y regresaron a la barra. Siguió tomándose la segunda cerveza de la noche. Dos hombres jóvenes entraron y se sentaron justo al lado de Silvia. Ella volteó las piernas hacia ese lado, tomó tragos un poco más firmes de cerveza y los miró. No recibió ninguna mirada de vuelta. Le habría gustado bailar con uno de esos muchachos, sentir una piel más joven, pero no parecía ser posible. Entonces sintió que alguien le tocaba el hombro, pensó en el masajista, tal vez la había encontrado. Volvió la mirada y era otra vez el señor viejo. Se relajó. Bailó con él y mientras duró la canción no hizo más que agradecerle en silencio. Cómo explicar que su deseo de bailar con ella la llenaba de esperanzas. Poco a poco se haría más verdadera, quizá lo que decían en la oficina, que a Gabriel le gustaba ella, era cierto y ahora lo miraría diferente. Gracias, le decía con la mano que apenas ponía sobre el hombro del señor. Esa noche lo vio un poco menos gringo, le pareció más costeño, pero no importaba, él la hacía visible y eso era todo lo que necesitaba.

Regresó al hotel. Ya en el cuarto se miró al espejo una vez más. Se sintió un poco confusa. La alegría se le estaba llenando de silencios, de dudas. Sí, ese hombre la hacía visible, pero al mismo tiempo qué pasaría si nadie más la miraba, si ningún hombre joven se interesaba en ella. Qué pasaría si sus padres no aceptaban que ella quisiera salir, si no accedieran a esa otra vida que ahora seguro iba a querer llevar. Cómo conciliar a la hija de siempre con esta otra, la de los viajes. Sería capaz de vivir con todas estas sensaciones creciendo en su alma. Sí. Se dijo en voz alta. Y se fue a dormir con todo lo sentido revuelto pero vivido.

3

Silvia levanta la mano y lo saluda a lo lejos. Esta mañana, a diferencia de la anterior, hay un viento intenso, más fuerte que el del primer día. Es una suerte de viento rastrero, piensa Silvia, que mueve la arena y hace que golpee la piel. Siente punzadas en el cuerpo, un ardor que la hace sentir en un desierto. Cambiar de ciudad, de espacio la ha llevado a vivir intensamente cada uno de los minutos de esos días, como si el tiempo se acelerara, o, más bien, diera espacio a mucha más vida. Si Silvia hubiera sabido antes que los viajes tienen esa facultad de producir experiencias condensadas, tal vez habría viajado más en su vida. Quizá empezará a viajar de vez en cuando, sobre todo si la terapia que ha hecho esos días le sirve para mantenerse en el trabajo.

–¿Cómo le acabó de ir a la muñeca del Rodadero? –le dice el masajista al llegar hasta donde está Silvia.

–Bien, gracias –responde tranquila. Hoy regresa a Bogotá, ya nada de lo que la rodea puede significar riesgos–. ¿Me hace el masaje de hoy ya o más tarde? –le dijo Silvia con un aire de suficiencia inusitado.

–Yo no me quedé en la casa buscando más problemas, me fui a tomar ron y jugar dominó en donde mi compadre –mintió el masajista que había venido hasta el Rodadero, había visto a Silvia, pero había decidido no buscarla porque mejor iba a buscar a otra. Una gringa, esa sí guapa, que había masajeadado en la tarde del día anterior.

–Qué bueno, yo fui a Santa Marta y luego al bar.

–¿Al mismo? ¿Le quedó gustando?

–Sí, hasta bailé –agregó Silvia y se ruborizó de lo tonta que había sonado esa frase.

–Cómo me alegra, así que se va más contenta y lista para el novio –le dijo el hombre una vez más masajéandole primero la espalda, ella acostada boca abajo y ya sintiendo con toda naturalidad que esas manos se pasearan por su cuerpo.

–Hasta me dieron ganas de contar un fajo de billetes –dijo ella y soltó una carcajada.

–Ese deseo sí no lo había oído nunca. Plata sí, las mujeres siempre quieren plata, pero que lo que quieran sea contar fajos de billetes, nunca –contestó él.

Cuando Silvia entró por fin a la universidad consiguió un puesto como cajera de un banco. Estar cursando estudios universitarios y una carta de recomendación era lo único que pedían para el puesto. Como era de esperarse, en pocas semanas ella era una de las mejores cajeras. Una mujer tan organizada, echada para adelante como Silvia debía ser buena en cualquier trabajo, pensaba su madre cuando le contaba lo bien que le iba en el banco. El problema vino un par de años después. Primero una descuadrada, un par de meses después otra. Luego dos en un mes y finalmente una lentitud tremenda en sus tiempos de atención, que están más que cronometrizados. Eso de dientes para afuera. Porque para Silvia el problema empezó lento y fue creciendo. Primero tenía vacíos con los billetes. Era muy esporádico, pero sentía mientras contaba

que se le olvidaba el valor y los contaba muchas veces sin identificarlos ni recordar su denominación. Entonces, mirando de vez en cuando al cliente, contaba los billetes sin cantidades hasta que volvía en sí. Hizo una tabla de los billetes por colores y algunas veces esa técnica la salvaba. Hasta que le llegó el día en que sintió que se le olvidaba contar. Por inercia pasaba billetes de una mano a la otra y los regresaba. No llegó al extremo de que un cliente se diera cuenta, pero la cantidad de días en que generó descuadres hizo que le llegaran memorandos, hasta que la mandaron al médico porque ella se desmayó contando unos billetes. Descanso, dijo el médico, descanso es lo que necesita, y le dieron una licencia de una semana para el reposo. Pero estaba en prueba, de eso estaba segura, y tendría que regresar a merecerse el puesto.

–¿Cómo se llama usted?, no me ha dicho su nombre nunca –le dijo Silvia de muy buen humor.

–Claro que se lo dije –se alejó, Silvia se sentó y lo vio acercarse una vez más y hacer toda la actuación de la primera vez–. Buenos días, dama bella, hago los mejores masajes del Rodadero, me llamo Pedro y estoy a sus servicios, ¿se acuerda?

–Sí, sí, perdón, se me había olvidado.

–Usted se llama Silvia, no se me olvida. –Y alcanzó a imaginarse cómo sería tener los senos de esa mujer entre sus manos, siempre le pasaba que en medio del masaje le daban unas ganas casi irrefrenables de apretarles los senos a las mujeres. Por eso pasaba las manos muy cerca y sabía que algún estremecimiento producía en ellas porque lo miraban, con rabia o deseo, pero lo miraban.

Pedro continúa con el masaje. Todo el cuerpo por detrás, luego por delante. Silvia está contenta, las dudas la rondan, pero sabe que no hizo nada muy indebido y que no tendrá problema en volver a su vida normal. Además se siente realmente relajada, y todo gracias a esa buena idea de salir de viaje, conocer el mar y hacerse masajes en la playa. Lo demás son preguntas que tendrá que responderse

con el tiempo. Nada de aceleres. En Bogotá volverá al tiempo lento de la vida diaria y allí verá cómo pone en orden todo lo que ha pensado y vivido en estos días.

Pedro le pide que se siente, ahora viene la llave inglesa. Le hace la llave que les hace traquear las vértebras y las deja como nuevas. Pero esta vez algo sucede. La cabeza de Silvia se va de lado. Pedro la recuesta contra su cuerpo y la liviandad de los movimientos y el peso de las carnes le recuerdan inmediatamente el día en que su hermano Lautaro cayó muerto encima de él en esa pelea de la cantina. No había duda, él sí que conocía la muerte. Un calor intenso le llegó a la cabeza. Acostó a Silvia boca arriba, dejándola caer muy suavemente para no despertar sospechas. Le masajeó un poco las piernas. El sudor le bajaba por la cara. En sus manos veía cómo el color de la piel de esa mujer se transformaba en la quietud verde de los cuerpos sin vida. ¿Cómo podía pasarle esto a él? ¿Cómo ahora que este trabajo pintaba bien? Una pareja que estaba sentada muy cerca de ellos salió corriendo entre grititos de amor que a Pedro le parecían campanazos en sus oídos. En ese momento aprovechó para irse.

–Que pase un buen día, muñeca –dijo en voz alta–, un placer servirle y cuidado con el sol.

Empezó a caminar por la playa, lento, disimulando un bienestar que se había ido del todo. No sabía a dónde ir ni qué hacer. Solo veía los gestos, los gritos, las manos que la moverían. Quién la iba a encontrar, quién sabría quién es esa mujer que yacía muerta en la playa. La encontrarían pronto, o nadie la miraría, pobrecita, con ese cuerpo regordete, quién la iba a mirar. Se darían cuenta en la tarde, cuando la playa quedara vacía. Le daba tristeza haberla dejado al sol, no haberla llevado bajo la carpa, pero cómo, cómo moverla en ese estado. El sudor lo cubría por todo el cuerpo. Quería entrar al mar, bañarse. Pero eso sí iba a ser raro, un negro como él, en pleno día de trabajo, metido en el mar. Se metió por las calles

del Rodadero. Buscando camino hacia su casa, o hacia quién sabe dónde. Su mente aturdida, tratando de recordar quién lo había visto esa mañana. Pensando en qué cama podía decir que había amanecido y por eso no había ido a trabajar. Pero nada, él era el único hombre que daba masajes en la playa y si alguien lo había visto, no había pierde. Y esa sensación del cuerpo entre sus manos, esa fragilidad. Esa mujer acostada bajo el sol. Una pregunta le retumba en la cabeza, ¿podrá un cadáver insolarse?



Una cana al aire

A Elsa Drucaroff

SEBASTIÁN PASA EN EL TAXI POR EL PARK WAY. ADRIANA lo espera en la esquina del restaurante paisa. Cuando Sebastián la ve siente un leve calor que le recorre el cuerpo, Adriana, con un morral en la espalda, rumbo a una ciudad de tierra caliente con él. Increíble, piensa. El taxista, por petición de Sebastián, le hace cambio de luces y ella se agacha y con la mirada busca en la silla de atrás a su colega. Cuando lo ve se acomoda el morral en el hombro y sacude el pelo de leona de un lado al otro. A Sebastián le parece que ese es un gesto de decisión que se relaciona con el destino final de ese viaje. Adriana está emocionada, hace tantos años trabajan en el mismo lugar y nunca se había dado la oportunidad de que viajaran juntos y solos. Adriana y Sebastián están casados cada uno, en un estado civil que puede llamarse feliz, cómodo, o, más bien, estable. Adriana no pone en peligro su relación por nada del mundo, que los enamoramientos lleguen y se vayan, como la espuma, porque mi marido no lo cambio por nada. Sebastián vive

hace un par de años con una mujer a la que ama con tranquilidad, aunque sabe que esa relación es frágil y puede deshacerse en cualquier momento. Pero Adriana no es un peligro. Con ella siente ese gusto de los profesionales que se dedican a la palabra, al discurso. Lo excita oír la hablar. Sus colegas no podrían imaginarse que ellos sintieran gusto de estar cerca, son seres opuestos. Quizás por eso su jefe no los había mandado nunca a viajar juntos. Muchas veces las discusiones entre Sebastián y Adriana parecían para los demás una batalla campal y las investigaciones en que participaban los dos podían irse al traste por sus pugnas. Sin embargo, con los años descubrieron que podían disfrutar esas diferencias y que gracias a las múltiples peleas que han tenido, cada uno ha adquirido un lugar propio en el trabajo. Sebastián siente que ha sido capaz de descubrir la tolerancia y hasta a aprender de una mujer como Adriana. Así que este viaje no sería pensable para la gente que los rodea, mientras para ellos es todo, menos un azar sin repercusión.

Sebastián mira a Adriana con el mayor detalle, como nunca la había mirado antes. Le gusta que venga ya preparada para el calor, lo que él no podría hacer. Adriana lleva unas sandalias de tiritas muy delgadas, negras, con una plataforma que le acentúa los pies. No se pinta las uñas de los pies, observa él, como las de las manos. Tiene los pies muy blancos, pero se les nota aún una tenue línea de un bronceado anterior. El pantalón caqui de botas amplias y ceñido en las caderas que deja ver esas nalgas que más de una vez han dejado a Sebastián absorto. Y esa camiseta esqueleto de líneas blancas y rojas horizontales donde se esconden los senos amplios que él imagina muy caídos, pero que igual quiere moldear con sus manos. Por encima un saco blanco y una bufanda de tonos grises que desentona con el resto de la pinta. Adriana, piensa Sebastián, se arregló más de la cuenta hoy, lleva maquillaje en los cachetes y un colorete rojo en los labios que él no le había visto nunca. Esos detalles novedosos lo alegran, le hacen sentir que esa mujer podría estar conectada

con su deseo y que tal vez no será tan difícil lograr que se quede a dormir con él. La verdad es que ni Adriana ni Sebastián son de las personas que planearían mucho un viaje como este. Nunca han hablado de que se gusten. No encontrarían cómo decirlo, por eso él se imagina que ella lo entenderá cuando se tomen la primera cerveza juntos y le lance un par de piropos. Adriana no sabe cómo seducir a su oponente intelectual, pero desde hace mucho tiempo presiente que algo más los mueve a tanta disputa y espera descubrir la manera. Se acuerda de que él le ha contado de un bar adonde le gusta ir a bailar, allá en esa ciudad de tierra caliente y pequeña a la que se dirigen, y bueno, algo podrá empezar allí. Sebastián se acuerda de que su mujer lo miró suspicaz cuando lo vio sacar la ropa desde la noche anterior. Desde cuándo tan organizado, debió pensar ella, cuando en realidad él es de esos hombres que en los últimos minutos meten en la maleta los tres chiros que primero encuentran y nunca planean la ropa para el día siguiente. Pues Sebastián trataba de imaginarse cómo le gustaría a Adriana. Él también eligió un pantalón claro, una camisa rosada y una chaqueta azul. Los zapatos, piensa mientras mira las sandalias de Adriana, los eligió cerrados, nunca le ha gustado la tierra caliente y por eso prefiere resistirse a esos atuendos que al final usa por culpa del bochorno. Adriana le pregunta si no le va a dar calor con esos zapatos y él le explica que en la mochila lleva sandalias, que en el hotel se cambia. La familiaridad con que Adriana le habla lo estremece. Como si todos los años de discutir sobre temas teóricos hubieran servido para acercarlos en lo íntimo. Mientras el taxi avanza por la avenida el Dorado, Sebastián y Adriana conversan de temas insustanciales. Sebastián ya conoce el hotel donde van a quedarse, en la esquina hay un lugar de arepas buenísimo, cuenta. En el aeropuerto seguro nos recoge un chofer de la universidad que los invita, mencionan también la novela que Adriana trae en el bolso y la que Sebastián quiere comprar en el aeropuerto de Bogotá antes de salir.

Adriana y Sebastián se bajan del avión, vienen contentos, conversadores. Aún no tocan el tema de la presentación que harán en la tarde sobre el proyecto de investigación y tampoco hablan de sus deseos para la noche. El único tema comprometedor que salió fue la posible ida a bailar, que a los dos les aligeró el camino. Al bajar las escaleras del avión Adriana siente el calor que le entra por los poros, con los años ha aprendido a convivir con el calor. Sebastián en cambio siente cómo los pies se le hinchan desde el primer paso, es un bogotano a carta cabal y el calor nunca podrá soportarlo. Adriana ha colgado la bufanda en la cartera y lleva el saco colgado en el antebrazo. Sebastián la mira, le gustan sus hombros, que nunca antes había visto, en especial le gustan esas pecas que salen de la espalda y que para Sebastián muestran edad, sol y elegancia. Entran al aeropuerto, a la sala de entrega de equipajes. Es todo tan rústico, tan pueblerino, quisieran decir, pero prefieren guardarse el comentario anti provincia. Sebastián supone que Adriana debe ser una fan de las ciudades de tierra caliente y le preocupa quedar como un xenófobo ante ella, principalmente en este momento, en que lo que más quisiera es caerle bien por un día con su noche. Adriana podría burlarse del espacio, de la ciudad, no sería ni la primera ni la última vez que lo haría, pero no se siente bien al no saber si están al lado de algún otro invitado al congreso, no le gusta que personas que puedan reconocerla después escuchen sus conversaciones, y seguro que en el vuelo venía gente que va al congreso.

En la sala de espera del equipaje el calor aumenta. Los pasajeros se van acomodando alrededor de las cintas. Sebastián se fija en el momento en que crece ese silencio de las transiciones, de los momentos en que los seres sienten una suerte de no estar en el mundo, de virtualidad o, mejor, de insignificancia. Le parece que si algo grave les sucediera en ese momento no podrían hacerse cargo de sus emociones. Adriana y Sebastián, en voz muy baja, hablan de

ese estado, de lo insignificante, y a Adriana le parece normal que Sebastián tenga esa sensación. Ella misma, le cuenta, siempre que debe esperar una maleta teme que no podrá reconocerla. Adriana, y Sebastián la escucha con total atención, le cuenta que en esas ocasiones mira todas las maletas pasar y ante cada una se pregunta si puede ser la suya y ella no puede recordarla. Es un miedo raro, piensa Sebastián, pero concuerda perfectamente con su teoría de la insignificancia en esos momentos. Las cintas empiezan a moverse y durante varios minutos se mueven solas. Cuando empiezan a salir las maletas, Sebastián mira a Adriana. Quiere saber cómo es su mirada ante ese miedo que le ha relatado. Ella lo ve de reojo y se sonríe, con una picardía que a Sebastián lo seduce. Le dice que él vio la maleta de ella y que no se preocupe, que hoy no tiene que temer. Los pasajeros van tomando sus maletas y van saliendo del lugar. El aeropuerto es tan pequeño que desde el lugar donde están, Sebastián alcanza a saludar al señor que viene a recogerlos. Es un hombre muy amable que ya lo ha recogido en otras oportunidades, le dice a Adriana, que no alcanza a ver cuál es el señor. Sebastián ve que pasan muchas maletas y nada que salen las de ellos, como que hoy no nos van a llegar las maletas, dice. Adriana se ríe y en ese momento se oye llegar el carro del equipaje, traen nuevas maletas. A esa ciudad los pasajeros viajan con muchas cajas y eso le sorprende a Adriana, pero una vez más se guarda su comentario sobre la tierra caliente. Sebastián le pregunta si vio la película de la mujer que se quedó a vivir en un aeropuerto y ella responde que no, pero que sí leyó un cuento de un escritor colombiano donde un hombre en el último momento, antes de subir al avión, pierde tiquetes y billetera y todo, y se queda a vivir por siempre en el aeropuerto. Sebastián le dice que eso sí le daría miedo, quedar atrapado en un no-lugar. Adriana se ríe de su vocabulario teórico, hasta ese momento no habían caído tan bajo, piensa, y le sigue la corriente, de hecho, lo que más le gusta de este viaje con Sebastián es que sabe que no tienen que pelearse

por lo teórico, representan para el congreso un mismo pensamiento. Yo tenía un tío que estaba loco y en las muchas ciudades donde vivió, dormía en los terminales de transporte, dice Adriana. Bueno, dice Sebastián, si a mí me da esa locura ojalá sea en un aeropuerto, no me imagino el resto de la vida viendo pasar gallinas y racimos de plátano de un lado a otro en un terminal de provincia.

Las maletas se van acabando y los pasajeros también. Si llegar a ese espacio lo hacía insignificante, quedarse casi solos frente a las cintas aumentó en Sebastián la sensación de que un pequeño viento los podría hacer desaparecer. Sebastián está muy acalorado. Quiere tener por fin las sandalias y esa camisa de manga corta, la veintiúnica que tiene, para quitarse el agobio. Adriana vuelve a concentrarse en las maletas. Quedan muy pocas, la roja de tapa dura, que han visto desde que empezaron a circular, un morral morado de alpinista, un maletín negro con amarillo tan lleno que parece que se va a reventar, dos maletas negras, muy nuevas y de la misma marca, Adriana supone que serán de un mismo dueño. Cómo pueden llegar maletas a un aeropuerto sin dueño, te imaginas qué terrible sensación, dar y dar vueltas sin que nadie te descubra. Sebastián se ríe del comentario infantil de Adriana y agrega que seguro las maletas de ellos estarán llorando en el avión, pues por pequeñas nadie las vio. Entonces Sebastián piensa en lo estúpido que fue al sugerirle a Adriana que las embarcaran. Esos dos morrales cabían de sobra en cabina, pero él, que quería pasear con Adriana por el aeropuerto, mirar libros, tomar café, pensó que lo mejor era aforar el equipaje. Ya estaríamos en el hotel, piensa Sebastián, y se imagina el bar en la terraza, estarían sentados junto a la piscina tomándose el trago de cortesía que les da el hotel.

Ahora están ellos dos solos junto a las cintas que se han detenido. Sebastián llama al funcionario de la aerolínea, el que estaba revisando el equipaje de los pasajeros que iban saliendo, el hombre se acerca con paso lento. Nuestras maletas no llegaron, le dice Sebastián al

hombre y Adriana agrega las entregamos a tiempo, muy temprano, somos personas cumplidas. Tranquilos, debe ser que el equipaje viene en el próximo vuelo, a veces hay tanto equipaje por traer que no alcanzan los compartimentos del avión. Ya les averiguo. Sebastián le pregunta si pueden enviarles las maletas al hotel, ellos deben llegar a trabajar en poco tiempo. Hoy no es posible, hay un problema internacional de seguridad aérea y no pueden entregarle el equipaje a nadie más, es más, estas maletas que ustedes ven ahí, por orden del comando central de aviación internacional, deben ser destruidas en menos de media hora. Ya verán, ahora viene el rompemaletas, yo creo que se robará alguna que otra cosita, pero el grueso del equipaje debe quedar quemado en las hogueras, que ahora mantienen encendidas a los lados de la pista. Hoy no es un día muy seguro para andar con equipaje. Lo lamento, agregé y se fue supuestamente a averiguarles algo del equipaje.

Sebastián quedó extrañado y no sabía qué hacer. Pensó en las cuatro cosas que traía en la maleta y le pareció que podía perderlas, pero antes de sugerir que hicieran eso, pensó en las mujeres, en su mujer, en que ella seguramente nunca dejaría su maleta para que un rompemaletas la destruyera, y como no quería importunar a Adriana, esperó a que ella hablara. Adriana lo miró con dulzura, se le notaba, pensó Sebastián, que estaba calculando sus palabras. Este estado de insignificancia tenía que ser horrible para ella, pensó él, una mujer de tanto ímpetu, perdida en un aeropuerto de provincia esperando una maleta que no puede perder. No sé qué hacer, dijo Adriana, es que no me gusta la idea de que alguien se quede con mis cosas, pero si nos quedamos, vamos a llegar tarde a la conferencia. No importa, dijo Sebastián, si es importante tu maleta, esperamos. Vamos a averiguar a qué hora llega el otro vuelo. Adriana no quiso salir del lugar del equipaje, así que Sebastián fue a avisarle al conductor que aún no podían salir y fue a preguntar en la aerolínea cuánto faltaba para que llegara el siguiente vuelo.

En efecto, antes de que Sebastián regresara, llegó un hombre muy bajo, gordo, tenía barba rala y los huesos de los pómulos extremadamente prominentes, de manera que los ojos pequeños y oscuros quedaban en el fondo, hundidos, y daban la impresión de calavera. El hombre no le dio miedo. Sin saludarla, casi como si no la hubiese visto, el hombre recogió las maletas sobrantes y se las llevó en un carro que Adriana oyó alejarse incluso detrás de la cortina de cauchos por donde entraban los equipajes. Sebastián, de regreso, vio que a esa hora debían estar en el congreso. Nada podían hacer, pensó, él no iba a contrariar a Adriana, la acompañaría en ese trance de insignificancia hasta que lograra recuperar su maleta. Cuando lo sintió muy cerca Adriana se volteó y le dijo que ya se habían llevado el equipaje sobrante. Sebastián sintió compasión por Adriana, la vio indefensa y no supo cómo consolarla. Las maletas llegan en una hora, le dijo, y la llevó del brazo hacia el fondo del lugar y la invitó a sentarse en el suelo, cerca de la puerta, donde entraba un poco de aire. En este pueblo no corre el viento, le dijo Adriana con una sonrisa maliciosa, había roto por fin su pacto interior de no burlarse de la ciudad de tierra caliente. Sebastián soltó una carcajada y se quejó de no haberse venido vestido con ropa adecuada para tanto calor.

Horas después se encendieron las cintas de equipaje. Sebastián y Adriana se miraron sorprendidos, no habían oído aterrizar ningún avión, pero pensaron que debería llegar en pocos minutos. Se alegraron. Estaban cerca de llegar a la hora del baile y no querían perderse esa actividad. Adriana se levantó del piso cuando vio que una maleta apareció entre la cortina de caucho. Se acercó a las cintas ahora en compañía de Sebastián y vieron salir maleta tras maleta, caja tras caja. La cinta se llenó de equipaje. Te imaginas que nuestras maletas estén acá y no podamos reconocerlas, dijo Sebastián y Adriana le sonrió, te pegué el miedo, le dijo ella ahora con gestos angustiados, pero tiernos, pensó Sebastián. Se quedaron ahí parados viendo las maletas dar vueltas. Sebastián preocupado por los comentarios sobre

seguridad que había hecho el funcionario de la aerolínea, Adriana pensando en su equipaje, en qué de lo que traía ahí, libros, maquillaje, ropa, era tan importante como para no dejar que ese enano gordo y sin fuerza los quemara, qué problema había en eso, tal vez si aceptara salir de allí llegarían al hotel y todo seguiría su curso. En ese momento oyeron el avión aterrizar. Parados, sin poder separarse de las cintas, mirando el equipaje. Luego la sala se llenó de pasajeros. Todos fueron tomando sus maletas y salieron del aeropuerto sin ningún problema. Sebastián se asomó y vio al conductor afuera esperándolos. Le hizo un gesto con la mano de que ya salían. Las maletas seguían dando vueltas, como un pollo asado, pensó Adriana, pero las de ellos no aparecían. El funcionario se acercó y les dijo ya llegaron las de ustedes, no se preocupen. Sebastián afinó su mirada, vio pasar las pocas maletas que quedaban, las siguió de un lado a otro de la cinta y las vio desaparecer entre la cortina de caucho varias veces, ninguna era la suya ni la de Adriana. Quiso disculparse con Adriana por su idea de aforarlas, pero las palabras no le salieron. La sala otra vez quedó desierta. El conductor se despidió a la distancia. El funcionario se fue sin decirles una palabra más. Pocos minutos después llegó el rompemaletas y se llevó el equipaje que quedaba.

Sebastián y Adriana se acomodaron una vez más en el suelo. Adriana le pidió que le contara cómo era el hotel, que se lo describiera con la mayor cantidad de detalles que pudiera y Sebastián cumplió su deseo, luego las calles de la ciudad que ella no había conocido antes y finalmente el lugar de la rumba. Sintieron hambre. Adriana salió a buscar comida en el aeropuerto. La noche ya había caído. No había un alma en el lugar. Sebastián se ofreció a buscar comida en los alrededores y se fue. Adriana se quedó en la sala de equipaje. Le llegó el olor de la quemazón. Hacemos bien en esperar, nuestras cosas no pueden terminar así, pensó. Sebastián regresó tiempo después con unos sándwiches. Comieron sentados en el suelo. Las cintas se encendieron una vez más, dieron

varias vueltas. Sebastián quería encontrar alguien con quien quejarse, pero ya sabían que estaban solos en el aeropuerto. No salió ninguna maleta, las cintas se apagaron. El calor desapareció con la noche y Adriana y Sebastián necesitaron arruncharse y taparse con la bufanda de Adriana, que resultó ser mucho más grande de lo que Sebastián hubiera imaginado cuando la vio envuelta en el cuello de la mujer. De tanto esperar, se quedaron dormidos.

Los despertó el ruido de un avión que se acercaba. La mañana había empezado hacía rato, pensó Sebastián cuando miró el reloj y le dio rabia haber pasado la noche en esa suerte de inconsciencia. Se despegó del cuerpo de Adriana. Ella se levantó, se acomodó el pelo y se amarró el brasier. Sebastián lamentó no haberse dado cuenta antes de que su compañera de trabajo se había soltado el sostén antes de dormir. Le molestó no haber sido capaz de convencerla de que las maletas no eran importantes y que podrían irse al hotel y pasar mejor la noche. El mismo funcionario entró y los saludó como si no supiera que estaban ahí desde el día anterior. Buenos días, les dijo, qué tal el vuelo. Los demás pasajeros empezaron a entrar. Se acercaron a la cinta de equipaje. Adriana también se paró frente a las cintas. Sebastián se sentó en el piso, había perdido las esperanzas. Adriana miraba fijamente cada maleta, cada caja. Sebastián la miraba pensando que ella esperaba que alguna de esas maletas se convirtiera de un instante para otro en su morral. Sintió rabia con Adriana, quiso arrastrarla, sacarla del aeropuerto y gritarle cuán estúpida había sido por quedarse ahí solo por recoger una insignificante maleta, pero su síndrome de insignificancia no le permitió moverse. Entonces la vio lanzarse y agarrar el morral. Sebastián salió corriendo y recogió su maleta. Una vez se encontraron, los dos con sus maletas en el hombro, se miraron fijamente. Muchos segundos de una mirada que al final no podía decir nada. Sebastián bajó la mirada, miró el reloj, vamos, ya es hora de hacer el *check in* del regreso a Bogotá. Adriana se agarró de su brazo, con una notoria intimidación, y lo siguió.

Los abrazos

A W. A. D. C.

ESTE VIAJE VA A SER TRISTE, PENSÓ MATILDE CUANDO se bajó del taxi. Había caído en la trampa de su madre. Aceptó ir a visitar al tío Ariel. El problema no era visitar al tío, eso de todas maneras lo habría hecho, el problema fue que aceptó ir a almorzar con su prima y el tío el primer día del viaje, y como el avión se retrasó un poco, tuvo que llegar directo a Torices, a casa del tío, sin siquiera darse el tiempo de mirar el mar con la tranquilidad que desearía ni quitarse el calor con un buen baño.

Su prima Lidia la recibió con cariño, la abrazó y desde el inicio le agradeció la visita. Una vez adentro de la casa, sentadas en dos mecedoras bajo las aspas de un ventilador que no parecía mover el aire, la prima le contó una vez más cómo sus hermanos la fueron dejando encargada del tío, la fueron abandonando a ese destino de repetirle el día entero historias de una vida ya perdidas en la mente de él, para ejercitarlo, para que no lo perdiera todo. Una empleada les trajo dos vasos de limonada con panela, esa limonada de pobre

que a Matilde le recordaba los viajes a la finca en Mariquita. Pasaron a almorzar sin que el tío se hubiera despertado de una siesta temprana. Durante el almuerzo Matilde intentó una y otra vez contarle cosas de Bogotá, de la familia, pero la prima no podía salirse del relato del padre.

–Mi mamá te mandó muchas saludes.

–Gracias, tan querida –contestó la prima mirando hacia la habitación del tío para ver si ya se había despertado–. Tengo que arreglarlo antes de traértelo, no quiero que lo veas mal.

–Tranquila, yo solo quiero darle un abrazo.

–Pero no se va a acordar de ti. Solo se acuerda de sus papás y sus hermanos, hasta a nosotros nos olvidó.

–¿Supiste que se casa Julieta? –le dijo Matilde para cambiar el tema sin mucho éxito.

–No sabía. ¿Qué te trae por acá? ¿Para qué vienes a esta ciudad tan húmeda a ver a este viejo enfermo?

Matilde no supo cómo contestarle. Qué de su respuesta podría escuchar su prima, que estaba perdida en los vericuetos de la sin memoria del padre. Cómo decirle que viene a poner en orden sus recuerdos de una novela porque vio la adaptación que le hicieron al cine y casi muere de furia. Explicarle que un amigo le ofreció unas noches en el Hotel Almirante y decidió venirse sin Luciano, su marido, aunque lo extraña y no sabe cómo hacer para que no viaje tanto, para no sentirse tan sola, para que finalmente puedan establecer una familia. Cómo decirle que le gusta *El amor en los tiempos del cólera* y quiere encontrar los lugares en que se desarrolla la historia. Cómo contarle a la prima tantas nimiedades cuando la vio hundida en ese hueco que es la vida entregada a otro, y sobre todo otro a quien ella se dedica y no puede siquiera recordarla.

Matilde se tomó la sopa hirviente que la señora del aseo les sirvió, una sopa de pescado que Matilde no entiende cómo pueden comer en medio de tanto calor. La estremece ver que la prima

regresa constantemente a darle el parte médico completo, se lo dio como quince veces durante la conversación, que ya no ve nada, que solo recuerda lo más remoto, que no puede moverse en absoluto, y luego el parte de los cuidados que debe tener con él, darle toda la comida licuada porque se ahoga, ponerle pañal porque se orina en los pantalones y a veces hasta se le salen las heces, evitar que oiga noticias porque después no puede dormir, se despierta y grita lo que uno ha oído. Una y mil veces la noche entera. Como hace poco que oyó una noticia y pasó toda la noche gritando: mataron a un joven en La Boquilla, mataron a un joven en La Boquilla.

—¿Te imaginas, despertarse con esos gritos? Me levanto y lo veo, pero él no está acá, él no está en el mismo lugar que yo. Lo muevo, lo volteo y sigue igual. Gritando cada cinco minutos y yo toda la noche despierta.

Matilde no puede entender cómo se han venido a vivir a este barrio residencial, en medio de un calor insoportable. Ni la cercanía con el Castillo de San Felipe salva a este barrio del espanto, pensó Matilde. Al tío Ariel lo trajeron a esta ciudad porque ya no podía respirar en la altura de Bogotá. Matilde no recuerda quién pensó que lo mejor era Cartagena, una ciudad tan lejana, en vez de algún pueblo cerca de la ciudad. Una condena para su prima, quedar tan lejos, encerrada en esa casa en medio de Cartagena, donde no llegan ni noticias del mar. Y la prima sigue hablando, encerrada en un mundo impenetrable donde solo existe el padre. Matilde piensa que si viviera en una ciudad como esta, seguro sería en un apartamento con vista al mar.

Luego de mirar muchas veces hacia el cuarto, la prima en un momento saltó de la silla y corrió. Matilde se quedó en la mesa, terminando sin muchas ganas la sopa que ya por fin empezaba a enfriarse. Oyó gemidos y la voz de la prima dando instrucciones sobre cómo sentarse. Luego regresó con el tío en la silla de ruedas. Hacía pocos años Matilde lo había visitado, pero aún era un ser

con el que se podía conversar, ahora no pudo ni saludarla y lo único que decía era aló, aló, y a Matilde le dolió ver que la vida de su tío quedó colgada de una llamada telefónica en la que perdió hasta el último recuerdo. No fue capaz de abrazarlo. Le tocó un hombro. Qué displicencia, pensó Matilde. Qué miedo le dio, como si fuera contagioso, como si el contagio fuera por el contacto y no por los genes. La prima no dijo nada, no preguntó por el abrazo, no le insinuó nada, solo le preguntó al tío:

–Papá, ¿se acuerda de Matilde, la hija de Consuelo?

–No –contestó el tío con los ojos abiertos y sin rumbo.

–Papá, ¿se acuerda de Consuelo, la hija de Manuel?

–No.

–Pero de Manuel se acuerda, ¿cierto?

–Sí, cómo no, mi hermano, ayer vino y me trajo unos chocolates.

–¿Lo ves? –dijo la prima mirando ahora a Matilde, con esa manera de hablar que ignora por completo la presencia del enfermo. Como si de repente estuvieran en otra franja de la realidad, a la que la prima está segura de que él no puede acceder– cree que los hermanos vienen a verlo.

Los minutos que pasaron cerca del tío fueron inacabables. Matilde seguía trayendo noticias de Bogotá y la prima regresaba al único tema del que podía hablar. Se despidieron. Matilde tenía los ojos aguados. Hizo su mayor esfuerzo para no llorar frente a la prima, no quería que se diera cuenta de su desconcierto, del miedo. La prima le dio un abrazo ya sin ánimo. Matilde temió tener que dejarla sumida en esa otra franja de la realidad, en ese mundo donde habitaba el tío y que la prima deambulaba sin poder escapar.

Se bajó del taxi en la entrada a Bocagrande. No le importó que aún tenía la maleta, quería caminar por la playa, sacarse la tristeza y el miedo que le produjo la visita. Le hubiera gustado llamar a su madre, decirle que nunca más dejaría que le cambiara los planes.

Matilde empezó a patear la arena, el agua, se le mojaron las piernas y el vestido de lino verde quedó chispeado de agua, le gusta la sensación de cosquilleo que produce la sal al secarse con los rayos del sol. Hoy le tiembla el cuerpo desde adentro, como un volcán a punto de estallar. Siempre le ha gustado viajar, de hecho ha pasado más de la tercera parte de su vida viajando, recorriendo muchos lugares del mundo, y sus viajes se volvieron esenciales para manejar sus estados de ánimo. Con el tiempo ha descubierto que lo que más le gusta de viajar es esa permanente conciencia del deseo, de satisfacer sus deseos, conciencia que pierde en el vida cotidiana cuando le impone ritmos, encuentros, alimentos que ella no puede decidir con tanto cuidado. Por demás, Matilde tiene una relación difícil con las durezas de la realidad y en los viajes la pueden atacar tristezas causadas por lo que ve, o por lo que vive, y para ello tiene siempre el plan b, sumergirse en mundos de ficción. Desde niña ha vivido rodeada de libros, los que le leía el padre, los que le regalaba la madre, y ese gusto voraz por la literatura hace que los libros de ficción sean su guía de viajes y le mitiguen las congojas que la sobrecogen con tanta facilidad. Canadá con Alice Munro, el sur de los Estados Unidos con la O'Connor, Dublín con Joyce, Buenos Aires con Borges, París con Cortázar (una pequeña concesión latinoamericana), Praga con Hrabal, Tokio con Murakami, y hace pocos meses, en una de sus recientes excentricidades, visitó con su marido el norte de Rusia de la mano de un autor reciente que le encantó, Golovanov. Se quitó las sandalias y caminó por la playa. Quiere regocijarse con el mar, hacer esa conexión con el agua, con la arena, con los movimientos del mar, que tanta tranquilidad le producen, pero hoy no puede, esa imagen de la vejez la dejó perturbada. Se siente dentro de una gran caverna, en un espacio muy oscuro donde solo quedan sombras. Aunque esa caverna es el miedo inmenso que la embarga en este momento, el temor de no saber a dónde irá su futuro, qué locura

amarga la acompañará con los años (varias personas en su familia en estados catatónicos), lo único que se permite pensar es en detalles minúsculos. Detalles que parecen ocultar las verdades hondas que la aterrorizan. Hace un sol intenso que se refleja duplicado con fuerza en el agua. Saca sus lentes oscuros y al ponérselos se seca las pocas lágrimas que han logrado aflorar en su confusión.

Siente una ansiedad incontrolable. Camina más rápido, como si huiera de una horda de matones o como si lobos de muchas especies la estuvieran persiguiendo. Siente que la gente la mira y la aterra ver su elegancia arrastrando una maleta por la playa. Le duele que su belleza se diluya en la imagen de una lunática caminando por el mar. Matilde es una mujer alta, muy delgada, de piernas larguísimas. Lleva un vestido de manga sisa corto que le deja ver las piernas musculosas (horas y horas de ejercicios). Su rostro tiene facciones suaves, un rostro alargado, con ojos café claro, y unos labios delgados que albergan una sonrisa luminosa. ¿A dónde llegará ella, qué memoria o qué destino de locura le espera? Piensa en el escritor, sí, en Gabo, terminar igual que el tío, perdido de sí mismo, sentado en una silla sin saber siquiera quién es, abrumado por una realidad que lo despoja de todo sentido. Cuando la prima trajo al tío arrastrado en la silla de ruedas, Matilde sintió náuseas, un escalofrío por todo el cuerpo y se preguntó, en un instante, qué hacía ahí. Para qué había llegado hasta ese lugar. ¿Qué lazos tortuosos nos impone el amor?

La playa es larga y Matilde no para de caminar. Piensa que si hubiera hecho bien los planes estaría sentada frente al mar tomándose una piña colada o comiendo un mango biche. Pero dejó que el día se le dañara. Sigue dando golpes al mundo con sus pies. Los mismos pies que Luciano ve como de porcelana. Que se quiebren, que se reviente todo, siente ella. Piensa en algunas noches en las que Luciano no está y ella teme a las leves paranoias que le dan. Oye ruidos o siente el corazón latiendo muy rápido, le parece que con

los años va perdiendo seguridad en la noche, la asusta pensar que la soledad ya no le cae tan bien. Piensa en las sombras que ve, en las palabras que oye susurradas fuera de casa y que ha llegado a pensar que son puros inventos de su mente, que se pierde a cuenta gotas.

Quiso venir a Cartagena sola porque está cansada de que Luciano viaje todo el tiempo, que su trabajo lo mantenga tan lejos y ella encerrada en esa casa inmensa que construyeron. Sus amigos le dicen que ese sí es un marido contemporáneo, que no le importa si ella sale ni lo que haga, y menos en su ausencia. Matilde sabe que tienen razón, que sería horrible estar con un hombre que la controlara. Pero, se pregunta en esta playa, con esta ansiedad que la carcome, ¿y si a Luciano le interesara más quién soy, cómo estoy? No quiere pensar en eso. Se da una respuesta rápida, tal vez la soledad le está pegando duro o, más bien, tanta distancia hace que no se sienta amada como antes. Tal vez si hubiera logrado tener un hijo con Luciano todo sería distinto. Querían un hijo y ella alojaba la esperanza de que llenaría todos los vacíos que la vida diaria con su marido traía. No le gustaba pensar en eso. Le molestaba esa suerte de entretiem po en el que se colaba el miedo y la dejaba con una sensación de soledad que le parecía inentendible. ¿Podría el hijo salvarla de la soledad, de la locura? Y le dolía la idea que venía siempre después de esa pregunta: Luciano no lograba darle la plenitud que ella imaginaba que en la madurez uno debía alcanzar. Ya pasará, pensó. El domingo se encontrarán y todas estas sensaciones de hoy quedarán en el pasado.

La ansiedad se le fue llenando de vergüenza, de una sensación horrible de preocupación por la imagen que estaba construyendo de sí misma. Pensó en que si muriera esa noche, ninguno de sus seres queridos sabría que ella había caminado por esa playa sintiendo este ahogo, esta suerte de muerte en vida en la que el terror la rodea y le borda un manto de futuro negro y espeluznante, solo la habrán visto estos cuantos desconocidos que la observan con

desidia y que la olvidarán al salir de la playa. Se sienta frente al mar, tan cerca de las olas que cada tanto debe correrse para que no se le moje ya por completo el vestido de lino puro y una vez más la vergüenza le trae una sensación oscura de inmediatez, se ve ínfima, insignificante. Pero a la vez sabe que dentro de su vida, en su mundo, ella es todo, una gran inmensidad, y que si un día la agobia la locura, la rodean voces o la deja la memoria, el dolor será más que infinito. Tiene la teoría de que el enfermo, por no decir el loco, sabe lo que le ocurre, que hay un lugar de la locura que guarda una traza de lucidez y permite sentir el dolor de alejarse definitivamente de la realidad. Se levanta y antes de llegar al hotel se queda mirando varios minutos los pequeños moluscos de la playa que salen con el venir de las olas y se hunden con su retirada. Observa ese gorgoteo, esos movimientos tan inteligentes con que esos seres diminutos logran ocultarse. El sol está en el punto, piensa Matilde, en que todo parece transparente en las playas, son casi las cinco y la luz ya no tiene la intensidad del mediodía. Los edificios, la arena, las personas, el mar mismo tienen ahora un manto de luz sin color, todo parece gravitando en la más absoluta irrealidad y solo allá, al fondo, la ciudad amurallada, con su luz propia, alcanza a salvarse de la invisibilidad. Le gustaría quedarse a ver el atardecer, pero Matilde sabe que solo una siesta logrará sacarla de este estado de tristeza. Mira el mar unos segundos más, se despide del tío Ariel y se pregunta si lo volverá a ver. Camina hacia el hotel.

Matilde despertó de la siesta. El sueño sirvió para mitigar la ansiedad, no la sensación de soledad. Tomó el baño de inmersión que estaba necesitando y para tratar de estar mejor, le puso espuma de jazmín, que generalmente logra elevarla del suelo, sacarla de la contundencia opresora de la realidad. En la tina se concentró en la novela de los ancianos enamorados. Hacía pocos días Luciano había llegado un viernes en la noche con dos botellas de

vino español y dos películas: *Amor* y *El amor en los tiempos del cólera*. La primera fue una revelación, una película hermosa que hoy quisiera no haber visto, porque su solo recuerdo une los hilos entre su futura vejez, el tío Ariel, su escritor favorito (pese a que ya no esté de moda), Florentino Ariza y Fermina Daza, y todos ellos traen ecos de sus nociones del amor, de la vida y de la muerte, que esta noche no guardan buenos pensamientos. ¿Podrá dormir esta noche? La segunda película fue un desastre. En la época en que la estrenaron en cines ella no quiso verla, amaba tanto ese libro que no le pareció adecuado terminar con ese comentario nostálgico y tonto de que es mejor la novela que la película, pero temía que así iba a ser. No se equivocaba. Le pareció una caricatura horrible de esa historia de amor que a ella le marcó la vida cuando a sus catorce años la leyó en un barco en el Amazonas, mientras veía delfines rosados saltando en el río. Por eso, cuando su amigo Miguel la llamó a decirle que tenía un fin de semana pago en Cartagena y no podía ir, Matilde, aunque Luciano no iba a estar, decidió aceptar la invitación. Viajar sola no era raro para ella y además eso de ir en busca de las escenografías de García Márquez no era nada fácil de compartir con cualquier persona. Cuando iba saliendo de la habitación, pasó a mirarse en el espejo, en ese momento la estremeció darse cuenta de que Luciano nunca había visto ese vestido de boleros, corto, hecho de una muselina con flores diminutas, y esas sandalias verde aguamarina que había comprado la semana anterior. Estás espléndida, se imaginó que su marido le habría dicho. Salió.

Empezó el recorrido frente a la Universidad de Cartagena. Nunca ha entendido por qué, pero sus caminatas en la ciudad amurallada siempre empiezan allí, en ese edificio que, como casi todos los edificios de esa ciudad, guarda historias de siglos y han transmutado de conventos a hospitales, a hoteles, o centros educativos. Matilde recordó que esos edificios han albergado religiosos

fervientes o dudosos e innumerables muertos de las pestes o las guerras, como ha leído muchas veces en ese libro que lleva en las manos y que le sirve de guía para esta noche sin encantos que debe transitar. Sabe que en la ciudad puede haber viejos conocidos, pero no quiere buscar a nadie esa noche. Baja por la calle de la Soledad hacia la Plaza de Santo Domingo. Un cochero pasa y le ofrece sus servicios. Matilde lo mira, le sonrío y le hace con la mano un gesto amable de despedida que significa no necesito su ayuda, conozco bastante bien el centro histórico. Pero inmediatamente cae en cuenta de que para su plan de la noche le vendría bien contratar un cochero.

–Señor, señor –le grita y corre hasta donde él detiene el coche. La sola idea de pasarse esa noche caminando como un zombi con un libro entre las manos la perturba y por eso le parece mejor y más amoroso con ella misma dejarse llevar en su búsqueda por un caballo y un cochero.

–Le ofrezco la vuelta de cuarenta o la de sesenta.

–Gracias –lo interrumpe Matilde, que sabe que le va a dar toda la explicación de los planes turísticos–, yo no quiero una vuelta normal.

–¿Cómo así? –pregunta el cochero y le abre los ojos con un cierto dejo de que por fin le va a pasar algo diferente. Pero lo que Matilde le dice no le suena atractivo, más bien le parece un embeleco, ganas de gastar la plata en cualquier cosa, piensa, buscar las casas en que se inspiró un escritor. Lo que sí le gusta es la idea de llevar a esa mujer tan bella y sola en su coche.

–Siga, señorita, vamos a ver si sé cómo darle gusto.

Matilde, ya sentada en el coche, reconoce que fue buena idea contratar el servicio, ella sabe que para llegar de un lugar a otro de la ciudad amurallada da vueltas absurdas. Recuerda una vez que caminó por esas calles con un amigo escritor en un Hay Festival. Él no había estado nunca en esa ciudad y estuvo muy agradecido

con ella porque lo llevara a todos los lugares que él quería visitar, pero antes de despedirse, cuando ya el viaje había terminado, no aguantó las ganas de preguntarle a Matilde si alguna vez le habían enseñado que existía la línea recta. Ella no entendió el comentario hasta varias horas después, en el avión, donde soltó la carcajada. Por eso estaba encantada de ver cómo el cochero conocía perfectamente cada calle, cada casa que ella estaba buscando.

El cochero la lleva, para empezar el recorrido, a la Plaza de Bolívar, pasan frente a la catedral donde cuenta el narrador que Fermina Daza se encontró con la mirada triste de Florentino Ariza. Como es de noche, Matilde no logra sentir el sopor que Juvenal Urbino sintió cuando horas antes de su muerte pasó por la catedral y la Plaza de Bolívar y vio entre las palmeras africanas la estatua del Libertador. En la otra esquina ve el Palacio de la Inquisición, como el baluarte de la perversidad humana. Piensa en García Márquez, ¿cómo habrá sido su investigación? ¿Cómo hace un autor para conjugar las ideas que tiene en la cabeza, esa trama invisible de una historia para ser contada con los rincones de la realidad? Casas, calles vividas en las condiciones del siglo XX que nuestro nobel escribió como si estuviera viviendo en otra época. ¿A qué dulce mujer quiere recuperar en esas palabras?, ¿qué vieja historia de la familia, del país quiere reconstruir para ir a contar esa Cartagena plagada de ratas y enfermedades? Y al mismo tiempo convertirla en escenario de un amor que justificará la vida de muchos ancianos. Recuerda que en esos días leyó un artículo de la columnista feminista que le agradecía al nobel haberles dejado a los mayores la posibilidad de enamorarse como algo digno y posible. Matilde vuelve a pensar en la vejez, en ese momento que ella anticipa como un lugar de locura. Le duele sentir que la vejez ya se le insinúa y ella aún no logra tener un hijo. Piensa en su tío. Piensa en la prima durmiendo ese sueño sin reparo de imaginarse que el día siguiente será igual al de ayer y al otro que vendrá después. La

imagen perfecta de las miserias cotidianas, piensa Matilde, cuando el cochero le avisa que han llegado a la calle del Candilejo. Matilde recuerda la escena. Florentino Ariza bajando del tranvía, una mujer persiguiéndolo. Él pensando que es una puta que quiere que le compre los servicios y ella sin aliento tras de ese hombre que puede darle un trabajo en la Compañía Fluvial del Caribe. Años después, ese narrador pretencioso pero certero del maestro caribeño, y le da una risa contenida pensar en ese escritor con esas palabras, como si en su mente estuviera más que buscando lugares de su novela, escribiendo la nota mortuoria, dice que esa mujer, Leona Cassiani, que en esa calle lo persigue, había sido en verdad la mujer de la vida de Florentino sin que él siquiera lo supiera. ¿Cómo puede uno pasar tan impunemente por las verdades de la vida? ¿Podría una mujer como yo, se pregunta Matilde, estar ciega por siempre al hombre de la vida? ¿Existe tal cosa? ¿El hombre de la vida?

Pasan por el Portal de los Dulces, que en la novela se llama el Portal de los Escribanos. Matilde se baja del coche unos segundos y se interna entre los puestos de dulces. Y se siente observada, con desgano, por los ojos de Florentino Ariza, que no tenía ojos más que para su amada. Piensa en Fermina Daza, en su paso altivo, en esos dulces que compra en ese mismo lugar. Recuerda también la imagen de Florentino escribiendo por años cartas de amor a Fermina a través de los enamorados que le pedían ayuda en sus tormentos. Matilde vuelve a sentir cierto desasosiego, siente que algo de su vida se está perdiendo, que un centro antes ubicado con naturalidad se le escapa en este momento. Y para completar la turbación, minutos después, cuando se sube otra vez al coche, pasa frente al Hotel Boutique, donde se quedó con Luciano la vez anterior. Lo imagina en la puerta del hotel, con su cuerpo delgado y estirado. Su pelo negro que cae sobre los hombros, y esa pinta impecable con aire aristocrático. Matilde se sonríe cuando se ve pensando en los rasgos europeos de su marido como rasgos aristocráticos. Hegemónica, piensa.

Recuerda una escena de la semana anterior. Luisa, su amiga del colegio, vino a visitarlos y llegaron al tema del cine, como es debido.

–¿Vieron *Amor*?

–Sí –respondió Matilde con ese afán que trae consigo la fascinación–, y nos encantó.

–Yo les recomiendo a todos mis amigos que están solos que no la vean, esa película hay que verla con alguien en quien uno pueda confiar el fin de su vida.

–Luciano se mantuvo en silencio tomando la ginebra de todas las noches con total pausa. Impasible. Matilde conectada con la conversación.

–Tienes razón, no lo había pensado, por suerte nosotros la vimos juntos. No sé cómo me habría sentido si la viera sola.

–Normal –contestó Luciano entrando en la conversación después de su silencio distante–, yo ya la había visto en Nueva York y no me dio nada, ustedes que son escandalosas.

Ya la había visto, piensa ahora Matilde y recuerda la rabia que le dio en ese momento porque no se lo dijo. Recuerda que su rostro se enrojeció y sintió una furia mayor al pensar que le preguntarían por qué se había coloreado como una vil quinceañera. Cuántas cosas no le dirá de sus viajes, cuántas situaciones emocionantes y vitales están sucediendo en la vida de Luciano y ella ausente por completo. La vida de Luciano sucediendo a lo lejos, como el sol poniéndose en el horizonte del mar que uno observa y nunca podrá alcanzar. Pasan por el Parque Fernández Madrid y ven la casa donde García Márquez imaginó que vivía Fermina Daza. Una casa blanca, de dos pisos con veraneras de varios colores colgando de los balcones. Luego la calle de las Ventanas, y Matilde trata de imaginarse cuál podría haber sido la casa que la madre de Florentino preparó para esa feliz pareja que no se consumaría hasta después de que ella misma estuviera muerta. Ella también muriendo en la más terrible soledad de la locura, de la pérdida de la memoria. ¿Cuántas

veces se habría imaginado García Márquez que él terminaría igual? Los conventos, y Matilde imagina en cuál pudo estar el cine donde iba Jeremy de Saint Amour a sentarse, lejos de su amada, para nunca ser visto con los ojos del mundo como un ser enamorado. El cochero, cada vez más contento con su tarea, Matilde feliz de ver esos lugares, arropada por ese calor fresco de la noche cartagenera, bajo un cielo estrellado y bajo el efecto de las varias cervezas que ha ido tomando en el camino. Finalmente pasan frente a la casa de García Márquez. La pared terracota y esas palmeras que salen como una explosión de vida. Hay luces encendidas. ¿Estará ahí?, se pregunta Matilde. ¿Qué queda en la mente cuando no hay memoria?

En la mañana del sábado se levantó muy temprano y salió a trotar a la playa. El recorrido de la noche anterior la reconfortó. El sol no había despuntado y Matilde encontró un poco de felicidad por estar en ese momento en que la playa estaba muy sola y la luz de la mañana renovaba el paisaje. Sintió que, a diferencia de la tarde anterior, el paisaje que la rodea es más verdadero que nunca, que las tristezas de la noche ya se han ido y ahora entra la mañana con nitidez. Personas caminando, seres que se protegen del sol, que cuidan sus cuerpos con ejercicio. Parejas, grupos de mujeres jóvenes, ancianos. Trota hasta la entrada a Bocagrande, donde la tarde anterior se bajó del taxi. Le alegra sentirse un poco mejor, menos ansiosa. Al llegar allí saca de su canguro el celular. Ninguna noticia de Luciano. No la extraña. Desde que se casaron y él tiene que hacer viajes permanentes al exterior ha ido dejando de llamarla tanto. Al principio una vez diaria, después una cada dos días, ahora solo cuando debe darle alguna instrucción de última hora que recuerda en medio de sus atareados viajes. Matilde sabe que la piensa porque siempre regresa con varios regalos. Es un hombre detallista, y no solo le trae regalos comprados especialmente para ella. Joyas de los diferentes lugares, a veces algo de ropa. Le trae también pequeños regalos que él llama absurdos, pero que

Matilde adora. Una bolsa de té del lugar donde desayunaba, una servilleta que le pareció linda. Un billete que se encontró en la calle, una flor de los árboles más florecidos del lugar. Pequeños objetos que le han permitido a Matilde saber que Luciano la tiene siempre presente.

Regresa caminando y se sienta justo frente a la calle que da a su hotel a asolearse un rato. El sol ya ha salido por completo y debe aprovecharlo, ya que ahora que ella es mayor, se cuida mucho la piel, ya no se asolea en las horas del mediodía. Aunque es una mujer blanca, se mantiene siempre muy bronceada gracias a las cámaras de sol del gimnasio al que asiste. Se acuesta sobre la arena, en un lugar al que no llega el agua. Sigue observando la gente y le alegra no estar dejando una imagen amarga, como la del día anterior. Ve venir un hombre que se le parece a un profesor de la universidad donde trabaja. Duda un poco, no hace ningún movimiento, hasta que ve que él mueve su cara con un gesto que demuestra que la ha reconocido. Cuando está a punto de levantarse para saludarlo se da cuenta de que el hombre viene acompañado por una mujer y Matilde ve en los gestos generales del cuerpo de él una rigidez que se lee fácilmente y que le dice que va con alguien a quien no le gustaría ver que lo abraza. En efecto, el profesor pasa muy cerca de Matilde y con la mano, de manera muy gentil y distante, la saluda. Matilde no sabe si pronunció alguna palabra en el saludo, siente que si fue así, a ese sonido se lo llevó la brisa de la mañana. Le incomoda esa reacción de su colega. Saludarla de forma tan distante. Quizá iba con la esposa, pero qué clase de esposa lleva a un hombre a ese extremo de control. Piensa que ella con Luciano nunca esperaría algo así y menos él de ella, y esa sensación de confianza con su marido la reconforta. Acuesta la cabeza y cierra los ojos. Pobre hombre, piensa, y le vienen a la mente todos los abrazos que se han dado en los últimos años. No sabe cómo nombrar esa relación que tienen. Se acuerda de que empezaron a

saludarse después de una reunión en que los pusieron a participar en un equipo de trabajo. Ella, con su incomodidad con los filósofos, no le habló mucho, pero con los días empezaron a saludarse. Hola, hola, ¿cómo vas?, bien, gracias, y nada más. Pero desde un día, ella no sabe por qué, empezaron a darse abrazos. Abrazos intensos, fuertes, sin ninguna pretensión distinta a saludarse. Con el paso de los meses los dos, cuando se veían venir, cruzaban calles, plazas, lo que fuera por darse ese abrazo reconfortante. Nunca tomaron café, nunca almorzaron. No había más deseo que ese, darse un abrazo con un desconocido que por alguna razón ha entrado a ser parte de los pequeños detalles del azar. Matilde decidió que la próxima vez que lo viera en la universidad le daría el abrazo de siempre y evitaría por completo mencionar este encuentro.

Unos minutos después sintió unos pasos fuertes en la arena y un viento que se movió muy cerca. Cuando abrió los ojos vio a su colega acercarse a su boca. Le dio un beso rápido pero muy intenso, y Matilde no alcanzó a reaccionar cuando él ya iba corriendo en la misma dirección en que se había ido antes. Se sentó. Quedó petrificada. Ahora con qué cara lo miraría, pensó. Luego, cuando constató que no podía verlo en ningún lugar de la playa, se metió al mar. Caminó entre el agua tocándose la boca. Y al hundirse le pareció que ese beso no había sucedido, que quizás lo había imaginado y se rio de su justificación. Claro que había sucedido, claro que ahora estaba flotando en el mar con la sensación absurda de un hombre crispándole la piel. ¿Cómo se atrevió?, se pregunta. Siente sorpresa, rabia, dudas. ¿Cómo se atrevió?

En la tarde camina por el antiguo barrio de los esclavos, como lo llaman en la novela, Getsemaní. Se mete entre esas casas después de pasar por el Parque del Centenario. Muchas de esas casas son ahora restaurantes y hoteles. Le sorprende cómo el turismo se ha ido tomando ese barrio, pero aún conviven dos mundos. Extranjeros y putas. En algunas esquinas ve mujeres que claramente son

prostitutas. Matilde las mira, casi quisiera hablar con ellas, preguntarles qué se siente que su barrio haya sido invadido por todos esos negocios, esa nueva vida. Se va adentrando en el barrio. Las casas le recuerdan ciertos pueblos cubanos, o barrios de Nueva Orleans, con ese aire antillano y a la vez español. Las puertas de cancel, las ventanas y los balcones resguardados del calor con flores y plantas. Esa arquitectura que se emparenta con el centro histórico, pero que claramente tiene otra clase. Se toma una cerveza en un bar al lado de la iglesia. Hay niños jugando cogidas, jóvenes jugando fútbol en la placita, personas comiendo en diferentes restaurantes. Gente que vende artesanías, baratijas, objetos usados. Ella camina mirando los objetos. Quiere comprarle algo a Luciano. Encuentra un florero de vidrio verde y decide comprárselo, hace días le había prometido llevarle flores a su oficina. Sigue caminando y desemboca en el callejón ancho. El ambiente cambia por completo. Como si saliera de una escenografía y entrara por fin en el barrio. A su lado pasan corriendo unos niños que había visto en la plaza. El primero que llegue a la casa gana. Le llama la atención que sean del barrio, pues son niños que por su acento y su aspecto parecen bogotanos. La calle está atravesada por guirnaldas de muchos colores. Gente con sus sillas en la calle, otros jugando dominó. Ahora sí está dentro de un barrio costeño. Desemboca en la calle Lomba, toma a la derecha, quiere ir al barrio Manga a buscar cuál podría haber sido esa casa que Fermina Daza llenó de animales exóticos, loros, perros, tortugas, hasta micos, y donde Matilde siempre se ha preguntado si esa mujer pudo ser realmente feliz. Pero en su mapa (esta zona no la conoce muy bien) dice que debe atravesar El Pedregal y ha oído que es muy peligroso. El atardecer está llegando a su fin. Las nubes se repiten entre el rosa del cielo como una grafía mágica. Camina una cuadra más y encuentra en la esquina una mujer sentada en una mecedora leyendo.

—Perdone, ¿cómo puedo llegar a Manga?

–Está muy cerca, solo salga a la avenida junto a la muralla, doble a la derecha dos cuadras y a la izquierda está el puente, lo cruza y ya está.

–¿Por cuál avenida? –dijo Matilde–, ¿El Pedregal?

–Sí, claro, por ahí.

–Pero...

–¡No me diga que le da miedo!, ¿llegó hasta aquí y le da miedo seguir?

–Es que no conozco –en ese momento vio salir de esa misma casa a los niños que había visto antes–, ¿es un barrio tranquilo?, ¿usted vive acá? –le preguntó Matilde a la mujer señalando los niños, después de haber notado que definitivamente tenían todos acento bogotano.

–Vivimos hace dos años, y es un lugar tranquilo. Mejor dicho, un lugar real en Cartagena, que eso es mucho decir.

–Sí, yo sentí lo mismo, pero no me la imagino a usted...

–¿Qué?, ¿tengo cara de qué? –interrumpió la mujer–. Venga tómese una cerveza con nosotros y la acompañamos una parte del camino.

La mujer tenía una presencia que le apaciguó el miedo, una fuerza que la animó. Matilde se sentó a tomarse la cerveza. La mujer, gorda, desgarbada y muy extrovertida, le contó detalles de su vida en ese barrio, entre ellos, que sus hijos no iban al colegio y que han aprendido mucho entre esos niños cartageneros con los que están jugando todos los días. “Es una jungla, pero se vive bien”, agregó. La mujer se levantó de la silla y entró en la casa. Matilde vio el ejemplar de *Ese silencio*, una novela que la mujer estaba leyendo. Al verla salir de nuevo, Matilde le dijo:

–Ese libro me gustó mucho.

–A mí me está encantando –contestó la mujer y llamó a los niños con unos gritos controlados que no se parecían en nada a los de las otras personas que se oían alrededor–. Caminen la acompañamos –les dijo.

A Matilde le pareció que ese podría ser otro escritor para guiarse por Cartagena. Algún día, pensó, y empezaron a caminar. Donde empezaba el puente se despidieron. Matilde le agradeció la ayuda y se fue pensando en lo valiente que debía ser esa mujer para vivir en ese lugar. ¿Cuáles serán sus miedos?, se preguntó Matilde, que creía que lo que verdaderamente nos diferencia a unos de otros son los miedos que nos marcan.

Empezó a cruzar el puente y sintió la brisa en todo su cuerpo, como si la fuera a sacar volando. De repente vio un hombre despedazando un libro y tirando hoja por hoja al mar. La escena la maravilló. El cielo ya azul intenso, las letras del cielo ya se habían borrado para tornarse en un color penetrante y continuo, el hombre frente a una baranda del puente lanzando su libro al mar, el Castillo de San Felipe iluminado al fondo. Siguió caminando, ahora otra vez con su libro en la mano, y cuando se encontró con el hombre la miró con ojos desvirolados y le dijo:

–Son peligrosos, cuídese, son peligrosos.

Matilde entró en el barrio de “nuevos ricos” donde vivieron Fermina Daza y Juvenal Urbino pensando en que ella tal vez nunca botaría ese libro, pero preguntándose también si ese libro ha sido peligroso o no en su vida. Se rio del encuentro tan absurdo y siguió caminando. Pasó frente a casas fenomenales. La casa Román con su arquitectura mudéjar, otras con columnas a lo griego. Y otras muchas casas muy imponentes. Ninguna que se pareciera a lo que ella se imaginaba de la casa de Fermina Daza. En una esquina entrevió una casa un poco derruida. Se acercó. El piso es ajedrezado y tiene una sola planta. La entrada con columnas, pero de una arquitectura simple. Caminó alrededor de la reja. Esta es, se dijo. Se entrevé una sala grande y al fondo las habitaciones. Se recuesta contra la reja y se imagina la algarabía de los pájaros en ese lugar que ahora luce oscuro, en ese patio amplio de árboles grandes que ahora se ve lleno de maleza y hojas caídas que hace

tiempo nadie recoge. Recuerda que desde allí Juvenal y Fermina veían pasar en la bahía los barcos que llegaban del Mississippi. Imagina también la escena de Florentino entrando a esa casa el día del velorio de Juvenal Urbino con la decisión férrea, diría el autor, de reiterarle su juramento de fidelidad eterna y amor para siempre a Fermina Daza. Matilde quisiera llegar al momento de su vida, que supone que es la vejez, cuando pueda saber cuál de los hombres de la vida se quedará con ese juramento. Cuál será ese hombre que en su lecho de muerte ella sepa que podría haberle jurado tanto amor. Esas cosas que logra hacer la literatura y nunca la vida, piensa y se imagina que si ella llega loca o sin memoria a ese momento final no será capaz de hacer esos balances que le pondrán punto final a su existencia.

Entonces siente unas manos en su cintura. Se voltea asustada y se encuentra con el rostro del profesor por segunda vez. Matilde se queda muda. Él le toca la cara y luego vuelve a besarla. Ella se deja besar hasta que la emoción se convierte en miedo y retira la cara, pero no dice ni una palabra. Él cruza muy rápido la calle y se va. Ella se queda otra vez confundida y en silencio, como si temiera que la esposa estuviera espiándola también en la otra esquina. Vuelve a mirar la casa y el rapto que acaba de vivir le recuerda el de Florentino Ariza en el barco del olvido, o el del soldado en *El beso*, un cuento de Chejov. Se sonríe. Desde que leyó esos dos textos le pareció que ese rapto era absurdo, ¿quién se iba a dejar besar así? Pero ahora se ve convertida en un ser de la literatura y la aterra darse cuenta de que no ha reaccionado más que con un silencio cómplice las dos veces que este hombre ha osado besarla. ¿O más bien estará imaginándolo todo? ¿Podrá su mente estar creando ilusiones que parecen realidad? La mezcla de rabia y misterio la sobrecoge. No entiende el juego de ese hombre. Si la está siguiendo, ¿por qué no se acerca?, ¿por qué no la busca para hablar? Absurdo. Completamente ridículo. No la ha dejado ni darle

el abrazo que ella quisiera darle. Nada. Solo eso. Un beso furtivo, como dirían sus amigos literatos, igual que todos los malos polvos que contó García Márquez. ¿O más bien son sus imaginaciones, sus pequeños delirios que se están saliendo de la noche y le invaden el día?

Camina varios minutos más por el barrio con muchas sensaciones encontradas. Le entra un mensaje de texto. “Estamos en Quiebra Canto, acá te esperamos”. No ha logrado mantenerse alejada de sus conocidos, y con la sensación de soledad y desconcierto que siente en este momento decide aceptar la invitación. Toma un taxi, cruza el puente de regreso por Getsemaní hasta la esquina del parque donde la esperan. Sube las escaleras y ya arriba ve a Fabio en una mesa del balcón. Se acerca animada por la salsa que suena en ese momento, una canción de Cheo Feliciano que le encanta, aunque Matilde se sabe una mujer *crossover*, este lugar le gusta. Saluda a la esposa de Fabio primero, como una estrategia para que no se sienta celosa. Fabio fue novio de Matilde por años, su primer novio, y aunque hace mucho tiempo tienen clarísimo que no están interesados en sostener una relación amorosa, Matilde teme los celos de Amalia. Luego saluda a las dos personas que están con ellos en la mesa, recuerda al hombre, un viejo amigo de Amalia que Fabio heredó, y luego saluda a la mujer, que supone es la esposa del otro. Fabio no recordaba que Matilde ya conocía al amigo de ellos.

–Esta es mi otra mujer, de la que me salvé –dice Fabio, cuando se levanta de la silla y le da un abrazo cariñoso de bienvenida.

Matilde habría preferido que Fabio la presentara como una amiga. No le gustaba seguir estando atada a él como una de sus mujeres. Prefiere que el pasado quede en el pasado, pero Fabio siempre se ha sentido muy alagado de haber sido su novio y alardea con eso. Quizá necesita incomodar a Amalia, piensa Matilde, y por eso ella trata en todos esos encuentros, más si no está con

Luciano, de sentarse junto a Amalia y de ignorar a Fabio. Esa noche preciso Fabio es quien le acerca una silla y la sienta junto a él. Matilde se sienta. Hay algo incómodo y a la vez algo profundamente natural para ella al estar con Fabio. Fueron novios entre los dieciséis años y los veinticuatro y desarrollaron una confianza que casi ni los hermanos alcanzan a tener. Recuerda un día, ya casada, que Fabio llegó a un bar donde Matilde estaba con sus amigos de trabajo. Los dos querían ir al baño. Frente a la puerta del baño Fabio se asomó y le dijo “hay un inodoro y un orinal, si tienes muchas ganas, entramos al tiempo”. Ella no lo dudó, orinar con él le parecía normal. Una vez sentada dentro del baño, le entró una taquicardia que la hizo sentir ridícula. ¿Qué estarán pensando sus amigos de esta escena?, ¿qué se estarán imaginando? Y le entró para el resto de la noche un guayabo moral por haberse dejado llevar por la comodidad sin medir que estaba creando una imagen de sí misma que no quería.

–Ya nos conocemos –dijo el amigo. Matilde no podía recordar el nombre. La impresionó ver que con los años le había crecido una arruga que le atravesaba la cara de una oreja a la otra, como una sonrisa alterna que le daba un tono de payaso abrumado, triste.

–Sí, nos hemos visto antes –contestó Matilde.

–¿Y Luciano? –preguntó Amalia y Matilde confirmó con la pregunta que no le gustaba nada verla sin el marido.

–En África, sigue viajando mucho.

–Así sí les va a durar ese matrimonio –dijo Fabio y todos se rieron–, además esta mujer es la casada más feliz que conozco.

–Gracias, esa imagen me gusta –dijo Matilde.

–¿Le gusta?, ¿es que no es así?

–Sí, es así. Solo que la imagen es importante también, ¿o no? –y Matilde agrega, ahora mirando a Amalia–. ¿Y los niños?

–En Bogotá, los dejamos con los abuelos. Ya sabes, hay que cuidar la pareja –dice Amalia orgullosa de algo que para Matilde sería

impensable, dejar a sus bebés en Bogotá. Matilde sabe que ese tema no le es fácil. Siempre que hablan con Luciano del tema siente que no podría separarse de su bebé hasta que esté muy grande.

La incomodidad aumenta para Matilde. Le gusta ver a Fabio, conversar con alguien en estos días de soledad le viene bien, pero la pone tensa ese hilo invisible que la mantiene atada a Amalia, como si nunca pudieran dejar de ser eso que Fabio dice con tanta naturalidad, sus mujeres. Están tomando ron Havana Club, Matilde decide acompañarlos con un ron, pero a la vez pedir una cerveza. Fabio hace chistes sobre esa manía de Matilde de tomar algún trago y bajarlo con cerveza. Las dos mujeres deciden ir al baño. Matilde se queda en la mesa.

–Ayer estuve muy triste, fui a ver al tío Ariel –le dice Matilde, bajando la voz para que el amigo no los oiga.

–¿Para qué fuiste?, uno no debe visitar ancianos, eso envejece. Qué manía de mantener tantos lazos familiares –dice Fabio y levanta su vaso para brindar con el amigo y con Matilde–. Salud, por tener a esta mujer con nosotros.

–Deja ya de molestar, qué mamera para Amalia. El tío está muy mal, no ve, no se acuerda de nada.

–Qué vaina. La única anciana que me ha gustado visitar era la bisabuela de esta mujer –le dice al amigo–. Era una mujer de más de noventa años y cuando uno llegaba le pedía siempre algo, el reloj, la chaqueta, las gafas, de la manera más increíble. Imagínese a uno que era bien joven y la vieja le decía si te morís, me heredás ese reloj, con su acento paisa. A mí me encantaba ese sentido del humor.

–No era sentido del humor, nunca la entendiste, ella en realidad creía que era inmortal, que todos nos íbamos a morir antes que ella –le agrega Matilde.

–Es que los viejos de la familia de Matilde terminan relocos. ¿O me equivoco? –pregunta Fabio. Matilde siente un cimbronazo.

–Eso fue lo que me puso triste ayer.

–Veo –dice Fabio y se le nota que no tiene nada de ganas de entrar en conversaciones densas. Matilde se da cuenta de que quería un poco de apoyo, pero no lo ha encontrado. El amigo interviene en la conversación.

–¿Qué les da miedo de la vejez?

–A mí, la soledad –dice Fabio.

–A mí, no sé –dice Matilde y sabe que no es capaz de decirles a estos hombres que le teme a eso, a la locura. El amigo insiste en preguntar.

–¿Qué temería usted de Amalia? –le pregunta a Fabio.

–Que se mate en un avión. –Se ríen.

–¿Y eso por qué? –pregunta Matilde.

–Porque no me imagino la vida sin ella.

–¿Y qué habría temido si estuviera con Matilde? –pregunta el amigo entrando en un juego que a ella no le gusta. De todas maneras Fabio contesta muy rápido. Matilde teme que Amalia llegue en este momento de la conversación.

–Que quede sorda.

–¿Por qué? –le replica el amigo.

–Porque no me imagino la vida sin comunicarme con ella. Matilde es la mujer con la que mejor conversación he logrado en toda mi vida.

–¿O sea que usted es de los que creen que la mujer perfecta se logra con muchas mujeres?

–Algo así.

–¿Y no le temería a la infidelidad? –vuelve a preguntar el amigo.

–¿De Matilde o de Amalia? –Matilde ve venir a Amalia, se atemoriza-. De ninguna, sé que son mujeres fieles.

En efecto Matilde ha sido siempre mujer de un solo hombre. Suele tener muy buena vibra con ellos, más que con las mujeres, y por eso tiene muchos amigos, pero nunca se ve envuelta en relaciones con ninguno. Pero en este momento siente que está siendo

infiel de manera cómplice. Una infidelidad pasiva. ¿Una infidelidad producto de la locura que la acecha? Ella dejando que ese hombre se acerque imaginando escenas que no existen. ¿Por qué no le ha pegado una cachetada?, ¿por qué no lo empujó?, se pregunta Matilde. Qué tal que Fabio supiera, qué tal que le contara que lo que más quisiera esta noche es encontrarse a ese profesor y pasar la noche con él. Y duda, ¿será eso lo que quiero?, se pregunta muchas veces, ¿qué le está pasando? ¿Por qué está fantaseando con ese hombre? ¿A dónde la está llevando su mente? ¿Es la locura un estado de la mente, del alma, del cuerpo? Siente otra vez un cimbronazo en el cuerpo, no sabe qué hacer con esa sensación de estar alejándose de la vida como la ha conocido hasta ahora.

–Y hablando de aviones –dice el amigo

–¿De aviones?, ¿cuándo hemos hablado de aviones? –replica Amalia.

–Nada, algo que mencionamos hace un rato –dice el amigo–. ¿Leyeron el artículo sobre el síndrome de descreimiento aéreo?

–No, ¿qué es? –pregunta Fabio con interés y levanta otra vez su vaso para brindar. Él es el que marca el ritmo del consumo de alcohol durante la velada. Los hace brindar y él mismo sirve más ron en todos los vasos.

–Pues que los seres humanos estamos entrando en un estado de normalidad con los aviones que está volteando la confianza, ahora las probabilidades de lo lógico empiezan a crecer en nosotros y podemos avizorar que en el aire somos un juguete del azar.

–Qué cosa rara –dice Matilde– y eso a quién le pasa, además ese síndrome se olvida de que hay millones de personas en este planeta que nunca han montado en un avión.

–Es solo que la confianza en la ciencia está llegando a su fin y vamos a ir entrando en un tiempo en que las probabilidades del azar, de lo caótico se toman la parada y el pánico empezará a crecer.

Fabio saca a bailar a Amalia. La otra pareja se queda en la mesa con Matilde. Ella empieza a sentir que es hora de irse al hotel. Mañana debe madrugar a tomar el avión. Quiere estar en casa antes de que llegue Luciano. Pensar en él le hace sacar el celular. Mira el Facebook, el correo. Ninguna noticia. Luciano no le ha contestado nada sobre la propuesta que le hizo antes de irse. Otro día sin saber de él. Matilde además no quiere seguir en esa conversación. Llama a un mesero y pide otra cerveza y la carta, quiere ver los precios para dejar su parte.

–No te preocupes –le dice el amigo, cuyo nombre ha olvidado–, nosotros pagamos la cuenta.

Siguen conversando sobre temas que a Matilde la aburren, se siente hablando con el director de la revista *Selecciones*, esa que tanto le gustaba a su padre y que ella de niña hojeaba sin encontrar motivo alguno para comprarla. Cuando se encuentra con hombres que coleccionan datos de ese tipo se acuerda de su padre y de la revista. Mientras la pareja sigue contándole cosas que a Matilde no le interesan, ella piensa en García Márquez. En esa casa que vio el día anterior. Recuerda que en esos días leyó que ese año pasarían por Colombia cuatro escritores premio nobel, y le parece que es una tristeza, una mala suerte para este país que su único premio nobel tenga que estar sumido en la enfermedad del olvido. ¿Cuántas veces los escritores escriben su propio destino sin saberlo? Piensa también en esa silla donde lo sentarán a ver los días pasar como un vacío hondo en el que él ya no puede distinguir el tiempo ni el espacio. ¿Estará Mercedes, su esposa, sumida en una realidad como la de su prima? ¿O será una de esas esposas amargamente felices, después de años de agobio, de ver a su marido enfermo o muerto?, ¿o, como en este caso, perdido en la fama y la literatura?

Fabio regresa de bailar con Amalia y saca a Matilde. Amalia la mira con cara de aceptación y Matilde se siente obligada. Bailan.

Matilde recuerda la imagen de mujer feliz de la que habló Fabio. No logra verse así, no sabe por qué, pero ahora, en este momento de su vida, no se ve de la misma manera. ¿Qué me estará pasando?, se pregunta. Terminan de bailar. Matilde quiere decirle a Fabio algo de su malestar, de ese centro que se le pierde en este momento. Pero se da cuenta de que esta no es la situación adecuada. No quisiera irse al hotel sin hablar con alguien, sin entender un poco los sentimientos que la envuelven. Ni modo, Fabio está en modo festivo y no hay cómo sacarlo de ahí, además seguro le va a decir que ella tan cansona, que cuando le entra la densidad no se la aguanta nadie y seguro también lo dirá frente a los otros y esa vergüenza no la quiere vivir. Sabe que las dos parejas quieren bailar y ella va a ser un estorbo. Se despide y se va. Fabio la acompaña hasta el taxi que le han pedido y le da un abrazo festivo sin darse cuenta de que en el alma de esa mujer se tejen desencuentros definitivos. Matilde regresa al hotel aterrorizada de no saber si podrá conciliar el sueño.

En el avión, al día siguiente, mira el celular antes de apagarlo. Ha sobrevivido, una vez más, a las miserias de sus noches. Hay un mensaje de Luciano. “Sí, mi amor, creo que debemos intentar la inseminación”. Lo cierra apresurada, con una extraña vergüenza, como si toda la gente en el avión pudiera oír esas palabras. No siente la alegría que creía que iba a sentir. Siente un vacío en el estómago, un ahogo. Nada de emoción. El avión despega y ella se acomoda en la ventana a mirar el mar, a despedirse de esa ciudad. Piensa en el profesor, en lo raros que fueron los encuentros. En cómo va a saludarse con él en la universidad. ¿Cómo saludarlo si lo que sucedió es real y cómo saludarlo si es una invención de su mente? Piensa en las casas que visitó, en esos fantasmas literarios que la salvan de la vida. Quisiera contarle al vecino todo lo que le ha sucedido en esos días y la abruma darse cuenta de que está en una edad en la que ya a los desconocidos no les atrae tanto

conversar con ella. Aunque es una mujer hermosa, no encuentra cómo conversar con los vecinos. ¿Será el síndrome de descreimiento aéreo?, se pregunta. Recuerda que antes siempre conversaba en los aviones. Especialmente los hombres le ponían tema de conversación inmediatamente se sentaban a su lado. Ahora va con este silencio que no quiere, esta imposibilidad de ordenar las emociones. Saca su cuaderno, dibuja un triángulo. En una punta escribe vejez, en otra, amor, en la última, locura. Sabe que ha encontrado un nuevo tema de investigación. Llegará a casa a escribir el proyecto.



El ángel

A Ángela María Robledo

LLEGAMOS CORRIENDO AL BUS. NO SÉ DE DÓNDE SACAMOS la fuerza para correr. Mi chiquita va animada, como si la idea del viaje y la esperanza de llegar a otro lugar le hubieran repuesto todos los alimentos que no hemos tenido por semanas. En la mañana tomé la decisión. Algo tiene que pasar nuevo. Doña Silvia me dio trabajo unos días más en el restaurante, a ver si me paga el arriendo y le da suerte y se pone inteligente para hacer algo con la niña. Decidí usar los pesos que me sobraron en este viaje. Imposible que mamá y papá no se ablanden después de verla. Imposible que ahora no quieran ayudar. Desperté a la niña y le dije que nos íbamos. Como siempre le he contado historias bonitas de los abuelos, mi Luz Dary no sabe cuánto miedo me da ir a verlos. Ella cree que son tan buenos y se levantó de una, aunque el hambre no la deja moverse mucho en los últimos días, hoy se levantó rápido, seguro pensó que por fin la mamá tuvo una buena idea, o que por fin encontré la dirección de los abuelos. Porque yo le cuento buenas

historias, pero le digo también que no sé dónde viven, que yo me fui brava, como era tan jovencita, y se me perdieron después. Y esa mentira me va a costar caro porque ahora la niña se va a enterar de todo cuando la abuela le diga que no, que ellos siempre han vivido en la misma casa, que así es la gente de bien, que no crea bobadas de esas que dice la mamá. Pero mi miedo es que ni nos abran la puerta, mejor dicho, que nos cierren la puerta en la cara, porque allá en el pueblo mamá nunca cierra la puerta, nunca en el día, porque todo el que llega es conocido y a ella le gusta que su casa sea la casa de todos. No importa que seamos pobres, es una casa llena de flores y plantas coloridas, con un patio donde siempre ha habido una vaca que da leche, como para que mi Luz Dary pueda alimentarse, unas cuantas gallinas, un par de perros y muchos gatos. Mamá mantenía esa casa lo más de limpia, ella barría y barría el piso de tierra y le echaba agua para que se asentara, pero antes de que yo me fuera, papá pudo poner la tienda y ahí sí hubo con qué enchapar el piso y construir un baño y abrirle ventanas a la casa y me pregunto qué cosas más le habrán hecho en estos años. La niña bajó corriendo donde doña Silvia y le dijo que nos íbamos a visitar a los abuelos, que si le prestaba una chuspa para empacar la ropa, que ella seguro se la devolvía. Mi niña debe sentirse contenta de poder hacer un paseo, como hacen las niñas de la pieza del fondo, que la mamá las recoge los sábados y las lleva a pasear, pero mi Luz Dary siempre encerrada en esta casa. Claro que esa ñera quién sabe en qué trabajará, porque no vive con las niñas y tiene una cara de aquello que le puede. Yo como sí trato de ser digna y no me entrego a cualquier trabajo por ahí, mejor pobre que manchada. La niña estaba tan alborotada con el paseo que le dijo a gritos a doña Silvia que íbamos para la casa de los abuelos, que yo los había encontrado y que ahora sí comería pan del horno de la abuela, mientras corría de vuelta a la pieza a guardar los corotos que se iba a llevar y que ahora yo cargo mientras mi niña trata de acomodarse entre

tanta gente que va en el bus. Y como se regresó gritando por toda la casa, subiendo las escaleras esas que están que se caen, todos esos chismosos de mierda empezaron a asomarse, sobre todo el viejo Luis, que dizque tanto la quiere, que salió del cuarto y la paró en el camino, venga, mi niña, ¿por qué se me va?, tiene que volver pronto. Y claro, doña Silvia desde abajo me miró, como volviéndome a decir que cómo voy a hacer con esa niña creciendo en medio de esos viejos asquerosos, que cuando salgo a buscar trabajo se la pasan llevándola de un lado para otro, porque como yo no tengo otra opción más que dejarla en la casa, porque ni al colegio público la he podido mandar hace tiempo, no me alcanza la plata, no tengo manera. Mi Luz Dary subió y empacó los tres chiros que tiene y la muñeca del vestido rosado, la de los boleros, que le regaló el viejo Luis, y el oso que le dieron de Navidad cuando yo todavía trabajaba en el hotel. Siquiera no es un oso grande, porque cuando le dije que no llevara tanta cosa, me dijo, toda acelerada, que cómo iba a dejar sus muñecos acá, que quién sabe cuándo volverían a tener la oportunidad de salir de esa casa y tenía que llevarlos a pasear. Mi niña, que se ha vuelto tan bonita, como ya está que pasa los siete y le gusta verse linda y se peina todo el día. Por lo menos hay días que se queda también la hija de doña Silvia, la Paola, cuando no tiene que ir a la academia de modelaje, y la arregla y me la maquilla y la deja por las noches, cuando yo llego, con el sueño de llegar a ser otra cosa. Porque esos sueños sí que hacen falta, la vida se vuelve diferente. No como esos días en que llego por la noche y la niña tirada en la cama, con la barriga casi vacía, seguro solo con el paquete de papas que le da el viejo ese, y casi ni me habla de la falta de fuerzas. Algunos días le traigo un pancito, o un pedazo de panela, para que coja fuerza, pero otros, cuando llego manivacia, todo se vuelve más triste. Y yo no soy capaz ni de hablarle. Solo me meto a la cama como ella y me retuerzo de frío en esas cobijas aguadas que tenemos. La abrazo, pero me parece que ella ni siente

que yo llegué, que si no le traigo nada, ella ni me huele. Qué cosa, tanta luchadera. Pero yo sí la siento y me abrazo a ella y me parece que envolverme en la niña me vuelve a salvar de toda esa vida, de la mala racha, porque alguien me maldijo, seguro que sí, y eso fue hace poco, desde que perdí el trabajo del hotel, porque antes todo iba como bien, buena pieza, buen colegio para la niña y un novio aceptable, que no me le pegaba a la niña, me quería y alguna que otra vez nos traía mercados abundantes. Pero después la casa de doña Silvia que, con el perdón de la señora, es asquerosa y le cortan la luz porque nadie le paga, con ese montón de pobretones que aloja, y la niña con ese miedo, que no sabe quién entró en el cuarto, que alguien se mete a la pieza, que la cogen, que hay fantasmas, y yo con ganas de salir y darles palo a esos cafres y sin poder hacer más porque si no salgo a buscar la papa, entonces de qué vivimos.

Echen para atrás, dice el chofer. Mi niña toda obediente se va metiendo entre la gente y yo trato de seguirla. Es de esos señores que se ganaron el pase en una rifa, porque nos lleva como marranos, casi cayéndonos unos encima de otros. Cuando vamos llegando al fondo, veo que mi Luz Dary se sienta en la última banca y me sorprende la visión que tengo. En esa banca, que está levantada por encima del nivel de las otras, veo la persona que le abre espacio a mi niña. Es una señora muy elegante con un niño y una niña y me sorprende su presencia en este bus. Es de esas señoras impecables que uno nunca imaginaría que pueden ir entre la gente como uno. ¿A dónde irán?, ¿por qué en este bus? Debe ser una mujer de unos cuarenta años, el pelo con rayitos, largo y cogido en una moña casual que es realmente lo más ordenado que he visto. Cada pelo le cae con finura. Lleva una sudadera blanca de una limpieza inmaculada. Las facciones de su cara son dulces y elegantes, una nariz recta pequeña, ojos casi verdes y unos labios prominentes que esconden esos dientes perfectos de los ricos. Veo, mientras acomoda a mi niña, esas manos largas, delicadas,

como si desde que nació no hubiera tenido que moverlas nunca. Me hace acordar a la patrona de mi hermano mayor, la dueña de la finca donde él trabajaba. La finca esa donde conocí al Pedro y cambié mi vida. Porque mi papá y mi mamá nos cuidaban a todos de forma insistente y en especial a las dos niñas, que éramos las menores de ocho hermanos. Pero a la finca esa sí me dejaban ir porque mi hermano me consiguió un trabajo para ayudar en la cocina durante las vacaciones. Y ahí fue, conocí a ese viejo, tan apuesto, y me sedujo sin que me diera cuenta. Yo no era lo que se dice una niña inocente, sabía, en estos tiempos ni los papás más conservadores logran que uno no se entere de cosas, pero tampoco me interesaba mucho eso, no tenía novios ni nada, y mi mamá vivía tranquila con nosotras. Pero ahí fue, y como la vida se la cobra a uno tan caro, me embarazó con el primer tiro. ¿Cómo le voy a explicar a la niña todo esto?, con esas versiones tan diferentes que le he dado de todo lo que ha sido mi vida, que el papá murió, que los abuelos se me perdieron. Y seguro que el Pedro sigue por ahí, tranquilo, sin haberse inmutado para ayudar con la niña. Porque mi papá protegía mucho a sus hijas, pero cuando supo de mi embarazo no salió corriendo a defenderme, ni a obligar al tipo ese a casarse conmigo, no, nada de eso. Fue por teléfono. El día que le conté a mi mamá ella lo llamó, él estaba en una feria ganadera en otro pueblo y me mandó la razón. Mi mamá me empacó algo de comida, ropa y me dio lo que tenía de ahorros, que mi papá ni sabía que ella guardaba plata. Me montó en el bus, llorando porque cómo iba a sobrevivir yo solita por ahí, pero la razón era clara, que si no me iba, me mataba, y la verdad es que con mi papá la cosa siempre es en serio, cuántas palizas no me tocó ver. Cuántas veces no agarró a mis hermanos a palo por emborracharse o demorarse más de la cuenta.

Los niños de la señora parecen de película. Hablan como si fueran gente grande, mueven las manos, yo no alcanzo a oír qué

dicen, pero el rumor me trae unas voces firmes, como nunca hablarían nuestros niños. ¿Por qué será? ¿Qué estará pensando mi Luz Dary? Sentada entre la señora y la niña, los observa con atención. Antes de irme del pueblo mi mamá me dejó llamar al Pedro a contarle que me iba, yo pensé que él me iba a ayudar. Pero nada, se quedó callado cuando le conté lo de mi papá y que me iba porque estaba ya llegando y me iba a matar, y después me dijo que yo ya sabía que él era un hombre casado, que cómo no me cuidé. Un cabrón, porque él me empezó, él me tendría que haber enseñado lo de cuidarme, pero qué le iba a importar. Dicen que en esos días se perdió del pueblo, quizás le dio miedo de que mi papá fuera a buscarlo, aunque yo le dije que no les había dicho quién era, pero del susto salió a correr, en el pueblo todo el mundo sabe cómo es la cosa con don Filo, como le dicen a papá. Y nunca más. Qué tal que me cruce a Pedro ahora que llegue con la niña. Qué tal que la niña se dé cuenta de que Pedro es el papá, si son igualitos. Qué tal que mi papá cumpla la promesa ahora, y cuando me vea llegar saque la escopeta o el machete. Y si mi mamá no ayuda, si mi papá no la deja verme. Imposible, cuando vean a la niña tienen que aceptarla, porque esa es la opción, se las dejo en la puerta con una nota para que ella llegue sola y después llamo a ver qué dicen. La niña de la señora se reacomoda, parece incómoda por compartir puesto con esa niña mía, tan sucia. ¿Cómo verá a mi niña? Pero la mamá le lanza una mirada fulminante, quién sabe qué le dirá esa mirada. Podría ser algo así como que a la gente pobre uno tiene que ayudarle, pero de dónde le habrá salido ese gesto generoso a esa señora que parece una tienda Disney en medio del bus. Porque la niña va con sudaderas de princesas y el niño vestido de otro muñeco que no conozco y llevan morrales de esos que mi niña siempre ha querido. Es como si en ese lugar del bus vivieran otra realidad y mi niña ahí metida. Estará pensando que así son los paseos, que la gente linda es la que sale de la casa. Y Luz Dary,

sin imaginarse que esa señora no debería venir en este bus, que la gente como ella nunca pasea como uno. ¿Quién sabe qué les pasó? De una maleta de cuero blando, como de tenista, la señora saca unos tarros de vidrio con tapas de plástico verdes. Abre el primero y empieza a repartirles unas cosas parecidas al maní, y claro, a mi niña, desde que la señora abre el tarro, se le van los ojos, entonces la señora le pasa un poco de esas cosas a mi niña, ella me mira, como pidiéndome permiso de recibir, y yo le hago mi cara más clara de aproveche, mi amor, que de eso no va a haber ni en la casa de los abuelos, y aunque mi niña no sabe qué es eso, le acepta y come. No sé por qué, pero la Luz Dary come despacio, como si quisiera parecerse a esos niños que cogen grano por grano y se los van comiendo despacito, uno a uno, saboreándolos, porque qué afán pueden tener esos niños de comer. La señora también come y me mira, me sonrío y estira su mano para ofrecerme. Qué amable, pienso. Pero le hago un gesto de gracias, pero no. Me da pena que piense que estamos muertas de hambre. Y la niña me mira, mi niña, y me abre los ojos, ella también diciendo con los ojos que cómo voy a desaprovechar la oportunidad de esa comida, pero no, yo no puedo recibirle, además qué tal que no me guste y cómo hago con esas cosas en la boca. La señora saca servilletas y le da a cada uno una, incluida mi niña. Luz Dary coge la servilleta, la toca y luego la mira, tiene dibujitos de muchos colores. Querrá meterla en la chuspa, llevársela para mostrársela a doña Silvia, pero cuando la señora le da a cada uno un pedazo de manzana y ve a los niños limpiándose la cara, con ese cuidado extremo, como si lo que les hubieran pasado no fuera esa servilleta suave, sino una lija que les puede raspar la cara, y la doblan en dos y ninguno la arruga, mi niña decide imitarlos. Qué linda se ve, pasa la mano por la boca, como haciéndose paños para el dolor, y pone la servilleta sin doblarla sobre las piernas. La señora les sigue dando fruta y me parece que esas frutas son tan perfectas que no parecen haber

pasado por la tierra. Luz Dary come feliz y yo me saboreo a la distancia. Ojalá todo esto le dé esperanzas, porque qué puede pensar de la vida una niña como la mía. El conductor le sube el volumen a la música y a mí me da pena con esa señora, esos vallenatos tan ruines que va oyendo ese señor. Con razón les tiene a los dos niños equipos de oír música, y audífonos. Le suena el celular y lo saca del bolsillo de la sudadera. Un Iphone, de esos que veía en el hotel, como el que se compró el arrastrado ese del primer piso que no tiene ni con qué comer, quién sabe de dónde lo sacó. Ella con sus dedos todos estirados, con uñas sin esmalte pero pulcrísimas, roza la pantalla y contesta el teléfono. “Sí, sí, vamos llegando a Silvania, bueno, te marco cuando estemos llegando. Bien, van bien, acá van comiendo fruta. No, no se han mareado. Si trajimos para jugar. Tranquilo, vamos bien. Sí, mi amor, no te preocupes. ¿Qué sabes?, ¿ya llegó el mecánico?”. Pobre marido, pienso yo, cuántas cosas no estará pensando que les pueden pasar a sus hijitos en este bus de arrastrados.

En Silvania se bajan los pasajeros que van de pie y adelante queda un puesto libre. Miro a Luz Dary para llamarla, pero está contentísima conversando con la niña. Ahora tiene en las manos una muñeca rarísima, una Barbie con cara de monstruo, y juega con la niña. Prefiero sentarme sola. Desde la silla la saludo con la mano y ella casi ni me mira. Me acomodo de tal manera que pueda verla. Me gusta, me gusta ver a mi niña con esas personas, me gusta pensar qué estará sintiendo. Pienso en mi viaje de venida, en ese bus, aterrorizada de que mi papá le hiciera algo a mamá por mandarme a Bogotá. La llegada a esa ciudad y los miles de tropiezos que tuve para llegar a casa de la tía. Todo viene a mi mente, esos meses en que nació la niña y yo esperando que mi mamá llamara, pero nada, silencio absoluto. Y después el trabajo en el hotel, y la casa, el inquilinato ese de gente bien habida, el cuarto, y el Lázaro que empezó a cuidarme. Y todo andando tan bien. Yo con mi

trabajo fijo y mi sueldo y la niña en la casa del Bienestar, y por las noches juntas. Veo también esos días que le daba la preguntadera, que el papá, y que la familia y que cuándo vamos a ver a los tíos y yo inventando historias, una infancia feliz para que mi niña tenga esperanzas, unos abuelos amorosos, un padre que la habría amado siempre de no ser por la guerra de este país. Y ahora qué va a pensar de mí, cómo se sentirá conmigo mi niña. Pero qué más hacer. Tantos días sin nada de comer, tanto peligro por ahí acechándola. Cómo no dejarla allá en el pueblo, para ver si yo logro conseguir otra vez algo de trabajo. A ver si se me quita esta mala racha. Es que sin saber qué le dio al Lázaro, por qué le dio por perseguirme, después de varios años de relación tan bonita, y en el hotel dijeron que él iba a hacer alguna fechoría, que seguro iba a matar a alguien y cuando dijeron que era mi novio, empezó el problema. Porque le daban celos con cada cliente que llegaba, que porque yo tan bonita seguro que me querían comer todos, tan iluso, si yo era invisible, esos señores jamás me miraban, para eso estaban las universitarias que tenían el negocio montado ahí, cómo van a cambiar una que se parece a la señora esta que tiene a mi niña al lado y se van a ir con una mujer como yo. Claro que esas universitarias no eran auténticas como esta señora. Se les notaba que venían de abajo y las habían arreglado, pero se veían diferentes a mí, no era lo mismo. Pero mi Lázaro se rayó, y me perseguía, y hasta se fue volviendo fúrico con la niña y ahí fue que me sacaron del hotel y me tocó buscar esa otra casa para perdérmele al Lázaro.

Vuelvo a mirarlos y van jugando parqués en una tabla donde las fichas se pegan, como imanes. Mi niña qué va a saber cómo jugar, pero la señora se le acerca y le muestra cómo mover las fichas y cómo lanzar los dados y se ríen, cuando uno se come al otro, cuando los dados salen a volar y caen al piso. Y mi Luz Dary como si el mundo hubiera empezado hoy mismo, como si nada de lo de antes hubiera existido. Yo sigo pensando que esa música que pone

el señor este es una vergüenza con esa señora, y eso que ahora puso uno de mis vallenatos preferidos, pero es que uno mira a la mujer y no se la imagina en este bus, es como un ángel caído en el lugar equivocado. Seguro que mi decisión es correcta, la niña no puede seguir viviendo así. No importa si papá me mata, seguro no le hará nada a la niña y la va a cuidar. Además después de estos años ya me habrá perdonado. Y yo me vuelvo a buscar trabajo a ver qué me tocará hacer porque de algo tengo que vivir. Sí, había que decidir algo. Cómo no. No tenía muchas opciones. Estoy en lo correcto. Tenía razón doña Silvia, cómo mantener a la niña ahí, cómo ponerla en tanto peligro. En el pueblo las cosas son diferentes, la gente está menos degenerada, allá va a estar bien.

Han dejado de jugar, se han apagado las carcajadas. El niño juega con un aparato de esos electrónicos, la señora oye música y las niñas se han dormido. Mi niña tiene la cabeza sobre la señora y de vez en cuando la señora le pone la mano para que no se la caiga la cabeza con tanto movimiento brusco que hace el conductor este. Me imagino a mi niña si pudiera ser amiga de esa niña. Me la imagino durmiendo en la cama de princesa que debe tener esa niña. ¿Si yo fuera capaz de pedirle trabajo a esa señora? ¿Si le dijera que para ella hasta lavaría baños?, aunque siempre me haya parecido lo más indigno, ser empleada de una casa de familia. Yo sigo viendo toda mi vida, sigo sintiendo el dolor de estómago, la falta de alimento, el miedo de llegar al pueblo.

El bus se ha vuelto a llenar y para ver a mi niña tengo que mirar entre las piernas de los viajeros. Sigo pensando en la decisión que debo tomar, si hago bien trayéndola por acá. Me gustaría verla corriendo por el campo, aprendiendo a ordeñar, haciendo pan con mi mamá. Sé que tengo que hacerlo, sé que no me queda más salida. La miro y la veo dormidita todavía. Con la cara plácida. Por fin con el estómago lleno. Veo la mano de la mujer que le sostiene la cabeza y me parece que ya casi ha empezado a acariciarla. Había

que llegar a este día, yo tenía que encontrar una buena salida para mi niña, no podía tenerla más entre esos viejos verdes. Me levanto. Pido parada y con los movimientos más rápidos que tengo me bajo del bus. Me retumba el corazón en la cabeza. Abajo empiezo a caminar, no miro hacia atrás. Quiero volverme un fantasma y que nadie note que me he ido. Espero que la niña no me vea, que siga dormida. Entonces confirmo que mi decisión es la mejor que podría tomar. Esa señora sí sabrá cómo cuidar a mi niña.



Las cinco bahías

A Orietta y Nataly, porque ya saben

DOS LLAMADAS DE MI PADRE TRASTOCARON MI VIDA. La primera llamada, como me lo habría imaginado desde antes, sucedió mientras yo no estaba en la habitación que alquilaba. Papá y yo, un eterno desencuentro. Además, papá podría haberme llamado al celular, pero también como era su talante, me dejó un mensaje en el contestador.

–Hijo, tengo una enfermedad grave. Llámame por favor.

Me senté en el borde de la cama. Repetí el mensaje varias veces. Sentí el peso rotundo de las palabras como nunca antes lo había sentido. Hijo, y venían imágenes de tantos años, de tanta ausencia. Tengo una enfermedad, mi padre, que desde hacía años se quejaba de un dolor de cabeza y que nunca logramos que fuera a un médico. Mariana y yo siempre pensando que era una manera más de manipularnos, de hacer que nos acercáramos a él. Grave. ¿Qué significa grave? Grave en palabras de mi padre sonaba como un cuerpo cayendo de un piso veinte, ese sonido, ese reventarse

estrepitoso. ¿Grave? ¿Qué esperaba papá ahora? ¿Cómo podía yo comportarme con él? Pensé en mamá, la llamé. Mientras repicaba el timbre de su celular me imaginé a mamá recogiendo ese cuerpo en la calle, arrullando a papá. Iluso, pensé. Mi mamá había quedado tan hastiada de papá que no creo que ni en los peores momentos quisiera acercarse a él. Mamá no contestó, pero yo, como si quisiera vengarme con alguien por las palabras que acababa de oír, le dejé el siguiente mensaje.

–Mamá, papá tiene una enfermedad grave –y agregué, para que la venganza fuera completa–, muy grave.

Me equivoqué sobre mi madre y no sobre mi padre. Mi mamá desde ese día ayudó a mi papá en todo lo que fuera necesario. Como si supiera de mi incapacidad, me secundaba cuando yo no podía acompañarlo a los médicos, o le llevaba comida cuando yo, exasperado, me escapaba a casa de mi novia a esconderme del mundo. Mamá no se volvió a casar nunca, pero sí tenía una pareja desde hacía muchos años. Ese hombre, con quien yo también tenía una relación distante, fue solidario con mi mamá y entendió perfectamente que ella se ocupara por momentos de papá. Con mi padre no me equivoqué. El tono de su voz lo entendí perfectamente. Su enfermedad era muy grave. Tenía un tumor en la cabeza que lo iba a matar en pocos meses o semanas, más bien, me contó él con una voz que me sonó orgullosa, como si por fin algo de certeza hubiera llegado a su vida y esa derrota del escepticismo lo reconfortara.

La llamada de papá no era extraña por sí misma. No era extraño que papá me llamara. De hecho, aun en su actitud hosca con la vida, siempre estuvo presente. Un padre sometido a la decisión de su esposa de separarse, que lo dejó por el resto de su vida perdido en un mundo donde nunca más logró encontrar un ancla verdadera. Mamá, durante los doce años que vivieron juntos, fue el baluarte de todos. Si aún hoy mi hermana y yo no podemos imaginarnos

el mundo sin ella, peor para mi papá, que le entregó las pocas esperanzas que le quedaban sobre ese material absurdo que es la vida, parafraseando lo que él mismo solía decir. Recuerdo esos días en que papá entraba en estado de desesperación con nuestro deseo de certezas sobre el futuro.

–Chicos –decía, con un poco de greda en sus manos–, miren esto, yo quiero hacer un perro, miren lo que me sale. ¿Qué es esto, Mariana?

–Parece un caballo –dijo mi hermana.

–Yo creo que es un caimán con cuerpo de perro –agregué yo.

–Eso es la vida, un intento de hacer una cosa y lo que sale es diferente. No crean en verdades del ser humano. Busquen la ciencia, ahí sí hay respuestas de verdad.

Papá se refugiaba en la ciencia, asistía a varios grupos de estudio sobre física y ciencias exactas, por eso había dejado en manos de mamá ese espectro de lo indefinido, de lo incierto, y confiaba en que ella lo salvaría de los azares de la vida, de lo que mamá llamaba la vida verdadera y que él ignoraba por completo. Pues bien, en los últimos dos años, antes de la enfermedad de papá, desde que conseguí trabajo en la universidad y pude empezar a pagarme un cuarto y vivir fuera de la casa de mamá, con quien estuve desde el día que nací, papá me llamaba una o dos veces por semana. A veces nos encontrábamos a tomar café o lo acompañaba a algún concierto de música clásica. Sin embargo, nuestra relación era difícil, papá esperaba una presencia de nosotros que nunca entendimos por qué no se la podíamos entregar. Mamá ha representado una fuerza, una suerte de certeza que Mariana y yo preferíamos ante la desolada conciencia de papá, ese insolente escéptico, como lo llamaba mamá años después de haberse separado. Crecí sumido en una culpa tremenda con mi padre. Por el contrario, Mariana lo solucionó con total facilidad. No vivía con él ni se quedaba en su casa, pero lo llamaba constantemente y encontraba temas,

que parecían importantísimos, para conversar con él, hacían muchos planes juntos (jugaban tenis, caminaban en las montañas, iban a museos, hasta lo acompañaba a sus grupos de estudio), y una vez salió del colegio, lo solucionó aún mejor, con un viaje a Estados Unidos, donde se quedó a estudiar su carrera. Yo no tenía esas destrezas para relacionarme con mi padre. Me costaba saber que él esperaba algo de mí que yo no podía darle. Y así terminaba evitando encontrarme con él. Cuando empecé a vivir solo y sentí que por fin papá no esperaba una presencia mía en su casa, pude empezar esa nueva etapa de breves encuentros con él.

Desde el día de la primera llamada me debatí entre la responsabilidad de hijo, y además debía llenar los espacios que Mariana había dejado vacíos, y mis dificultades para acercarme a mi padre. Mi hermana no regresaría hasta terminar el semestre y faltaban aún tres meses. Papá no quería que le contáramos nada para que le fuera bien en los estudios, pero yo le había jurado a Mariana que nunca la engañaría con algo así mientras ella estuviera lejos, así que terminé desobedeciendo a papá y le conté a Mariana lo que sucedía. Ella me preguntó si yo creía que papá llegaría al verano. Yo no podía saber eso, pero intenté tranquilizarla para no indisponer más a papá.

–¿Necesitas ayuda? –me preguntó Mariana.

–No, no te preocupes, yo puedo acompañarlo –le contesté, sabiendo que los dos teníamos claro que yo no iba a poder, que mi relación con papá no tenía tanta cercanía, pero a la vez lo aceptamos como un extraño destino de los amores. Era yo quien iba a acompañar a papá cuando Mariana era la persona más indicada para hacerlo. De niños, cuando papá aún vivía con nosotros, yo entraba en su estudio con alguna pregunta científica, después de haberme sentado en el computador a estudiar algún tema astronómico, meteorológico, para poder encontrar algo para preguntarle. Cuando por fin encontraba cómo acercarme a hablar con él, porque a mí

me daba seguridad ese contacto con mi padre, aunque mamá lo llamara superficial, cuando ya estaba sentado frente a él con toda su atención puesta en mí, entraba Mariana con su diario de niña tonta a contarle cualquier estupidez que le había pasado en el colegio y papá la sentaba en sus piernas y conversaban, ignoraban mi presencia todo el tiempo que la mañosa de mi hermana quisiera. Cuando la tonta se iba, papá me contestaba la pregunta y me pedía que me fuera, él tenía mucho trabajo que hacer. Con los años descubrí que ese comportamiento de papá, Mariana y yo era un lugar común. Todos mis amigos que tenían hermanas menores contaban la misma historia, pero a mí cada escena de esas me dejaba temblando de rabia, perdido en un bosque oscuro del que solo salía cuando mamá se daba cuenta de mi silencio y me llamaba a conversar con ella.

Con la enfermedad de papá nuestras rutinas cambiaron por completo. Para empezar me pareció necesario acompañarlo más, así que muchas veces, cuando salía de la universidad, pasaba a saludarlo, algunas veces a prepararle algo de comida. Lo llamaba varias veces al día, y muchas de esas llamadas las sentía impostadas pero necesarias. La situación clínica era muy complicada, los médicos se habían dado cuenta del tumor demasiado tarde, pensaron operar, pero en pocos días descubrieron que mi padre estaba invadido de cáncer y no había cómo salvarlo. Unas amigas nos recomendaron viajar a Tijuana, a un centro donde hacían tratamientos orgánicos para el cáncer, pero papá no tenía los recursos para ese viaje y, además, intuí por esos días, estaba cansado de la vida y ya no quería luchar más. Otros días seguíamos las rutinas de los últimos meses, ir a cafés, almorzar o acompañarlo a conciertos, eso mientras el dolor no lo estuviera atormentando. Un sábado en la tarde fuimos a ver un concierto de un cuarteto venezolano. Luisa, mi novia, quiso acompañarnos, así que me senté en el teatro entre papá y Luisa. Me sentí absurdo cuando me vi pensando en que otra vez la vida me ponía a elegir entre un hombre y una mujer.

Sentí miedo de no ser el hijo que sabría cómo darle a su padre la compañía requerida para transitar por el final de la vida.

Luisa estaba bella ese día y trataba de ser lo más amable posible con mi padre. Él no era un ser muy sociable y en esta situación esa capacidad estaba cada vez más diluida y se portó más que antipático con mi novia. En otro momento lo habría sentido como un insulto, esta vez lo viví como un efecto colateral de su enfermedad y decidí que de ahí en adelante no los juntaría más. Durante el concierto recordé esos momentos de mi infancia cuando papá me llevaba, casi obligado, a esos planes que solo a él le gustaban. Me vino a la mente una vez que me senté en ese mismo auditorio, en la Luis Ángel, y miré al techo. La construcción en madera, con listones que se movían todos hacia un centro vacío me encantó. Me pasé todo el concierto jugando a escaparme por ese ojo negro que me llevaría a otra dimensión. La verdad es que lo de la otra dimensión me perseguía en la niñez. Ahora entiendo que era el miedo a la posible separación de mis padres, que años después se consumaría. Por esos días me daba mucho miedo imaginarme ese día en que ya no viviéramos juntos. En algún lugar de mi alma yo entendía la separación como un momento en que no volvería a ver a mamá ni a Mariana ni a papá. Soñaba que me quedaba solo en el apartamento en que vivíamos y yo corría gritando los nombres de todos hasta que el mismo espacio se convertía en un parque inmenso desolado por completo. Esta vez, con papá a un lado y Luisa al otro, miré el techo. Vi el centro vacío y me estremeció pensar que en pocos meses vendría a este lugar y papá no estaría más. Tal vez también sentí un breve sentimiento de liviandad al imaginarme que ese día llegaría y yo no volvería a sentir nunca las culpas que me han perseguido toda mi vida con respecto a mi padre. ¿Cómo llamarla?, ¿amistad?, ¿relación?, ¿encuentros con mi padre? Qué raro, pensé, nunca me lo había preguntado, ¿cómo se llama la relación entre un padre y un hijo?

Mariana seguía muy preocupada por mí. Todo el tiempo me llamaba y quería darme consuelo en estos momentos difíciles. Yo nunca pensé que su acompañamiento pudiera haber sido su manera de pedir también cuidados para ella misma. Cuando la vi, el día que llegó al velorio de papá y se pegó a mi cuerpo (pasó todos esos días en Bogotá durmiendo conmigo y no con mamá), entendí que ella la estaba pasando mal. Que esos designios del padre de nunca dejar nada empezado la mantuvieron lejos de ese hombre en los últimos días. Me pareció que Mariana habría querido estar con él, darle el cariño que ella sabía que yo no podría dar. Seguramente papá habría estado más tranquilo, habría vivido esas últimas semanas con su niña al lado y sintiendo que la vida había valido la pena.

Una tarde mi hermana me pidió que entráramos a un chat donde grupos de personas se ayudaban para hacer duelos, para acompañar a sus seres queridos a la muerte. Yo accedí. Las personas contaban sus tristezas, sus temores y sus incomodidades. No era nada fácil eso de ver a quien uno quiere morir, y tampoco, decían algunas personas, rehacer los vínculos cuando el fin es ya una certeza.

–“Cuéntanos tu historia”, escribía la persona que dirigía el chat y que yo no sabía si era hombre o mujer, si era una máquina o un ser humano.

–“Pues miren, yo no estoy viviendo la muerte ahora, mi padre ya murió, pero no me recupero de no haber estado allí. Papá salió una mañana de domingo a desayunar y no llevó papales. Se murió en la calle. Lo llevaron a Medicina Legal. Un NN. Nosotros lo buscamos y cuando lo encontramos no pudimos ni verlo, habían pasado muchos días. ¿Se imaginan?, murió solo, sin que alguien le tuviera la mano agarrada”.

La escena era absurda. Yo sentado frente a una pantalla viendo aparecer letra tras letra, esos sentimientos oscuros, pensé, que

acompañan la muerte. Le dije a Mariana que yo podía sobrevivir hablando con mamá y con Luisa. Me imagino que ella, en la distancia, apeló a múltiples ayudas como esta para dejar que su padre muriera sin ella estar presente. Ahora, cuando pienso en esos días, me pregunto por qué no le dije que se viniera, por qué hemos aprendido a ser tan implacables con el deber.

En esos días tampoco fui capaz de dormir en casa de papá. Lo acompañaba, le hacía comida. Le traía los medicamentos y corría a refugiarme en casa de Luisa o en mi cuarto. Me dolía verme una vez más en la vida en esa contradicción tan estúpida. Otra vez sintiendo que algo de mi padre me expulsaba y no me permitía acompañarlo, ahora sí, cuando él realmente lo necesitaba. Papá no me pidió que me quedara en ningún momento. Supongo que con los años había descubierto alguna manera secreta de entender mi distancia y no era este el momento de transformar ese comportamiento. Otros días me encerraba en el Centro de Investigación de Estudios Económicos, en el que me habían contratado como auxiliar de documentación. Allá me quedaba, en silencio, viendo a los estudiantes trabajar. Allí podía, al menos por algunas horas, olvidarme de que afuera me esperaba una realidad de esas que uno nunca podrá aprender a transitar como debe ser. Cuando salía, el aire de la ciudad me pegaba durísimo, me hacía sentir que la vida de mi padre había sido siempre un agujero negro para mí, incluso cuando vivíamos juntos, yo no podía entender quién era ese hombre que se sentaba horas enteras a leer libros de ciencia y que no sabía cómo hacerse querer de nadie. Mi viejo nunca volvió a casarse, es más, nunca le conocimos una novia, ni amigos. Solamente lo veíamos de vez en cuando en reuniones familiares, donde adoptaba el rol del renegado que nadie comprendía. Un largo silencio que sus hermanos y sus padres habían entendido y aceptaban con ese amor incondicional producido por los vínculos de sangre. Y ahora que se estaba muriendo, que esa enfermedad lo

devoraba, yo no podía imaginarme cómo serían sus días. Yo sabía lo que él era mientras yo lo acompañaba, pero no sabía nada del resto de su tiempo. Sería distinto si me lo preguntaran sobre mi hermana Mariana. De ella sé tantas cosas, puedo saber cómo llena su tiempo, cómo se comporta cuando está triste o brava, o cansada. Sé qué ropa usa en la casa, qué tipo de pijamas se pone. Sé cuánto se demora comprando unos zapatos o qué le gusta comer en las mañanas o en las tardes. Pero de papá me sentía un ignorante. En mi confusión me iba a casa de Luisa, y me abrazaba a ella. No lloraba porque no me salía, me quedaba en silencio, arrastrado por la incapacidad de entender quién era mi papá. Luisa sugería, amorosamente, con ese cariño que igual no logra entender el pozo sin fin de los sentimientos del otro, que fuera a visitarlo más, que intentara quedarme con él. Algunas veces terminé peleando con ella. Me daba rabia que no pudiera entender mis incapacidades. Mamá me llamaba a diario. Quería mantenerse en contacto conmigo para saber en qué podía ayudar. Me molestaban sus llamadas cuando descubría que ella no quería reconocer que me llamaba porque estaba preocupada por mí y no por mi papá. Pero, de una u otra forma, las conversaciones con mamá me tranquilizaban y por eso casi siempre le contestaba. Además, muchas noches era ella la que se encargaba de pasar a saludar a papá y llevarle los alimentos. Su ayuda era imprescindible para mí, pero sobre esos encuentros también me entraban dudas terribles. ¿Cómo serían esos momentos?, ¿de qué hablarían esos dos seres que después de imaginarse un mundo en común tenían que verse ahora como dos extraños condenados a acompañarse de mala gana? Me daba miedo que papá la tratara mal. Pero ella decía que no, que no me preocupara, que ella ya estaba más allá del bien y del mal y que él ya no intentaba ni conversar con ella.

La segunda llamada fue un día que iba por la calle cuarenta y cinco, caminando a toda carrera para no llegar tarde. Me había

quedado viendo las noticias sobre la muerte de Chávez en una tienducha y corría porque no me podía dar el lujo de poner en riesgo mi trabajo. Me marcó al celular y cuando vi su número contesté de inmediato. Por esos días ya me estaba acostumbrando a la idea de ser su cuidador, por lo que no era posible dejar de contestarle ni una llamada, como lo habría hecho en otra época.

–Hijo, quiero que me acompañes a la Sierra Nevada. Quiero salir de esta ciudad.

Me habló con absoluta determinación, al punto que no tuve cómo negarme. Papá quería viajar conmigo, pensé, y seguí caminando hacia el Centro de Investigación. Durante horas no pude concentrarme en nada. Me había cogido por sorpresa. Que mi papá quisiera viajar en medio de su enfermedad era una gran novedad. Me pareció extraño, pues con los días venía confirmando mi sospecha de que papá quería morir, de que la vida que vivía y que yo no podía conocer ya no le traía bienestar y se estaba dejando llevar por la idea del fin. Pero ahora algo había cambiado. ¿Qué motivo lo llevaba a querer salir de casa? ¿Por qué conmigo? Pensé también en Luisa, yo le había prometido que en Semana Santa nos íbamos de viaje juntos. Ella, como suelen hacer las mujeres, había planeado hasta el último minuto de un viaje que haríamos al Parque de los Nevados. Hasta había comprado morral nuevo para las largas caminatas. Cuando le conté lo que sucedía se portó dulce y comprensiva. Me dijo que ella entendía perfectamente mi deber con mi padre. Insinuó que podíamos acompañarlo juntos, pero yo ya sabía que esa posibilidad era absurda y le dije que no era conveniente. Durante el tiempo que estuvimos de viaje no dejó de perseguirme ni un minuto una sombra abrumadora que me hacía pensar que mi relación con Luisa se iba a acabar. Tenía una rarísima sensación de que ella se iba a ir con otro hombre, y digo rarísima porque ella se mantuvo en contacto conmigo día a día. Siempre dispuesta a mis llamadas, a mis quejas, a mis agobios. Sabía

que Luisa estaba orgullosa de mi compromiso con mi padre. Pero también sentía que ese orgullo era un vacío emocional. Sumado a que no sabíamos cuánto tiempo más duraría el viaje con mi papá. Tenía la idea de que las mujeres aman a los hombres irresponsables, a los que dejan todo por estar con ellas, y mi entrega a mi padre solo podía desenamorarla. La imaginaba contándoles a sus amigas “es que era un hombre tan bueno, tan de familia, pero yo quería pareja”. ¿Cuántos favores como este me pediría mi padre mientras se curaba o se moría? ¿Cómo saberlo? Y yo, ¿estaría condenado a vivir el duelo de su muerte en la más inmundada soledad?

Los primeros días del viaje fueron infernales. Yo había viajado varias veces en mi vida con papá, pero esta travesía que estábamos haciendo era todo menos un viaje. Aterricé por completo en el día a día de papá. No estábamos de paseo, habíamos simplemente trasladado el sufrimiento de un hombre a otros parajes, a un territorio desconocido donde yo sentía que la vida me ponía a vivir con mi padre con la intensidad que nunca antes habíamos logrado. Papá se había convertido en un hombre sin sosiego. Ya no podía leer como lo hacía años antes. Pasaba el día caminando de un lado al otro de la habitación. Comía poco. No se bañaba. Y había descuidado hasta sus dientes, que antes eran su gran tesoro. El dolor venía en oleadas y lo atormentaba al punto de que más de una vez me pareció que se iba a dar contra las paredes. Yo no encontraba nada de qué hablar con él, no encontraba gestos para acercarme. Una vez más me sentía expulsado de su vida. Un testigo agobiado y torpe del dolor del padre. Las palabras se mantenían en el límite de lo obvio y el sin-sentido. ¿Tienes dolor? ¿Necesitas más medicamento? ¿Quieres que te lleve a la clínica? ¿Te traigo algo de comer? En las noches papá no conciliaba el sueño. Se pasaba la noche dando vueltas en la cama. Se sentaba, iba al baño, regresaba. Yo me hacía el dormido, no quería que además de todo su dolor, tuviera que sentirse culpable por mí. Me preguntaba miles de cosas. Pensaba en mamá, en Luisa y su

abandono, en Mariana, ¿cómo serían las noches de mi hermana? Pensaba cómo ayudarle a papá, cómo sacarlo de ese estado de desolación y angustia en que vivía y una vez más me parecía que nuestro viaje era por completo innecesario. Así transcurrieron los primeros cuatro días del viaje. Yo salía de la habitación a comer. Le mandaba mensajitos a Luisa, y algunas veces, cuando no sentía que mi voz la iba a dejar perturbada, más de lo que ya estaba con toda la situación, la llamaba. En otros momentos me pasaba por la piscina para aligerar el cansancio con ejercicio. Nadaba con insistencia, una piscina tras otra, sin mirar a nadie, solo tratando de sacarme de adentro esa sensación abrumadora de no tener un lugar en la vida de ese hombre al que estaba acompañando en lo que podrían ser sus últimos días de vida. Un par de tardes me tomé una ginebra y vi ponerse al sol. Vi un sol rojo inmenso en el horizonte, otro día un atardecer de múltiples colores, como rayos que soltaba el sol desde más allá del poniente, y otro más que me deslumbró, un atardecer en que las nubes estaban cubriendo el sol y parecía como que los colores del cielo se los chuparan las nubes, el cielo completamente azul y las nubes llenas de tonalidades. Después de dejarme llevar por esos raptos del paisaje, me entraba una culpa tremenda por no saber qué estaba haciendo papá y volvía de inmediato a la habitación. Lo encontraba en ese caminar de tigre enjaulado y me sentaba a hacer presencia, porque yo no era lo que se llama un acompañante. Me preguntaba qué le pasaba. ¿Tendría miedo? ¿Miedo de la muerte?

Nacho, un amigo de papá, vino a saludarnos el quinto día. Papá estaba sintiéndose mucho mejor y le había pedido que nos llevara a pasear por la región. Lo recibimos en la piscina del hotel. Era un hombre de facciones campesinas, rostro anguloso de piel muy oscura y unos dientes maltratados por los excesos del mambe, tenía un leve acento paisa, aunque llevaba muchos años viviendo en la Costa.

Nos contó algo de sus relaciones con los indígenas, de los casos que llevaba. Él, como defensor de derechos humanos, había

lidiado con muchos casos de violencia contra los indígenas. Nos dijo que quería llevarnos a una playa en Palomino y luego a varios lugares en la Sierra. Un rato más tarde papá se fue al baño. Guardamos silencio unos minutos, luego Nacho lo rompió.

–Discúlpeme, pero a su papá se le ve muy cansado, no sé qué tanto podremos viajar con él.

–Tiene razón –contesté yo mirando que papá no estuviera regresando–, no duerme casi nada.

–Pero –dijo Nacho, dudando de si seguir con la frase–, ¿usted de verdad cree que podemos viajar?

Entonces vi que papá estaba saliendo del baño. Me quedé pensando en lo absurdo de nuestro viaje, en lo poco que yo creía que estar lejos de casa pudiera mejorar las condiciones en que estaba viviendo mi papá. Me parecía que nada podría calmar a ese hombre. Papá siguió conversando con Nacho y preguntándole sobre su trabajo en la región. Yo me mostraba atento, pero la verdad no estaba oyéndolos mucho, hasta que le oí contar una historia que me dejó perplejo.

–Imagínense este país lo loco que está, hace poco llegaron a sacar a los indígenas que vivían en palafitos en la Ciénaga. Les dijeron que les daban tierra para construir una casa y los sacaron. Los que los sacaron por supuesto tenían un negocio el verraco por adelantar ahí. Cuando ya los tenían acá en Santa Marta, en unos albergues, les dijeron que la ley colombiana no podía devolverles tierra a personas que vivían en el agua. Ellos no tenían territorio y por eso no podía haber restitución. Los fueron soltando en las calles de esta ciudad. ¿Se pueden imaginar qué situación más macedoniana? Los he visto por ahí, deambulando por las calles, sufriendo de una enfermedad en la piel que les dio por la resequedad y de un hambre inhumana.

Esta historia me entristeció y no quise oír más esa conversación. Pedí permiso y me fui a nadar.

Cuando regresé Nacho se estaba despidiendo. Una vez nos quedamos solos, la rutina con papá se transformó. Papá y yo pedimos un par de ginebras. Empecé a sentirme feliz de estar en esta situación con papá. Hacía años no lo veía tomarse un trago. Decían que de joven había tomado mucho y el final de sus borracheras era calamitoso. Así que en los años de vida con mamá descubrió que para proteger la relación debía dejar el alcohol. Así lo hizo. Y aunque yo no lo había visto borracho, me quedaba ese miedo heredado de mamá. Pero ese día nada me importaba, si tenía que lidiar con una borrachera horrible de papá, lo haría, esas concesiones que hacemos con los viejos o los moribundos. Concesiones que surgen, quizá, de la certeza de que están disfrutando de la vida por última vez.

Como era de esperarse, las ginebras desataron la lengua de papá. Así que en pocos minutos me vi inmerso en una conversación a la que le había temido desde hacía años, el resumen general de la vida de mi padre. Me sentía obligado a acompañarlo en su tarea de revisar su pasado. No porque me interesara particularmente nada de la vida de papá o porque quisiera enterarme de algo que no sabía, sino porque mi cálculo, que no fallaría, era que a papá le quedaba poco tiempo de vida. Yo no musité palabra por mucho tiempo, solo me tomaba mi trago y de vez en cuando me volvía a fijar en el cielo y el mar, que por demás le daban una suerte de escenografía más tolerable al momento. Papá, como el resto de los días, parecía no darse cuenta de que habíamos salido de Bogotá. No me había hecho ningún comentario sobre el mar. No había renegado de las empresas carboníferas que lo estaban ensuciando ni se había acordado de cómo era este mar cuando aún no estaba contaminado. Nada, era simple, papá ni veía el mar. En cierto momento la conversación fue dando un giro. Como si por fin algo de nosotros se uniera. Papá empezó a relatarme historias de su infancia que yo al principio no recordaba.

–¿Te acuerdas de la historia esa del carro y el té?

–No –dije, todavía sumido en esa distancia extraña que no me dejaba entrar en los recuerdos de papá.

–El cuento que les contaba cuando viajábamos en carretera – agregé y su rostro se iluminó, quizás por la mera mención de mi hermana–, bueno, eran muchos, pero el del carro les encantaba. Fue en Manizales, yo estaba con mi hermano Carlos en el carro de papá y la tía Marlene salía con una regadera cada tanto, cuando le pitábamos para hacer que nos echaba gasolina. Yo tenía ocho años, la tía diez y Carlos siete. Yo al volante y Carlos de copiloto. Y pitábamos y Marlene salía toda elegante, buenos días, señores, ¿cuánto les echo? Hasta que me equivoqué y le metí la pata al *clutch* o quité el freno, no lo sé, pero fuimos a dar, en esas faldas de Manizales, a la casa de una viejita, nos metimos por la ventana de la sala.

–Me acuerdo, sí me acuerdo –le dije yo y recordé, ahora riéndome igual, las tandas de risa, pues casi nos orinábamos al oír esas historias–. Luego te pedíamos que las repitieras, hasta quince veces seguidas nos contabas esas historias.

–Sí, y Mariana no me dejaba cambiar las palabras, ¿te acuerdas? ¿Que si yo cambiaba el color del carro o la edad que teníamos, ella siempre se sabía la historia y me regañaba?

Habíamos entrado en una frecuencia de comunicación, pensé. Le mandé a Luisa un mensaje de texto: “Estoy alegre con mi padre”. Después de mandarlo sentí culpa. Me pareció que decirle a mi novia que estaba alegre con otra persona era una forma clara de traición, pero a la vez me regocijaba saber que tenía ese sentimiento, no podría explicar qué era lo que en realidad estaba sucediendo en ese momento. ¿Qué forma de la risa se había cortado por años entre nosotros que no me permitía comunicarme con papá?

—O qué tal la del tío Alfonso, que le dio por jugar a la gallina ciega con papá mientras iba manejando. Papi, papi, adivina quién soy, y fuimos a dar a una cuneta.

Estábamos muertos de risa. De repente para mí se abrió un campo infinito de recuerdos de esa época en la que aún no vivíamos separados. De esos años en que el silencio de papá me parecía normal porque en la cotidianidad lo encontraba amable y cercano en el cruce del corredor, o en la mañana, cuando iba a saludarnos. Después de la decisión de mamá de separarse el silencio lo fue cubriendo todo y yo nunca más supe cómo romper esa barrera con mi padre. Él seguro estaría recuperando su infancia y a la vez las sensaciones amables de nuestros mejores tiempos, o quizá recordando esos tiempos con el apremio de esa decisión que se cernía sobre nuestras cabezas. Mamá abandonando para siempre el amor por papá, el gusto por nuestra familia. Quise decirle que me contara las historias otra vez, que repitiera esos cuentos que nos hacían reír, que nos quedáramos ahí, en ese momento mágico en que una vez más pude sentir que tenía algo de qué hablar con mi padre. No lo hice. Horas más tarde regresamos a la habitación. Los dos muy tomados y tranquilos. Papá no se pasó de tragos, no hizo ningún escándalo. Se fue a dormir por primera vez en todas esas noches. Durmió unas cuantas horas y aunque más tarde, en la madrugada, lo oí levantarse y volver a su insomnio, me alegró que hubiera podido descansar de corrido esas horas que la ginebra le otorgó.

Al día siguiente Nacho pasó a recogernos. Atravesamos Santa Marta y salimos hacia Palomino. Nos dijo que en la playa que quería mostrarnos vivía un *hippie* cogui que él conocía hacía años. Nacho nos contó que a ese amigo lo habían sacado de la Sierra en una de esas avalanchas de violencia por el control territorial para exportar drogas. Papá y yo estábamos un poco enguayabados, pero por suerte el dolor de cabeza que nos incomodaba a los dos no era como el de su enfermedad. Nacho estaba de muy buen

ánimo. Conocía gente a lo largo de la carretera, la señora de los chorizos, la del jugo de naranja, la de las arepas, el señor que le cargó gasolina en pimpinas.

–Qué bella carretera –dijo papá.

–Sí, me parece un paisaje hermoso, el verde de los árboles, las flores a lado y lado de la carretera y además la vía está en buen estado, lástima que haya tantos paras en la zona –agregué yo.

–Seamos claros –dijo Nacho con ese tono de voz dicharachero–, gústenos o no, sin los paras esta carretera no existiría. –Todos nos reímos.

Nacho nos mostró varios ríos que desembocaban en el mar, ahí, justo enfrente de nosotros. Y en un punto de la carretera empezó a anunciarnos que venía algo bello, que nos concentráramos en mirar al frente. Faltaban aún varios kilómetros. Y aunque papá y yo estábamos dispuestos a mirar lo que Nacho nos quería mostrar, papá no dejó de conversar, estaba en ánimo conversador y venía contándole cosas de mi hermana y de mí a Nacho. Había amanecido, me pareció, con orgullo paterno. Yo iba un poco distraído. Iba tomando fotos a los árboles, a los ríos y se las iba mandando a Luisa.

–Este quería ser escritor, pero no sé qué le pasó en el camino –dijo mi padre.

Cuando oí esa frase de papá entendí que la magia de la comunicación había terminado. Papá estaba recordando, como si fuera cualquier cosa, temas del pasado que nos han pesado más de lo imaginado en estos años. Le mandé un mensaje de texto a Luisa. “Papá me quiere retar con mis deseos frustrados”. Luisa, preocupada, me contestó muy rápido. “Déjalo, puede ser el guayabo”. Recordé una escena de mi infancia que odiaba. En efecto, de niño decía que iba a ser escritor. Había leído en internet que si uno quería escribir, tenía que leer mucho y encontré cinco libros recomendados. Uno de ellos era la Biblia. Como en mi casa no

había una Biblia, me traje una de la casa de los abuelos maternos. Cuando papá entró a la sala y me encontró leyendo ese libro me lo arrancó de las manos y me gritó que en su casa no entraba la superstición, que si para ser escritor tenía que llenarme la cabeza de basura, mejor que buscara otra profesión. No sé cuándo abandoné mi proyecto de escribir, no sé cuándo me dejé llevar por esa racionalidad de mi padre. Pero aunque nunca más hablamos del tema, para mí siempre quedó esa marca, como si mi papá no me hubiera arrancado un libro de las manos, sino que me hubiera arrancado del alma el gran proyecto de mi vida.

–¿Listos? ¿Listos? Ya viene el momento –dijo Nacho, casi gritando entre risas porque la conversación con papá no dejaba de ser divertida para él–. Miren ya.

Entonces se abrió frente a nosotros la panorámica. Era una curva donde de frente, debajo de la montaña, se veían cinco bahías. Me sentí como un geógrafo con esa emoción de ver dibujarse el mapa de un país, esa línea del norte de Colombia que todos hemos repetido hasta el cansancio en los innumerables mapas que nos hicieron pintar en el colegio y que acá se volvía hondamente verdadera. Una bahía tras otra, el mar entrando a bañarlas, aves revoloteando y las playas de arenas muy blancas recibiendo las olas. Era un paisaje de esos que uno no olvidaría jamás. Miré a papá, un poco con la rabia del tema que había sacado a colación como si ya no fuera importante en mi vida, pero también con la resaca de la alegría del día anterior. ¿Qué estaba pensando?

De repente todo empezó a parecerme desolado. Cuando pasamos por Palomino no había mucha gente en las calles. Y ese calor soporífero, sumado al silencio, me hizo pensar en un pueblo fantasma. En una equina vi una escena que ratificó mi sensación de soledad. En la puerta de una casa había dos hombres completamente embadurnados de harina jugando dominó. Le pregunté a Nacho qué significaba esa escena y me contó que los magdalenenses

se quejan de que el carnaval lo inventaron ellos, que Barranquilla se los había robado y que el mayor placer de esa gente era echarse maicena.

La cabaña donde vivía el hate quedaba en una colina. Estaba tan rodeada de palmeras, árboles de totumo, veraneras, bejucos y bromelias que se hacía difícil ver desde allí el mar, aunque su sonido traía una presencia infalible. Nacho entró a la cabaña y desde afuera vimos que saludó a una mujer. Luego volvió a salir y sin explicarnos nada nos hizo un gesto de que lo siguiéramos. Bajamos por un camino y atravesamos esa suerte de barrera natural que separaba el área de la cabaña de la playa. Una vez en la playa nos sentamos en unas sillas que había en un kiosco. El sol brillaba agresivamente, no sé si por la blancura de la arena o por la virulencia con que el agua lo reflejaba. La playa era extensa hacia los dos lados, relativamente estrecha, y guardaba una dulzura inagotable, que surgía, supuse, de la blancura de la arena. El cielo estaba limpio de nubes, de un azul celeste impecable. El hate se estaba bañando en el mar. A lo lejos alcancé a ver que tenía ropa blanca y su figura de pelo y barba completamente blancos destellaba en el agua. Cuando se percató de nuestra presencia salió del mar. Se sentó a conversar con nosotros así, mojado como llegó, y solo unos minutos después la mujer le traería una toalla. De todas maneras se quedó todo el tiempo con la ropa mojada.

–¿Qué lo trajo a usted a este lugar? –le preguntó papá.

–No lo sé muy bien –contestó–, quería salir de Bogotá y llegamos hasta acá con unos amigos. Me quedé, ya llevo cuarenta y tres años. Si le digo la verdad, me quedé porque la Sierra me enseñó otras palabras, otros diálogos.

–¿Cómo es eso? –preguntó papá.

–Descubrí que podía hablar con todas las cosas a mi alrededor.

–Pero se la estaba fumando verde –le dije yo y me arrepentí porque papá me miró con un gesto de desaprobación rotundo. Sin

embargo, el hate y Nacho se rieron de lo que yo ya sentía como una impertinencia.

—No, yo ya había dejado esas cosas cuando en mis caminatas por la Sierra descubrí que podía hablar con el universo. Después vino el encuentro con los indígenas. Nos costó años que nos aceptaran, pero la dicha que nos traía el lugar hizo que esperáramos con paciencia, bueno, un amigo y yo, porque el otro se devolvió a los cinco meses, cansado de lo que él llamó la grosería de los indios.

Me costaba acoplarme a ese entorno en presencia de papá. En los últimos años los contextos indígenas aumentaban exponencialmente en la universidad y una que otra vez, más por gusto de Luisa que mío, me había acercado a escucharlos. Pero estar ante ese discurso con mi papá al lado era muy extraño para mí. Él había sido siempre tan racional que todo esto debía incomodarlo. Me habría imaginado que él repudiaría cualquier expresión de esas y que me tildaría de gastar el tiempo en cosas inútiles. Pero ahí estábamos los dos, conversando con ese hombre que parecía un monje tibetano más que un indígena. Además, mi estado de ánimo no mejoraba, me sentía desolado aún ante ese paisaje fascinante. Para completar, veía en mi padre la misma mirada de los primeros días en Santa Marta, ese desasosiego total que lo desconectaba por completo de eso que llamamos vida. Mi preocupación crecía por no saber a dónde realmente quería ir papá. ¿Hasta cuándo querría seguir viajando? ¿Hasta cuándo seguiría yo, esta travesía, sometido por mis culpas?

La visita al hate no duró mucho tiempo. Conversamos sobre otros temas más relacionados con su convivencia con los indígenas, la salida de la Sierra por la violencia, y nos contó algunas anécdotas que permitían entender que ese hombre se había compenetrado con la naturaleza. También nos contó que ya no nadaba mar adentro, como lo hacía años atrás, porque le venía un miedo

tremendo. Desde que vivía frente al mar se bañaba todas las mañanas con agua salada, pero una mañana sintió que se iba a morir ahogado en ese mismo mar que tanto lo había acogido.

—No pisaba tierra y estaba ya desesperándome. Yo tenía claro que si uno se desespera o se asusta en el mar, muere, y en esas estaba yo cuando con el dedo pulgar toqué tierra de nuevo y con un esfuerzo sobrehumano logré salir.

Al despedirnos, luego de una larga caminata que el hate y papá dieron por la playa, se dieron un largo abrazo, una seña de amistad que nunca le había visto a papá. Esa suerte de comodidad que le vi a papá en ese contexto que yo creía impensable para él hizo que mi miedo siguiera creciendo. Me pareció que este viaje se extendería al infinito. Que perdería mi trabajo, mi novia, mi vida. ¿Cuánto duraría la enfermedad de mi padre?

Con los años me he hecho muchas preguntas sobre los últimos días de la vida de mi padre. Después de nuestro viaje regresamos a Bogotá. Yo a mi casa y papá a la suya. Luisa me esperaba con su amor de siempre. A los pocos días papá murió. Pasé mucho tiempo con él durante esos últimos días. Era sorprendente la calma que le había traído nuestro paseo. A veces trato de poner en orden todos los hechos, las sensaciones y los recuerdos que tengo de esos meses en que intenté acompañar a mi papá antes de morir. Nunca he logrado un relato que me parezca realmente esclarecedor. Tengo dos imágenes que nunca se borran. En primer lugar, mi papá y el hate caminando solos por la playa. Yo sentado muy cerca del mar, viendo cómo las olas llegaban con una fuerza tan fiera que la espuma adquiriría un tono intensamente blanco, como el color penetrante de la nieve o el brillo traslúcido de la luna. Los dos hombres a lo lejos. Los dos delgados, de pelo largo y barba larga, el de mi padre canoso, pero nunca tan blanco como el del hate. A pesar de lo absurdo que me parecía estar en ese lugar, algo unió para mí a esos dos hombres, aunque los diferenciaba la levedad

del uno y la densidad del otro. Pienso mucho en ese diálogo del que nunca sabré los detalles.

La segunda imagen fue unos minutos después, cuando estábamos regresando a Santa Marta. Papá le pidió a Nacho que se detuviera, que él quería ver bien las bahías. Se bajó del carro, yo lo seguí. Me paré a su lado. Me impresionó la sensación abismal que me produjo ese paisaje. No fui capaz de mirar a papá. Temía que por primera vez desde su primera llamada me soltara a llorar como un niño, pues sentía que mi padre tenía el alma desnuda y esa desolación estaba multiplicándose en mi propia alma. Todavía oigo las palabras que me dijo cuando se volteó y la mirada de los dos quedó enfrentada, ese cambio de planes y esa voz de profunda tranquilidad: “Hijo, quiero volver a Bogotá mañana mismo”.



Esta obra se terminó de imprimir en Medellín, Colombia.
Noviembre de 2017.





FOTO TOMADA POR IVONNE ALONSO

“*Las grietas* es una colección de cuentos de largo aliento, llenos de ambición narrativa, que terminan por conformar un libro que retoma la tradición clásica y la enriquece al encarar, al mismo tiempo, temas arriesgados, espinosos de la intimidad contemporánea.

Se ve en ellos la concreción de un sólido oficio literario que la autora utiliza para llevar su búsqueda más allá de los caminos habituales de la cuentística colombiana actual. Más interesada en las realidades recónditas de sus personajes que en sus valores sociales o metafóricos, Alejandra Jaramillo Morales consigue, con *Las grietas*, un libro que inquieta, que incomoda”.

EXTRACTO DEL ACTA DE GANADORES

- MARTÍN CAPARRÓS
- MARIO JURSIK
- SANTIAGO GAMBOA

Jurados del XIII Concurso Nacional de Novela y Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.



XIII CONCURSO NACIONAL®
DE NOVELA Y CUENTO

Las GRIETAS
Alejandra Jaramillo Morales / GANADORA CUENTO



CAMARA DE COMERCIO®
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA